

JULIAN MARIAS

AQUI Y AHORA



COLECCION AUSTRAL

ESPASA - CALPE, S. A.

UNA CREACION

DE

ESPASA-CALPE, S. A.

La COLECCION AUSTRAL publica:

Los libros de que se habla; los libros de éxito permanente; los libros que usted deseaba leer; los libros que aun no había usted leído porque eran caros o circulaban en malas ediciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros que son actuales ayer, hoy y siempre. La COLECCION AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. La COLECCION AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector.

JULIAN MARIAS

Julián Marías, el joven y ya destacado filósofo español, nació en Valladolid en 1914, habiendo alcanzado en plena juventud un lugar señero entre las nuevas generaciones de España y América, atentas a los problemas de la cultura, y en particular los que atañen a la Filosofía, disciplina vocacional en la vida y en la obra de Julián Marías. Manejador de los idiomas vivos de mayor vigencia actual y profundo conocedor de lenguas muertas, Marías, que últimamente recorrió en viaje triunfal de compenetración espiritual varios países de Sudamérica, después de haber enseñado en una universidad norteamericana, es un escritor de concisa y diáfana prosa, terminante, y a la vez transido de temblor intelectual, en el decir y en el interpretar. Galardonado con el Premio Fastenrath y traducidas algunas de sus obras al francés, inglés y el alemán, Julián Marías se halla en la cúspide fecunda y avizora de su carrera, sucediéndose las ediciones de su ya famosa «Historia de la Filosofía», y creciendo el número de lectores que buscan sus libros, algunos de los cuales han aparecido en la COLECCION AUSTRAL: *La filosofía española actual*, *Miguel de Unamuno*, *El tema del hombre*, títulos a los que hoy agregamos uno más: *AQUI Y AHORA*, volumen en el que el autor ha reunido varios ensayos sobre diversos temas, presididos todos por esa visión serenamente intelectual que es una de las mejores características de Marías. Así abre el tomo, precisamente, un alerta acerca de cómo peligra actualmente esa "Autoridad intelectual", que hasta hoy había regido la existencia del hombre de Occidente. Plenas de amenidad y sugerencias son las notas en las que el autor recoge sus impresiones de un viaje por la Alemania actual, destacándose, también, por su penetración, los dos trabajos, dedicados el uno a medir la significación de la muerte de Unamuno en el ámbito hispánico, y el otro, «Encuentro con Ortega», a fijar la influencia que ejerció Ortega en grandes sectores de la juventud española, cuando el propio Marías era un pensativo joven de dieciocho años que se iniciaba en el mundo de la Filosofía, donde pronto ganaría, por su valer, el brillante puesto que hoy ocupa entre los que se dedican a esa especulación.

ESPASA - CALPE, S. A.
Ríos Rosas 26 - Madrid

© Herederos de Julián Marías

JULIÁN MARÍAS

AQUÍ Y AHORA



COLECCIÓN AUSTRAL

JULIÁN MARÍAS / AQUÍ Y AHORA



COLECCIÓN AUSTRAL

N.º 1206

JULIÁN MARÍAS

AQUÍ Y AHORA

E S P A S A - C A I P E S. A.

Primera edición especialmente autorizada por el autor para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N° 11.723

Todas las características gráficas de esta colección han sido registradas en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación.

*Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1954.*

**IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE**

Acabado de imprimir el 23 de abril de 1954

Cía. Gral. Fabril Financiera S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

Í N D I C E

| | <u>Pág.</u> |
|---|-------------|
| La autoridad intelectual..... | 9 |
| <i>El gesto de Alemania</i> | |
| I. Sonrisa | 17 |
| II. A pesar de todo..... | 24 |
| III. La vida cotidiana..... | 32 |
| IV. Otra vez el Rin..... | 41 |
| V. Un siglo..... | 47 |
| VI. Sobre el buen uso de las ruinas..... | 50 |
| VII. Patriotismo europeo..... | 53 |
| VIII. Instantáneas | 56 |
| IX. Un lector..... | 59 |
| X. Ganimet en Gernersheim, razón vial en Munich.. | 62 |
| Una psicología del español..... | 65 |
| El campesino y su mundo..... | 79 |
| La figura social del agricultor..... | 88 |
| Un aspecto social de los precios..... | 97 |
| La muerte de Unamuno..... | 106 |
| Encuentro con Ortega..... | 113 |
| <i>Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas</i> | |
| I. Poesía auténtica..... | 117 |
| II. Las etapas..... | 123 |
| III. Los temas..... | 130 |
| <i>Una forma de amor: la poesía de Pedro Salinas....</i> | 137 |

LA AUTORIDAD INTELECTUAL

Estamos asistiendo, en los últimos años, a la volatilización progresiva de uno de los recursos más importantes con que contaba para vivir el hombre de Occidente: la autoridad intelectual. En un mundo lleno de dificultad y de incertidumbre, donde no se sabe qué hacer ni qué se puede esperar, los europeos y —aunque en forma distinta— los americanos esperan una voz orientadora que los haga saber a qué atenerse y los arranque a esa provisionalidad que adquiere la vida cuando no tiene figura dinámica, cuando el drama que es vivir parece quedarse sin «argumento».

Pero estamos en un tiempo en que toda cautela con las fechas es poca: la menor inercia del pensamiento nos hace confundir el presente con un pasado inmediato, pero no menos pretérito. ¿Es rigurosamente verdad hoy la frase escrita más arriba? ¿Es cierto que los hombres europeos y americanos están esperando las palabras capaces de incardinar su vida? Yo creo que la situación es más grave: que ni siquiera se aguardan ya. Después de esperarlas en vano mucho tiempo, ha cesado de echárselas de menos, no se cuenta con ellas ni aun con su posibilidad. Por eso no he dicho que falten intelectuales con autoridad —esto no es exacto, ni, por otra parte, sería últimamente grave—, sino que la autoridad intelectual misma se ha volatilizado. Importa precisar un poco las cosas, porque se trata de una de las raíces de nuestra época.

Todavía hace un par de decenios, quizá hace quince años, se conservaba, aunque en forma residual, la tendencia a pedir a los intelectuales la orientación necesaria en los asuntos importantes y problemáticos. Conste que no en primera instancia: hacía ya tiempo que el hombre occidental aspiraba a no contar con nadie y a no escuchar, como subrayó Ortega hace veinte años. Pero a la hora de la verdad, cuando se sentía inseguro y perdido, le flaqueaba su petulancia y lanzaba a su alrededor una mirada interrogadora. Ocurrió, sin embargo, que esas preguntas azoradas empezaron un día a quedar sin respuesta: unas tras otras, las diversas comarcas de nuestro mundo fueron entrando en esa tremenda zona de silencio característica de estos últimos lustros, como en el cono de sombra de un eclipse. Al cabo de un tiempo cuya brevedad sorprende —y que mide el ritmo acelerado de nuestra vida histórica—, ha cesado incluso la presión de las interrogantes sobre el equipo intelectual: lo que pareció callado y silencioso, denso de palabras retenidas, parece hoy, simplemente, inerte y mudo. ¿Cuál es la razón de ello?

En el hecho social de la autoridad hay que tener presentes los dos ingredientes que intervienen en ella: la muchedumbre de aquéllos sobre quienes se ejerce y la minoría de los que la ejercen —en este caso los intelectuales—. No voy a hablar aquí sino de estos últimos, a sabiendas de que un análisis suficiente tendría que tomar en cuenta sobre todo el otro elemento; pero lo aconsejan tres razones: una, la brevedad; la segunda, que está dicho lo más sustancial que hay que decir sobre el estado de las masas de nuestro tiempo; y la tercera y decisiva, que, a la altura a que hemos llegado, no se podrá restablecer una autoridad intelectual sino

mediante un enérgico esfuerzo de los que pretenden ejercerla, y por tanto tras una revisión a fondo de las causas que, por parte de ellos, han conducido a su actual evaporación.

Se dirá que, ante todo, los intelectuales se han visto forzados al silencio en muchos países, por las situaciones políticas dominantes en ellos o por la anormalidad de las circunstancias en estos años. Es cierto, pero importa matizar esa verdad tosca con algunas observaciones que precisen su alcance justo. En primer lugar, se suele exagerar la coacción que hoy sufre el escritor, salvo en pocos países y momentos; en casi todos ellos se puede decir mucho más de lo que apriorísticamente se considera posible, como revelan los pocos intentos serios de utilizar de verdad el margen de libertad existente; pero ocurre que, desde que las presiones estatales o simplemente sociales han adquirido considerable gravedad, y por tanto algún riesgo efectivo, del tipo que sea —desde la vida o la libertad hasta el éxito, los cargos oficiales o las facilidades económicas—, la inmensa mayoría de los intelectuales se ha resignado y ha renunciado a decir la verdad; en lugar de intentar burlar con audacia o ingenio la censura, como se hacía hace no más de quince o veinte años, la censura interna que cada escritor ejerce sobre sí mismo suele ser mucho más severa que la de los Estados; y prueba de ello es que en los países —que son muchos— en que la coacción es difusa y no tiene un aparato rígido y burocrático, los resultados son sensiblemente parecidos. Por otra parte, y esto es lo decisivo, si se tratara de un silencio impuesto por la violencia, esto no provocaría una crisis de la autoridad intelectual, sino al contrario: se hubiese abierto un crédito ilimitado a los intelectuales y

se esperarían con avidez sus palabras; recuérdese, para citar un ejemplo español y todavía próximo, la situación durante la Dictadura, de 1923 a 1931.

No es esto sólo: junto a lo que se calla hay lo que se dice. Y esto es lo grave. Porque es absolutamente excepcional que el escritor se vea obligado a decir lo que no piensa, pero conviene al Estado o a los grupos sociales dominantes; y el hecho abrumador es que con toda frecuencia los que hacen profesión de la inteligencia se han sometido o incluso han practicado lo que puede llamarse «terrorismo intelectual»: la imposición, como algo «indiscutible», que no requiere justificación ni tolera examen, de ciertas figuras o doctrinas, o la proscripción «sin más» y sin razones, en virtud de una autoridad que el «terrorista» se atribuye a sí mismo, y que no es sino fuerza, y por lo general poquísima, de otras doctrinas y figuras. Y esto, naturalmente, lleva consigo una pérdida automática de la autoridad intelectual.

Pero esta actitud, con ser muy frecuente, no es universal: considerables porciones del gremio intelectual, sobre todo en algunos países, no han incurrido en ella. Y, sin embargo, el fenómeno de disipación de su autoridad es de generalidad tan extremada, que sólo escapan a él excepciones individuales, contadísimas y que, aun ellas mismas, se resienten del contexto social sobre el que aparecen. ¿Por qué ocurre así? A mi juicio, aquí interviene un factor de distinto linaje —aunque en el fondo tiene estrecha conexión con lo antes dicho—. Por razones muy complejas, se tiene la impresión de que los intelectuales no tienen hoy soluciones para los problemas humanos, que son los verdaderamente graves e importantes. Lo que se dice en los países en que no se ha interrumpido

la comunicación normal del escritor con sus lectores, o que la han reanudado, no es muy esperanzador. Después de oídas sus palabras, la desorientación persiste y no se sabe a qué atenerse. Se ha perdido la fe en que los hombres de ideas tengan la clave de los problemas que agobian al hombre de Occidente, y ha dejado de atenderse a su voz.

¿Es esto justo? ¿Puede pedirse al intelectual, sin más, que tenga soluciones para los problemas? ¿Las tienen éstos siempre, por ventura? En el fondo de esa actitud laten, a la vez, el «señoritismo» de las masas actuales y una concepción frívola de la inteligencia, que data del siglo XVIII. La propensión a desentenderse de la estructura de la realidad, a suplantarla con meras combinaciones de ideas, ha hecho que se olvide lo que quiere decir en todo su rigor la palabra «problema» y que se descarte la posibilidad, tan probable, de que sea insoluble, o al menos que su solución requiera largo tiempo y esfuerzo. De ahí la predilección por las «recetas», provocada en las masas por el ejercicio irresponsable de la función intelectual. Pero esas recetas pierden pronto su crédito, y no es fácil que los hombres sigan interesándose mucho tiempo por los que las elaboran y hacen propaganda de ellas. Y hay que decir que la inmensa mayoría de lo que hoy ofrece el cuerpo intelectual no es otra cosa. Ante la enorme dificultad de las cuestiones que el Occidente tiene planteadas, se hace una y otra vez un gesto frívolo, consistente en brindar una fórmula, con frecuencia sólo una palabra, que puede ser un recuerdo histórico, un tópico grato a las muchedumbres de uno u otro color o el último descubrimiento del «esnobismo» —que, por cierto, suele ser antepenúltimo—. Dejo al lector el cuidado de poner los ejemplos.

El hecho es que hoy, aun en los países de más tradición intelectual y que, no hay que decirlo, cuentan con mentes egregias, falta radicalmente su autoridad específica, y con ella ese «poder espiritual» que tan decisivo parecía a la mirada perspicaz de Augusto Comte. La vida humana, que tiene una casi ilimitada capacidad de adaptación, ha tratado de compensar esa situación anómala con una extraña mezcla de sonambulismo y cinismo; pero son dos expedientes de muy corto plazo de eficacia, y sus «virtudes» están ya a punto de agotarse. Por esto, si se mira con atención se ve cómo en todas partes empieza a sentirse de nuevo la necesidad, más apremiante que nunca, casi angustiada, de la autoridad intelectual. Todavía son pocos los que vuelven a echarla de menos, esta vez de un modo perentorio e inexorable; tras ellos van a seguir, muy pronto, las multitudes.

Y es curioso y conmovedor observar cómo estos mínimos grupos realizan un afanoso recuento de los contados intelectuales —«rari nantes in gurgite vasto»— que han escapado al naufragio de su autoridad. Con la ansiedad y la sinceridad del que echa mano de los últimos recursos, superan incluso las petulancias nacionales y miran más allá de sus fronteras, en busca de los supervivientes. Frente a la confusión de tantos congresos, «rencontres», asambleas, conferencias y revistas, en que se repiten invariablemente dos o tres arias, encuentro en esa afanosa indagación en torno suyo de esas minorías inteligentes —intelectuales o no— el primer síntoma de un restablecimiento de las jerarquías, y por tanto de la autoridad, en Europa y en América.

¿Quiénes son esos intelectuales en los que se refugian y condensan los restos del poder espiri-

tual que su gremio ejerció en otros días? No hay temor de ver estampados aquí sus nombres, porque su breve lista es la única que no puede enunciarse: perdería toda su eficacia. Porque no se trata de nombres que puedan ser «propuestos» a la admiración o a la estimación de las gentes, sino que han de ser «impuestos» a su íntima necesidad. Son los hombres, sin los cuales cada uno de nuestros contemporáneos no podrá vivir, literalmente, y por eso será él quien tendrá que buscarlos y encontrarlos. Algunos, los más alertas, repito, lo están haciendo ya.

Lo que sí puede decirse es que la autoridad intelectual sólo puede restablecerse desde las cosas; quiero decir, desde los problemas, que es lo que hoy por hoy tenemos, y no desde las soluciones previas, es decir, la ficción. Los intelectuales recobrarán automáticamente su autoridad tan pronto como renuncien a la magia y a las frases y acometan, con ademán sencillo y brioso, las cuestiones que están planteadas. Los hombres de Occidente volverán a confiar en la inteligencia, que ha sido su gran fuerza milenaria, en cuanto la vean funcionar, es decir, aplicarse a la faena de dar razón de las cosas. Necesitan ver trabajar, con fruición y sin gestos, a los que tienen como misión propia buscar la verdad; y se sentirán asociados a su esfuerzo y llenos de ánimo aun en medio de las mayores dificultades, siempre que tengan conciencia de que se está luchando con ellas y de que en esa lucha se emplea a fondo el instrumento con que es dado al hombre arrancar a la realidad su secreto: la razón.

1948.

EL GESTO DE ALEMANIA

A Rosario y M. Teresa

I

SONRISA

Cruzar una frontera es siempre dramático. Porque se advierte la inserción en el espacio geográfico del tiempo histórico, y el paisaje —con frecuencia igual a ambos lados de la raya— adquiere súbitamente virtualidades bien distintas. La tierra que se recorría poco antes, y que se podía tomar como naturaleza, a lo sumo como cultivo, cultura utilitaria, se convierte en escenario. Cada colina, cada surco, cada masa redonda y verde del bosque, cada hilo de agua fluyente aparece ahora dotado de una función precisa, destinado a representar un papel en un drama con argumento y personajes, que se llama historia. Cada uno de los dos países fronterizos se presenta como un centro gravitatorio que carga de singulares energías sus elementos materiales más inocentes, como un campo de significaciones en que las mismas cosas adquieren un valor peculiar. En las fronteras se cae en

la cuenta de que el *idioma* no es sólo cuestión lingüística: toda la realidad profunda de cada país —en Europa al menos, que es donde hay naciones— es idiomática, propia, peculiar, y por eso es siempre un secreto que sobrecoge a quien tiene alguna sensibilidad para las cosas humanas.

Esta tierra de Lorena que ahora venimos cruzando, viniendo desde Verdun hacia Metz, para buscar las puertas de Alemania, es toda ella intrínsecamente fronteriza. No se trata de mezcla, confusión, gatos pardos en la noche, sino de todo lo contrario: una misión rigurosa, realizada desde hace más de un milenio, desde la hora natal de Francia y Alemania; es decir, el destino. Por eso la Lorena parece estremecida por ocultas tensiones, y se mira con extremada atención su paisaje, porque se espera que en cualquier momento va a delatarse, va a revelar la múltiple realidad que es en ella cada árbol y cada roca, va a empezar a contar los secretos de Europa, porque Lorena lo ha visto todo.

Pero es de noche. En el horizonte, una fuerte tormenta de primeros de julio promete y niega, con cada relámpago, el paisaje; a la visión irreal y excesiva sucede la absoluta tiniebla. Este sí y no, esta pendulación entre la luz y lo negro, exagera y hace sensible la equívoca naturaleza del contorno. Al cesar el fragor y los relámpagos, en un fresco silencio, llegamos a Metz.

Siglo XIX. Edificios bismarckianos. Arquitectura civil alemana, pesada y respetable. Colette Baudouche y el profesor Asmus. Los ojos inexpertos empiezan a advertir el contraste con las ciudades francesas que han quedado atrás: Meaux, con su penacho de gran retórica episcopal; Châlons-sur-Marne, apacible, con grandes casas cúbicas en tor-

no a la catedral; Verdun, donde una cocina sabia se alía con el borgoña para ahuyentar recuerdos. Metz es otra cosa. Germanismo —se piensa, olvidando lamentablemente el viejo consejo cartesiano de evitar la precipitación y la prevención—. Pero no siempre se puede ser cartesiano. Ciudad provinciana, militar. Grandes espacios, parques, plazas de noble empaque. Amores de guarnición, apacibles o amargos, según los tiempos. Metz tiene un gesto digno y mesurado; es una ciudad muy sobre sí, sin el menor abandono. Al verlo caigo en la cuenta de que, efectivamente, tiene que ser así, porque Metz no ha tenido más remedio que cultivar la moral del gesto —que no es cosa de poca monta—. Y la gran catedral resueltamente negra, con visos amarillentos, de exterior un tanto hostil, cuya enorme nave se rasga indeciblemente en vidrieras exquisitas, rojos, amarillos, azules profundos, verdes, delicados y fuertes violetas. Y en esta luz suave, filtrada a través de figuras góticas y renacientes de varia inspiración, cristalizan pausadamente siete siglos de historia lorenesa.

Alemania rural

¿Cómo será Alemania? ¿Cómo estará? Las dos preguntas se cruzan ante el viajero que va a penetrar por primera vez en tierras germánicas. A veces ocurre que se conoce de largo tiempo a una persona a quien nunca se ha visto. Se han leído cartas suyas, acaso sus libros, si por ventura los ha escrito; tal vez se ha contemplado alguna borrosa fotografía; se sabe más o menos lo que ha hecho y le ha pasado; algo de lo que piensa y siente, pretende —o ha pretendido— ser. A pesar de

todo, falta algo decisivo, que cuando se logra pone en orden todos los elementos y datos sueltos que antes poseíamos y los convierte de verdad en figura inteligible: el gesto. Es la clave que permite descifrar el auténtico sentido de todas las palabras anteriores, la clave de bóveda, al mismo tiempo, que mantiene unida la arquitectura de una personalidad que sólo ahora resulta patente. Y caemos en la cuenta de que, efectivamente, la persona es, antes que toda otra cosa, la máscara; y que la realidad profunda se corresponde extrañamente con lo que se ve primero, con lo que la mudadiza expresión nos dice súbitamente sin palabras, texto a la par evidente y arcano, iluminación instantánea que sin embargo reclamará larga interpretación y un sabio sistema de trasposiciones.

Esto y nada más busco en este viaje fugaz por tierras del Palatinado y Renania, Westfalia y Sajonia: el gesto. Mi largo trato distante con Alemania va a experimentar una brusca alteración. Una porción importante de mi pasado va a sufrir una nueva peripecia. Los libros que me esperan en mi biblioteca madrileña —Eckhart y Leibniz, Kant y Fichte, Dilthey y Heidegger, Lessing y Rilke, Heine y Mann— no van a decir ya exactamente lo mismo que antes: porque sobre sus páginas, alumbradas hasta ahora por el sol de la meseta castellana o el reflejo neutral de la lámpara, va a haber desde hoy un poco de esa luz en que ya estamos sumergidos.

Por Saint-Avold y Sarreguemines se llega al Sarre. Indicadores amarillos en la carretera, letra gótica en las muestras del pequeño comercio aldeano, prosodia alemana en los oídos. No es indiferente que la entrada en Alemania se haga por uno u otro punto. Este primer contacto —Blies-

kastel, Einöd, Zweibrücken, Pirmasens, Landau— con las tierras del Sarre y el Palatinado nos muestra lo que menos hace pensar la fecha 1950 y las crónicas de los corresponsales de prensa: aldeas en fiesta. Campos llenos de gentes —unas afanadas, otras ociosas—; niñas con trajes blancos y trenzas rubias; señores con levita de tiempos de Guillermo I, guardada —naftalina entre los pliegues— en el fondo de un arca de roble; banderas blancas, banderas blancas y rojas, banderas pontificias —blanco y amarillo—; guirnaldas en los cabellos pajizos; bicicletas, naturalmente; pero cubiertas de adornos en papel multicolor. En las pequeñas aldeas, casas relativamente pobres, cuyos patios deben de ser pequeños, y la leña apilada en las calles. ¿Y la guerra? Es cierto, la habíamos olvidado. Ya la encontraremos —más de lo que quisiéramos, ¡más de lo que esperábamos!—; pero conviene retener que hay algo más y que el primer gesto de Alemania, cuando se viene de Metz y se cruza el Palatinado para alcanzar el Rin por Speyer, no es otro que la sonrisa.

Las primeras ciudades

Y ésta es la faz que nos sigue mostrando el país. Porque nada hay más apacible y reposado que Speyer, la vieja Spira de las guerras de religión, puesta junto al Rin, entre bosques espesos, esta fresca tarde de verano. Hay gente por las calles, tiendas abiertas, buena cerveza rubia sobre mesas de nogal, reposo en el ir y venir. Un cartel señala la oficina militar francesa. En el parque, junto a la catedral románica, juegan los niños, empujan las madres sus coches, señores viejos repasan sus

recuerdos en un banco verde; y un antiguo profesor, en bronce también verdoso, deja que su busto se oreo plácidamente en el crepúsculo vespertino y parece gozar todavía del momento. Todo ello dominado, ennoblecido, transfigurado, por la presencia de la catedral, con su gran mole caliente en roja piedra del Rin, sus cuatro torres y sus cúpulas, su cripta y sus sepulcros imperiales. Novecientos años, desde Conrado II hasta la ruina del Tercer Reich, han pasado, como fluyen las aguas del Rin, al pie de la catedral, que ha permanecido en el tiempo, haciéndose en él, envejeciendo y patinándose; segura de sí misma y siempre actual.

Speyer es una ciudad mansa y un poco antigua, apiñada en torno a su viejísima catedral. Heidelberg, del otro lado del río, sobre el Neckar, con su Universidad, sus librerías, su Museo —viejos apóstoles renacentistas, que extreman su expresión en la clara madera bien tallada—, sus puentes, su castillo puesto en lo alto, rodeado de los gruesos robles del parque, da la impresión —activa y sosegada— de lo que debió de ser la Alemania universitaria de antes de la guerra, de antes de las guerras. Ciudades intactas, a las que la fortuna ha preservado. En las calles, cazadoras de uniforme americano, *jeeps* veloces, algún Military Post. Los hoteles, llenos, afortunadamente para el viajero, que así va a pasar la noche a un pequeño hotel de Neckargemünd, a unos cuantos kilómetros, y tiene pretexto para contemplar a su sabor las colinas que bordean el río, cruzado de barcos de placer y de carga, que navegan entre las quintas y hasta palacios que se construyó la gran burguesía alemana del Imperio en tan dulce y sabroso escenario; y el viajero puede cenar al aire libre; sobre

el Neckar, que se va poniendo oscuro; y mientras despacha las viandas, las tópicas pero excelentes salchichas, las inevitables patatas, el sabroso pan moreno, la cerveza, cuyo sabor, como español, había olvidado, piensa —sin curarse de algún impertinente mosquito fluvial— si es cierto que está en Alemania; y como la mesa le da la respuesta afirmativa, se pregunta —aquel día no ha tenido humor de leer periódicos— si será verdad que está en 1950.

II

A PESAR DE TODO

Frankfurt del Main, 1950

El símbolo de lo que es hoy la vida en las ciudades alemanas pudiera ser muy bien aquella gran pieza de Frankfurt, junto a la estación principal, tal como se la encuentra al llegar a prima noche, viniendo de Heidelberg, a través de la tierra de Hessen, por Worms, Oppenheim y Maguncia.

Es cierto que Mannheim y Ludwigshafen, a caballo sobre el Rin, no son más que un gigantesco montón de ruinas. Es verdad también que de Worms apenas queda más que su catedral románica, y que Worms sigue siendo una maravilla, en que la catedral, no sé cómo, recrea una ciudad virtual que ya no existe, y hasta confiere una extraña intimidad a los escombros. Sin duda Maguncia parece alejarse hacia el pasado, empujada por un viento hostil, mástiles sus torres rojizas. Pero es Frankfurt quien nos da la clave, y allí hace Alemania su primera confidencia.

Una gran plaza, cruzada de tranvías y coches —lujosos y panzudos coches americanos, llenos de níquel y esmaltes relucientes, pequeños *Volkswa-*

gen utilitarios y ahorrativos—; la masa sombría de la gran estación; grandes hoteles; altos edificios; escaparates fluorescentes; anuncios luminosos que gesticulan sobre la muchedumbre: la imagen habitual y tópica de la «gran ciudad». Sí, pero ¿dónde están las casas? Porque detrás de las fachadas que sostienen el alegre parpadeo de los anuncios no suele haber más que el aire tibio de esta noche estival; a través de los balcones y ventanas, definitivamente abiertos, se ve el cielo casi negro, a quien la iluminación urbana roba sus estrellas; y detrás de los escaparates que ofrecen fina loza alemana, aparatos fotográficos, vestidos, relojes de cuco, cigarrillos o *Delikatessen*, se acumulan las piedras, los ladrillos, las vigas retorcidas que hace poco tiempo eran Frankfurt. Alemania parece haberse acordado del viejo Vaihinger y haber puesto en práctica una melancólica y animosa «filosofía del como si».

Y cuando se entra en el hotel Monopol-Metropol, que está justo al lado del más inverosímil montón de piedra y hierros dislocados, puestos encima de un sótano abierto por las bombas, la impresión de irrealidad es definitiva. Porque no sólo hay un gran *hall* con luz velada, y sillones de cuero, y toda la organización normal, sino que la carta se compone de dos hojas en folio, escritas a máquina sin espaciado, y la única dificultad alimenticia con que se tropieza es, precisamente, *l'embarras du choix*. Tal vez también proyectan una ligera sombra de malestar sobre estas páginas de tupida prosa gastronómica las cifras en *Deutsche-Mark* que se leen a la derecha —el marco actual se aproxima excesivamente a nuestros dos duros de hoy—; pero tampoco es bueno exagerar las cosas.

Las calles de Frankfurt —las de casi todas las

ciudades alemanas— están llenas de gente. ¿Dónde van a estar, por otra parte? Pero el hecho es que hay animación, ir y venir, vendedores de periódicos con extrañas gorras, que vocean las noticias de la guerra de Corea —tan alusiva y amenazadora aquí—; tráfico; cafés con música; pequeños figones acogedores, donde gentes apresuradas comen salchichas —sin duda frankfurtesas—, ensalada de lechuga y pepino, y patatas, patatas, patatas —en Alemania las patatas no son un alimento, son una obsesión—. Hay también, por supuesto, otras cosas, y se desayunan las correspondientes tazas de excelente café puro, a la alemana, o con crema —dos, tres, pongamos cuatro—, con deliciosos panecillos casi iguales a las madrileñas «alcachofas» que el lector recordará, si no es muy joven, mantequilla y mermelada de grosella, gelatinoso rubí, de tan inverosímil y suntuoso cromatismo, que parece fabricada por la I. G. Farben-Industrie.

Acaso porque ésta es otra obsesión en Frankfurt. Porque en medio de la ciudad maltrecha, donde no se encuentra apenas una manzana de casas intacta, donde la mayoría de los barrios son recuerdos —Frankfurt viejo, donde se reconstruyen con la imaginación bellas plazas silenciosas, casas de tejados apuntados, restos de la casa de Goethe, con cuadros malos, autógrafos y libros y el rincón de calma de un casi jardín—, en medio de toda esta viva desolación, a la que le falta poco para ser alegre, se levanta la enorme mole blanca del edificio de la I. G. Farben-Industrie, casi una ciudad en un bloque, limpia, intacta, increíble, insultante. Allí están instalados los servicios de ocupación americanos, y en su parque se apiñan los rebañes multicolores de Dodges y Buicks, Chryslers y Cadillacs. En los inmensos pabellones, ofici-

nas, ficheros, máquinas, cientos de máquinas de escribir; uniformes kaki, *girls* de irreprochable fabricación y perfecta sonrisa; y si se consiguen unos dólares *script*, se puede pasar unas horas en América, y cenar en una amplia cafetería toda verde, haciendo deslizar por interminables raíles niquelados la bandeja que se va llenando de sándwiches de jamón y queso, confituras, vasos de leche y naranjada, y ensaladas que prometen infinitas y salutíferas vitaminas y hacen recordar no sin nostalgia la vieja tierra francesa que se ha dejado atrás.

Librerías

¡Cuántos libros en las anaqueladas de los librerías alemanes! Librerías de nuevo, con volúmenes pulcramente impresos en un papel que sólo a veces es digno de las viejas ediciones alemanas. Librerías de viejo, *Antiquariaten*, con más sabor y mejores libros, intimidad y vejez sin polvo ni desorden. ¡Cuántos libros! Pero no se encuentran los que se buscan. Esto prueba hasta qué punto suele ser falsa la primera impresión, si no se tiene cuidado de comparar y hacer las oportunas correcciones —¡aviso al autor de estas notas!—. La abundancia de libros alemanes es justamente todo lo contrario: escasez, tremenda escasez. Todo está agotado, todo espera la problemática reimpresión. La admirable copia de libros que se ofrecen en los altos estantes es sólo el resto de la ingente producción alemana. La guerra, naturalmente. Pero, una vez más, hay que tener cautela. Recuerdo la impresión que me produjo, hace diez años, una exposición madrileña del libro alemán, que solía ser acogida por los visitantes con beatos gestos

de asombro: una regular familiaridad con la bibliografía alemana acusaba la honda decadencia; la producción alemana de libros de calidad, salvo en disciplinas estrictamente técnicas, se había detenido casi un decenio antes. ¿Se ha reanudado veinte años después? Es pronto para decirlo; las cosas de palacio van despacio, y la reconstrucción de la personalidad y la mentalidad de un pueblo, más despacio aún. Por ahora se ve en las librerías de nuevo demasiada trivialidad, demasiadas novelas mediocres, demasiados libros de esos que se llaman, con pedantería que esta vez no es alemana, sino internacional, «documentos del tiempo». Pero al lado de ello van apareciendo algunos pocos libros egregios, y en el gesto laborioso, sereno y perspicaz de Ernst Robert Curtius —circundado de libros, en el recogido despacho de su silenciosa casita de Bonn— veo un síntoma esperanzador de que la mente alemana salga otra vez *a riveder le stelle*.

Autobahn

Las carreteras alemanas son uno de los lugares más concurridos del mundo. Se recuerda en ellas aquel primer capítulo de *La rebelión de las masas* —«El hecho de las aglomeraciones»—. Coches de turismo, americanos, de vez en cuando belgas u holandeses, sobre todo alemanes: solemnes Mercedes suntuosos, en raras ocasiones; viejos DKW que todavía demoran su retiro y jadean un poco en las pendientes; *Volkswagen*, con vago aire de ratas, que se deslizan ágilmente entre los enormes camiones pesados, nunca solos, sino con dos, tres remolques, que parecen taponar con su mole la carretera. Bicicletas, innumerables bicicletas, movi-

das por musculosas piernas de mocetones, apenas vestidos con camisa abierta y breve pantalón tirolés de cuero verdoso; o por piernas ya descarnadas de señores que han hecho la primera guerra; piernas largas y esbeltas de muchachas, que impulsan ágilmente los pedales; piernas excesivas de respetables madres de familia, en improbable equilibrio sobre ruedas que giran asustadas; piernas —crecidas de un estirón— de niños rubios y tostados. Las mujeres —faldas o *shorts*, tanta da— han dejado de preocuparse en absoluto de sus piernas; atienden al camino, a los bosques tupidos que lo flanquean, a las bocinas, a los signos de la carretera, a la voz del compañero de viaje; ni se les pasa por la cabeza —como suele hacerse en otras latitudes— llevarle la contraria al viento.

Pero todo esto cesa de repente: ni una sola bicicleta; más coches, más camiones; una anchísima ruta, tersa y recta; a la izquierda, un seto de arbustos, que separa otra igual, por donde discurren los vehículos en dirección opuesta; no más cruces; puentes por encima o por debajo; nuestro coche, sin saber cómo, llega a los 120. ¿Qué ocurre? Un cartel amarillo ha anunciado: Entrada en la *Autobahn*. Estamos en una autopista alemana, que nos lleva de Frankfurt a Kassel.

Nos lleva, efectivamente. En la autopista se ve hasta qué punto la distancia no es asunto métrico decimal, sino cuestión de facilidad o resistencia. La *Autobahn* aproxima violentamente las ciudades, las enlaza de un modo activo. En algún trayecto, la autopista se resiente de la guerra, pierde uno de sus lados, y a la vez que vienen vehículos de frente, otro cartel amarillo nos amonesta: *Nicht überholen*, no pasar.

Kassel o la destrucción

La llegada a Kassel es estupefaciente. Porque obliga a revisar nuestro léxico y dar una nueva significación al verbo «destruir». Los españoles creemos saber bien lo que quiere decir; es un error; ignoramos su sentido más riguroso. Hay verbos atroces, que forjan en horas malas un macabro y desgarrado humor: aquel «vigurizar» nuestro en 1808, el «pasear» de 1936, «coventrizar» en 1940 —cuando se empezó a ver que en todas partes cuecen habas—. Se podría haber forjado igualmente un lamentable «kasselizar». El hecho es que sólo se llega al extenso solar donde estuvo la gran ciudad de Kassel, vieja residencia de príncipes. No queda nada. Ni barrios, ni calles, ni casas. ¿Cuántas quedarán en pie? ¿Diez, veinte acaso? Aquí se llega al límite en la suplantación de una ciudad. El *Ersatz* llega al extremo de la inverosimilitud: Kassel debiera llamarse hoy *Ersatzstadt*. El aprovechamiento de las ruinas es tragicómico: tiendas, porque hay que comprar y vender; cafés, restaurants, porque hay que alimentarse; entre los escombros, flanqueados y reglamentados por pulcras aceras, discurren los tranvías. La madera, los tabiques y las zonas inferiores de los gruesos muros antiguos hacen el resto. El *Rathaus*, el Ayuntamiento, potente edificio que ha vivido un siglo escaso, lujoso y lleno de empaque, está abatido, literalmente aplastado por la mano brutal de las explosiones. Pero bajo su mole ruinoso, en el sótano —el sótano es un gran invento—, funciona un excelente restaurant —*Ratskeller*—, donde se sirve una succulenta *Krabben-*

mayonnaise y hasta el más inesperado y confortador plato de jabalí.

Pero, ¿no queda nada, nada en Kassel? Sí: nada menos que Rembrandt. Pero de esto será mejor hablar otro día.

Otra vez la autopista. ¡Qué cerca está todo! ¡Qué pequeña es Europa, tan grande! Al alcance de la mano, Göttingen, intacta, pequeña ciudad universitaria, burguesa y recoleta, en una apacible tarde de sábado. Escaparates provincianos, una gran librería cerrada, que excita la avidez con sus libros negados tras los cristales, la Universidad dieciochesca, en una plaza recogida, donde se ha ido haciendo pausadamente la lenta ciencia alemana. Luego, las carreteras van anunciando, con creciente insistencia, un imposible: «A Berlín». Estamos llegando a Goslar, en tierras de Hannover, bien dentro ya de Alemania: tanto, que a ocho kilómetros se termina provisionalmente nuestra Europa y empieza ese espacio azorante que no quiere terminar en Vladivostock.

III

LA VIDA COTIDIANA

Tierras de Hannover, Brunswick — Braunschweig, si gustáis —, Westfalia, cuando Alemania era múltiple y plural, cuando todavía Prusia no había llegado a todas partes y no se había forzado, en nombre de la unidad, la unificación, que es otro cantar. Si la ciudad es demasiado una, decía ya el viejo Aristóteles, pasándose la mano por la frente, después de recordar los mil modos de hundirse los regímenes, si se hace demasiado homogénea, ya no será ciudad, sino una casa o un individuo. Y el individuo es inseguro, inquieto, peligroso. Hoy lo sabemos como nunca. Hacen falta los pausados movimientos provinciales, sosegados, de estas comarcas llanas y apacibles, cruzadas por ríos lentos — Weser, Lippe —, con bosques y cultivos, horizontes abiertos y sin fiebre. Tierras leibnizianas: *Annales Brunswicenses*, biblioteca real de Hannover, desde donde Godofredo Guillermo, ya doliente, próximo a morir, se carteaba con aquel ferviente y extremado francés, Nicolás Rémond, que ya no juzgaba a los hombres sino por la admiración que sentían hacia el señor de Leibniz.

Estas tierras, de ciudades pequeñas y medianas, de prósperas aldeas, han recobrado, a los cinco

años, la calma. La vida pública, que se estremece en Heidelberg, Frankfurt o Colonia, deja el paso a la gris vida cotidiana. Pero, ¿por qué gris? ¿Habremos perdido la sensibilidad para todo lo que no sean colores chillones de cartel? Basta acercar los ojos para ver las multicolores irisaciones de esa vida vulgar de un miércoles cualquiera. Aquí los periódicos se leen en casa, después de cruzar tal vez seis palmos de jardín y subir una escalerita empinada, que huele a cera y trementina, franqueada una puerta de cristales que acaso ha abierto una niña dorada, húmedo azul los ojos claros, que hace pensar al viajero, castellano viejo, en la «niña de nuef años» que abrió — cerrando — su casa a Mío Cid; o si no, se leen, sujetos a una especie de mango de madera — como en España solía ser costumbre en las peluquerías —, en una cervecería con visillos toscos y claros muebles de roble o de castaño. Así, las noticias de Corea, Formosa o Lake Success pierden evidentemente virulencia, aunque desde una torre se descubra la línea realísima del metafórico telón de acero. Y «mientras tanto», es decir, en el hoy fugitivo que es su realidad verdadera, el organista de St. Godehard, junto a su iglesia en ruinas, cruza la huerta, donde pace una cabra atada a un árbol, en la mano un plato de frescas cerczas para la merienda.

Goslar

Nada hay más quieto y pacífico que Goslar. Nunca una ciudad española puede tener tan honda calma, a menos que sea una ciudad muerta. Y Goslar no lo está, sino tranquila, a pesar de estar tan cerca — una hora de andar, cinco minutos de au-

tomóvil, un tiro de cañón — de la más profunda frontera que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros. Tan cerca, que Goslar está ya «en el terreno del toro»: acaso por eso más allá de la inquietud.

Todo antiguo. La vieja ciudad milenaria del Sacro Imperio parece dispuesta a cualquier coronación. Sólo haría falta sacar estandartes con leones, águilas y cruces, caracolear caballos, relucir armaduras, poner seda y terciopelo, trenzas rubias y ojos claros, curiosos en las ventanas de las *Giebelhäuser* de altos tejados agudos y aleros de madera. Enrique el Pajarero, Conrados, Otones. El gran palacio imperial, frente al que monta la guardia, a caballo, en verdinoso bronce, junto al colega medieval, Guillermo I, fundador del Segundo Reich. Alrededor, bosques con una sombra de misterio, en el atardecer. Cerca, un hilo de agua mansa.

Calles casi desiertas. Pequeñas tiendas tímidas: gorros, diminutos pantalones tiroleses que son portamonedas, broches de fina pasta: brujas en vuelo, Caperucita Roja con todo su paisaje policromado en tres centímetros: cesta de merienda, flores, lobo feroz, prado verde y hasta un abeto que escucha el diálogo. Edad Media, cuentos infantiles, mínima artesanía: se encuentra bien la rima. Y una plaza prodigiosa, donde el aire descansa entre las casas apuntadas, con vigas desiguales y enseñas de hospederías. Y una fuente...

En el escaparate de una tiendecita se ofrece al transeúnte un periódico abierto. ¿Últimas noticias bélicas, información de la vecina zona soviética? Una crónica de Madrid, donde el corresponsal — *sine ira et studio*, ¡ay! también sin chispa — explica en pocas líneas los apoyos del régimen, el precio de los zapatos, la magnificencia de los cines

madrileños, la buena acogida que encuentran los alemanes y cómo las damas españolas rebajan en un grado las modas de París. Y el Ejército de Ocupación se manifiesta en Goslar en las personas de dos soldados británicos — boina y *kodak* — que buscan el ángulo mejor para poder mandar a la novia del condado de Kent esa casa que me ha gustado tanto.

Brunswick al 20 por 100

Esta ciudad, cabeza de un pequeño Estado ilustrado, ¿es grande o pequeña? No acaba de saberse. No me he formulado siquiera esta pregunta, pero está gravitando sobre mi visión de sus calles y sus plazas. Grandes almacenes. Iglesias protestantes y católicas. Cafés con terrazas, suave música, excelente café, precios escalofriantes — marco y medio por taza — y una camarera sonriente que, por lo visto, entiende la mímica española de nuestros comentarios.

Misa dominical en la iglesia católica de San Gil — *Aegidienkirche* —. Muchedumbre seria y recogida que se va sentando pausadamente en los bancos. Trajes decorosos, gesto de tiempo libre, esmero. En el púlpito, un sacerdote discreto y apacible habla — de religión — con pura fonética alemana, que el viajero agradece. Muchas mujeres con el cabello al aire. Parece que sólo en España se cumple a la letra el precepto. Tal vez porque perdura en la sociedad española el sonsonete con que lo aprendían nuestras bisabuelas, en las Máximas del barón de la Andilla:

*Niña, en la iglesia tu cabeza tapa:
San Lino lo ordenó, segundo Papa.*

Otra vez —por tercera vez en Alemania— Rembrandt. Y de nuevo Cranach. Y tantas cosas. Pero persiste la inquietud. Brunswick, Braunschweig si así lo preferís, ¿es pequeño o grande? Parece una ciudad de extensión limitada; pero tiene un aire de casi gran ciudad. Frecuentes parques para bicicletas, con un cartel que advierte: «Sin vigilar». O bien: «Vigilado. 10 Pfennig.» El camarero sesentón del Hotel Lorenz —Wilhelm Lorenz, Propietario— nos da la clave. ¿Ha sido destruída una parte grande de la ciudad? —le pregunto—. El 80 por 100, en treinta y dos minutos —me responde. Esto explica mi malestar: hemos visto sólo Brunswick al 20 por 100, y casi ha desaparecido hasta la destrucción.

Al tomar la carretera, ya hacia el Oeste, acomete una cierta zozobra. ¿Qué habrá sido de Hildesheim?

El organista de S. Godehard

Otra vez en el viejo reino anglo-alemán de Hannover. Estamos entrando en Hildesheim. ¿Entrando? Bueno, intentando entrar. ¿Dónde está la ciudad? Vueltas y revueltas, calles bloqueadas por los escombros, ruinas, ruinas, ruinas. Alegres, sin duda; con verde yedra y hasta trozos de huerta donde no hay demasiado hierro viejo. A lo lejos hacen señas las torres heridas que siguen en pie; pero ¿cómo llegar hasta ellas? Hay que dejar el coche en un caminito en cuesta, por donde bajan, en la tarde de domingo, familias con merienda que empujan cochecitos infantiles.

Man muss leben, hay que vivir —nos ha dicho el organista de la iglesia de S. Godehard, que hizo levantar en el siglo XII, de vuelta de canonizar a su titular, el obispo Bernhard de Hildesheim, a

imitación de Saint Rémy, en tierra de Francia. La iglesia está parcialmente en ruinas, pero se sostiene aún, gracias a un prodigioso efecto de la onda expansiva de las bombas. Este organista de gruesas gafas y viva pasión por el románico está dispuesto a reconstruirlo todo. Pero ¿por dónde empezar? Por las iglesias: por la suya y por la evangélica de San Miguel, que hizo construir un siglo antes el obispo Bernward —hay que aprender a distinguir, quíerese o no, a los dos obispos arquitectónicos de Hildesheim—. Por lo demás, la ciudad pertenece al pretérito, tal vez al futuro esperanzado de este entusiasta organista, que ha renunciado a sus cerezas para mostrarnos cada capitel, cada arco derruido. Nos señala una vieja casa apuntada, renacentista —Nadie se fijaba en ella —nos dice—. Había más de setecientas, y era de las más vulgares. Ha quedado ella sola, y hoy nos parece maravillosa. ¡Es el secreto de muchas glorias! No hubo muchos muertos en Hildesheim, porque los habitantes pasaban las noches en los bosques; sólo poco más de un millar perecieron aquella noche elegida. El cielo tronó y ardió durante media hora: al amanecer había una ciudad menos en el mundo.

El viejo cementerio —verdosas lápidas hincadas oblicuamente en la tierra, entre cipreses—. La tumba del obispo Bernward. Y en la capilla, en bronce bien labrado, la columna y las fabulosas puertas de Hildesheim, donde reviven la creación del mundo y la vida de Cristo: tal vez de ahí arranca la mitad de la escultura alemana. Un señor que se acerca a los setenta, traje negro y cuello almidonado, derrama en nuestros oídos dignas y eruditas explicaciones. Es un marco cincuenta: *man muss leben*.

Paderborn o las generaciones

Esto en Westfalia. En la llanura un poco seca, algo pelada a trechos, Paderborn, ciudad episcopal y militar, con fuerte catedral y tradición de húsares que cabalgaban por las cercanías. Bombas, pero en proporción moderada. (En Hildesheim, las industrias enclavadas en las afueras de la ciudad todavía no han salido de su asombro.) La capilla bizantina de San Bartolomé. Desde que hemos dejado el Rin, la piedra ha dejado de ser roja: blanca, un poco agrisada; el sol germánico no llega a dorarla.

En el Hotel Haase hay un comedorcito provinciano, en tonos claros, con lámparas de viva luz, periódicos con mango y excelentes chuletas de cerdo —los cocineros alemanes son unos virtuosos de este succulento animal—. Se puede dormir bien en pulcros cuartitos. ¡Si no fuera por la camas alemanas! Colchón que se levanta bajo la cabeza, enorme almohadón de plumas, donde se sumerge uno, sin resistencia. Y, sobre todo, ¿quién inventó que la sábana fuese sólo este lienzo que sirve de forro —infinitos botones— a un edredón de plumas? Cuando el viajero se acuesta, en julio, el calor es atroz; poco rato después, el edredón está en el suelo, derribado por un pie inquieto: no hay más remedio que desabotonar, pacientemente, el forro, arrojar las plumas y diputarlo, con un enérgico acto de fe, sábana. Max Scheler compuso todo un libro «Sobre las causas del odio a los alemanes» —*Über die Ursachen des Deutschenhasses*—: a pesar de su perspicacia, no supo buscar bien.

Pero, con todo, ¿por qué madrugar tanto? ¿Qué son esas músicas militares? Bajo la ventana van pasando señores de buen peso y rostro sonrosado. Uniforme verde, kepis, banda carmesí. En el kepis, unas hojas de roble. En el comedor del hotel, mientras nos sirven los huevos y el café, van llegando, llenando las mesas. Charlan, se ríen, desayunan con enérgico apetito. El párroco, con levita y chistera, desayuna también y sonríe alegremente. ¿Qué ocurre? En la calle se van formando estas extrañas y joviales tropas, sin más armas que algunos sables dorados que llevan los más solemnes entre estos señores. Es, por lo visto, la *Schützenfest*, una especie de fiesta de la milicia, que dura ya tres días. Hoy habrá el gran desfile, y al terminar, a las doce en punto, matarán a tiros al rey —pobre rey de trapo y cartón—. Empieza el desfile. Muchos hombres. Los uniformes verdes se han acabado, y ahora llevan sus trajes de americana y pantalón, con el verde kepis, eso sí. Al hombro, a guisa de fusil, un palo, en el extremo unas hojas de roble. La banda toca —no se canta— el *Deutschland über alles*.

¿Por qué empieza a gustarnos todo menos que antes? ¿Por qué lo encontramos menos simpático, un tanto inquietante? Es demasiada gente, demasiada fruición en marcar el paso, demasiado certero el gesto casi cómico con que manejan el palo verdecido. Todo es todavía idílico, pero ¿no les gusta demasiado el juego? ¿No tienen bastante? (Siempre he creído que el militarismo es infantil, y que la guerra consiste esencialmente —y la cosa no es de poca monta— en jugar a los soldados.) Y hay algo más. Los alegres comensales del Hotel Haase eran hombres maduros, entre los cuarenta y los sesenta. Ahora desfilan también —sobre

todo — jóvenes. Y tienen otra expresión. Decididamente, me gustan menos sus gestos ásperos, sin humor. (En Europa, gentes siniestras de varios colores llevan algunos decenios persiguiendo el humor y el buen humor: gentes estúpidamente serias, que ignoran —¿o acaso no?— la función purificadora de la sonrisa. Dadme periódicos con caricaturas divertidas y comentarios burlones, para que no haya que decir que «huele a podrido en Dinamarca».) Jóvenes adustos, risueños hombres maduros, sonrientes y cordiales viejos de la otra guerra. En Paderborn hemos topado con las generaciones. con uniformes verdes y bandas carmesíes.

IV

OTRA VEZ EL RIN

Er, sie, es

Él, ella, ello —como anuncian los almacenes de confecciones alemanes—: es decir, caballeros, señoras y niños. ¿Cómo son, qué aspecto tienen al menos, estos hombres, estas mujeres, estos niños alemanes que vamos viendo en diversas ciudades, en calles y plazas, en cafés y hoteles, labrando el campo, comprando y vendiendo, jugando en los parques, rezando en las iglesias?

Los niños son maravillosos. Los muy pequeños, redondos, sonrientes, pacíficos, con dos pequeñas aberturas en la piel dorada y tostada, por donde asoma la suave luz azul de los ojos. Los mayores, altos y espigados, con alegre decisión, juegan —a veces entre las ruinas: ¡qué fabulosos mundos infantiles!—, apenas vestidos con camisa —o sin camisa— y pantalón tirolés, a menudo descalzos, siempre limpios. Las niñas, dulces y resueltas a un tiempo, desde sus bicicletas, dan al viento sus trenzas y su sonrisa; o se lanzan con elásticos movimientos un balón, mientras sus padres y sus hermanos desfilan al son de marchas militares.

¿Y cuando crecen? Parecen contentos los alemanes de hoy. Sonrientes, bien nutridos, animosos, con ancho gesto cordial, activo y seguro. Los ale-

manes están contentos — me ha dicho un amigo—; pero no les preguntéis por su vida individual, porque empezarán a contar desastres. Ésta es tal vez la situación. Sobre el destino atroz de tantos millones de europeos, y entre ellos alemanes, la vida cotidiana ha ido tejiendo su película tenue y sin embargo solidísima, ha ido alumbrando incluso desconocidas fuentes de alegría, de complacencia en el esfuerzo; pero bajo esa película laten y sangran todas las heridas de cerca de veinte años. Trabajo. Eficacia. Tráfico, ir y venir. Resueltos a no parar, sin indolencia: ni para el tractor ni para el fusil acaso. Pero quizá esta falta de indolencia, aun allí donde llega a ser inquietante, lo sea menos que su excesiva presencia en otros meridianos. Los alemanes, entre sus escombros, se afanan de la mañana a la noche. Marta, Marta. Está bien, está bien. Pero ¿tendrán holgura para quedarse alguna vez meditabundos?

Esto se echa de ver, sobre todo, en las mujeres. Quisiera equivocarme, pero tengo la impresión de que las mujeres alemanas andan un poco olvidadas de sí mismas; quiero decir del hecho elemental y decisivo de que la mujer no existe en la naturaleza. La hembra sí, claro está; pero ser mujer es una empresa aventurada y audaz, inverosímil e improbable, que cuando sale bien justifica la existencia del planeta. Y siempre es conmovedor y maravilloso el intentarlo: de las cenizas de esos cohetes disparados animosamente a lo alto y que no han llegado, a pesar de todo, a confundirse con las estrellas, se ha alimentado desde hace seiscientos años lo mejor de la vida europea. Y temo que las muchachas alemanas, al recogerse un día las trenzas, recojan también sus pretensiones femeninas. Hay la guerra y la postguerra, ciertamente; se nos

dice que no tienen casas, ni muebles, ni demasiados vestidos, ni mucho dinero, ni tiempo. Sí. Pero Ortega suele decir que sólo cree en las causas líricas, y no estoy lejos de pensar lo mismo. Las condiciones de vida de las ciudades alemanas son infinitamente superiores a las de Madrid entre 1936 y 1939. *Eppur...*

El hecho es que la mirada atenta del viajero se lleva en la retina un botín demasiado pobre de logradas figuras femeniles. Aquella dama, solemne y bella, que andaba pausadamente por la calle de Heidelberg, mirando los escaparates; aquella otra que afirmaba victoriosamente su elegancia sobre un horizonte ruinoso, junto a la casa de Goethe; aquella muchacha de cabellos lacios y profundos ojos verdes, que fumaba pensativa en un restaurant de Frankfurt, y que indudablemente había encontrado tiempo para darse carmín en los labios y quedarse en sí misma unos minutos de solitaria sobremesa.

Renania

Todavía estamos en Westfalia. Esta ciudad menor, que surge en la carretera cuando vamos buscando la autopista, se llama Soest. Iglesias inesperadamente verdes: la piedra de Soest es de un verde claro, que opone sentimentalmente a la piedra roja del Rin. ¿Cómo no cuidan esto los libros de arte? ¿Por qué no dicen —o dicen tan poco y tenuemente— estas cosas decisivas? ¿Cómo no sabía yo, cómo no sabemos todos, que la catedral de Worms está perpetuamente encendida en tintas calientes? ¿No se advierte que la iglesia de San Patroclo, en Soest, antes que ser románica, y tener una torre cuadrangular impresionante, con una

insolente caperuza, es sencillamente verde? Y lo mismo la gótica Wiesenkirche, la iglesia de la pradera, herida por las bombas, con su nave rota y sin vidrieras, donde una muchedumbre de obreros se afana por trabajar la eterna piedra verde de las mismas canteras, que volverá a restablecer sus arcos, al cabo de seis siglos.

Autobahn. Largo rodeo que nos acerca a Colonia. La autopista rodea el Ruhr. A derecha e izquierda —sobre todo a la izquierda—, un horizonte de chimeneas humeantes. Todo marcha, todo se agita y produce. Los camiones arrastran sus remolques. Ciudades negruzcas, con pequeños jardines tiznados: tiznados, pero al fin y al cabo jardines. Todo ha renacido: ¿será posible? ¿Hablarán demasiado estos obreros, estos capataces, estos ingenieros, estos empresarios de los «tiempos normales» y de «las circunstancias que atravesamos»? En lugar de palabras vanas, el viento del Ruhr sólo arrastra los negros vellones de las chimeneas.

Colonia, Bonn, Aquisgrán. Si queréis, Aachen; o bien Aix-la-Chapelle: su nombre traducido tantas veces muestra bien a las claras que Aquisgrán ha sido de todos, que es una ciudad europea, nuestra. Carlomagno: primera versión de Europa. Por Aquisgrán podría empezar Europa a sentirse una, y en una Universidad ideal se enseñaría allí la más urgente de las disciplinas: Patriotismo europeo, en tres cursos.

Otra vez el Rin. Ancho, potente: la majestad sobre la gracia. Puentes rotos. Ojos que verdaderamente lloran. Y barcos bulliciosos, que entre las lágrimas deslizan su sonrisa. La catedral de Colonia, malherida, en un campo de ruinas. San Gedeón, los apóstoles, San Severino, donde entre arcos rotos y bóvedas hundidas se vuelve a labrar,

una vez más, la piedra. Caperuzas exageradas de la catedral de Bonn. Doble iglesia de San Clemente, en la paz campesina de Schwarzhendorf. Y la definitiva grandeza —los metros cuentan poco— de la capilla real de Carlomagno, en un Aquisgrán que es para nosotros donde acaba Alemania.

Rembrandt

Primero había sido, hacía tiempo, en el Louvre. Ahora en Frankfurt, en Cassel, en Brunswick y en Colonia. Para un español, el descubrimiento de Rembrandt es una de las cosas importantes que le aguardan detrás de las fronteras. Cuando se han rebasado los treinta años, se empieza a sentir cierta prevención hacia los museos. (Los museos, casi lo único que queda en Alemania: los frágiles lienzos, las tablas que apenas resisten un soplo, han burlado irónicamente las bombas y permanecen allí donde han perecido hasta las ruinas.) Pero al ver y volver a ver las telas de Rembrandt del Rin se ve hasta qué punto las realidades mejores son insustituibles. Rembrandt es un riguroso y preciso enriquecimiento. Decididamente, hay que sentar una partida, un sumando más en la cuenta de nuestra vida. Así: Rembrandt. Y otras partidas menores, entre ellas Cranach el Viejo.

Otra frontera

¿Estamos en Bélgica? Campos verdes. Nubes, Enormes caballos. Encima, el arco iris. Los paisajistas flamencos supieron verlo bien.

Por entre el cinturón industrial, ya anochecido,

buscamos la salida de Lieja. Llueve. Hay tabernas y pequeños cafés, gentes apresuradas, bruma. Novela de Simenon. Un puente con ángeles — ¡qué lejos de Córdoba! — es nuestro camino, camino de Francia. Una enorme nube negra está pegada a las aguas sombrías del Mosa.

1950

UN SIGLO

Heidelberg, 1951. Desde mi balcón, toda la excesiva romántica belleza de la ciudad: el río lento y ancho, los puentes, el verdor del bosque y, arriba, la mole rosa del castillo. Nubes aborascadas, llovizna, algunos truenos. El Neckar se ha vuelto gris verdoso. Los vellones de las nubes están tenazmente enganchados en lo alto de los montes. A lo largo del río, y por el puente viejo, pasan pesados camiones, coches ligeros, también grandes, lujosos coches americanos, conducidos, muchas veces, por inverosímiles muchachas, prodigiosamente esbeltas, que gobiernan gentilmente los enormes artefactos.

A esta ciudad llegó, hace un siglo largo, un mozo soriano, más viejo que sus años, a quien su amigo Amiel no podía menos de encontrar «drôle». Se llamaba —como yo— Julián; pero fué siempre, ceremoniosamente, don Julián Sanz del Río. Estudió filosofía con Roder, discípulo de Krause. Yo escribo ahora en el Roderweg, el camino de Roder. Y me siento un poco, al mirar el paisaje que Sanz del Río vió tantas veces, personaje de nuestro entrañable «Azorín».

Pero el caso es que yo he venido a Heidelberg para hablar, en el aula máxima de su vieja Universidad, de Filosofía. De Filosofía española. Pero, entendámonos: de Filosofía a secas, de actual y

real Filosofía europea, que, por lo visto, ahora se hace y se piensa también en España. Los estudiantes, los profesores que escuchan esa filosofía se sienten personalmente afectados por ella, es también cosa suya, no relato ajeno de ajenos quehaceres. Pero a la vez encuentran —nada menos— lo que Ortega ofreció hace muchos años, tantos que son exactamente los de mi vida, posibles maneras nuevas de mirar las cosas.

Ha pasado un siglo desde que don Julián Sanz del Río llegó a Heidelberg a conocer —por primera vez entre nosotros— lo que era la Filosofía alemana. Las cosas han cambiado. Tanto, que esta Filosofía que hoy interesa a los fornidos mozos alemanes, a las rubias muchachas, a estos agudos profesores que se encarnizan tras una idea y la persiguen durante tres horas seguidas —hasta que al viajero se le agotan sus recursos lingüísticos—, esta Filosofía se parece bien poco a la de mi viejo tocayo. La Historia no se detiene, es inexorable, y, bajo el puente de piedra rosada, el Neckar hace rodar siempre aguas distintas. Pero a la vez, la Historia excluye la impiedad, y la castiga con el error. Porque sería ilusorio olvidar que esta Filosofía, tan otra, ha nacido en España gracias a aquel estremecimiento intelectual que don Julián llevó de Heidelberg. En la campiña toledana, en Illescas, en un pupitre alto, don Julián Sanz del Río leía los libros que había traído de Alemania, sin entenderlos siempre, dándose cuenta de ello —lo que es, si bien se mira, maravilloso—. La luz toledana iluminaba las rebeldes páginas góticas. Y don Julián renunciaba a su cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, por no creerse suficientemente preparado. Sabedlo, españoles: alguna vez un español se ha creído infe-

rior a un puesto; ha sabido decir: «Todavía, no.»

El krausismo español, tan limitado, tan desmañado, tan conmovedor —leed su historia, que monseñor Pierre Jobit ha contado mejor que nadie—, fué la novatada de nuestro aprendizaje de la Filosofía, olvidada desde hacía más de doscientos años. Pero no se puede ser, al principio, más que novato y bisoño. Sólo a ese precio puede conseguirse que un día, junto al mismo manso Neckar, pueda tener existencia filosófica, como una esencial posibilidad, el nombre de España.

VI

SOBRE EL BUEN USO DE LAS RUINAS

Pascal compuso, hace casi trescientos años, una «oración para pedir a Dios el buen uso de las enfermedades». Diez breves, aladas, estremecidas páginas. Alemania ha escrito en el último decenio un tratado, un grueso tratado en mil ciudades; el título lo pone, naturalmente, el lector, quiero decir, el viajero —si no está dormido—: podría ser el de este artículo: «Sobre el buen uso de las ruinas». No falta materia: no sé si alguna vez se habrá dado en la Historia tan fabulosa acumulación de escombros; es tan colosal, que resulta, por paradoja, edificante. Nuestro tiempo es el de los superlativos; todo es mayor que nunca: la velocidad y la riqueza, el saber y la estupidez, la producción y la destrucción, la información y la mentira, las posibilidades de curar y el asesinato. Para acumular las ruinas alemanas ha sido menester, primero, una maravillosa capacidad de construir: tenaces esfuerzos de mil años, regla y compás de miles de arquitectos, gafas que defienden ojos miopes inclinados sobre los planos, manos —millones de manos— que van poniendo una piedra sobre otra, y luego las tejas rojas, y las puertas labradas, y las caperuzas cónicas de las torres grises. Arquitectos medievales, que llevaban la última novedad de Francia, de Flandes o de Italia; melancólicos ar-

quitectos que borraron las tremendas huellas de la Guerra de los Treinta años; otros, ya más seguros, envueltos en casacas a la Chodowiecki, lectores de Maupertuis y d'Alembert, que sueñan con Versalles; arquitectos bismarckianos, progenie de Gottfried Semper, constructores del segundo Reich. Las manos parecen siempre las mismas, aunque entre unas y otras medien los siglos y hayan ido esgrimiendo distintas armas: en todas el mismo callo del esfuerzo; y después, el asa del mismo barro muniqués, coronado por la misma espuma de la cerveza, donde se ahogan por igual las varias penas de todas las centurias.

Y del otro lado, los ojos también tenaces y agudos, enredados en las integrales, aplicados al microscopio electrónico, fruncidos por la meditación; y otras manos laboriosas, que funden el acero, combinan el trinitrotolueno y ajustan con esmero la última espoleta. Ya está. Quinientos cuatrimotores, una señal muda, quinientos suaves movimientos de palanca. Una ciudad menos.

No exageremos: sólo falta la mitad, o cuatro quintas partes. ¿Y los motivos? Habrá que escribir largo —cuando se pueda escribir en el mundo: esto que aquí hago sólo es una aproximación— sobre los motivos del lobo, que Rubén cantó; de todos los lobos —los pobres lobos— que pueblan nuestro planeta. Pero aquí no es posible; veremos si en la segunda mitad de este siglo nuestro...

Se suele pensar que Alemania es hoy, naturalmente, un país en ruinas; y no es cierto; es sólo un país con ruinas; conviene manejar con cuidado las preposiciones. Y ahí estriba el buen uso que han hecho y están haciendo los alemanes: en ese sutil cambio de preposición. No se han instalado en ellas, no sé complacen en su existencia, no se

consternan. El único muro definitivamente arrasado es el de las lamentaciones. Los alemanes han limpiado sus escombros, los han acuartelado en sus reductos mínimos, los han ocultado con una delgada película irreal de escaparates y cafés. Entre nuestros ojos y los hierros retorcidos por las explosiones o las piedras desmoronadas se interponen grandes lunas transparentes, azuladas fluorescentes, libros, aparatos fotográficos, sonrosadas salchichas, finas porcelanas de Nymphenburg —bailarinas que danzaron ante todos los Wittelsbach en salones dorados de Cuvillies—, rojas cecezas, amarillos plátanos exóticos.

Donde las ruinas son vencibles, nuevas construcciones se levantan victoriosas; cuando se puede llegar a un compromiso con ellas, los ladrillos improvisados que piden cal y pintura, los sacos de arena, son como el vendaje apresurado que el buen guerrero se anuda con la mano derecha y los dientes, sin desmontar siquiera: testigo, esa Universidad muniquesa donde suena la palabra de Guardini, donde perdura la sombra todavía reciente de Vossler; cuando hasta las ruinas mismas han perecido, queda la resignación: se las acota, entre ellas ruedan los tranvías y las gentes van y vienen, haciendo otras cosas: por ejemplo, de aquel abandonado cuartel de Maguncia, la Universidad Johannes Gutenberg.

VII

PATRIOTISMO EUROPEO

A Ilse von den Driesch

Es casi un tópico decir que la primera batalla de la segunda guerra mundial fué la guerra de España; de esa afirmación se sacan consecuencias curiosamente diversas; es una de las predilectas de los expertos internacionales en confundir las cosas, que hoy suelen ser los encargados profesionalmente de regir el mundo o de informarlo. Y sin embargo yo diría casi lo mismo; yo también encuentro esencial afinidad entre nuestra guerra y la más grande; pero no porque la primera fuese un ensayo en pequeño de guerra internacional —dejo a otros el cuidado de decidirlo—, sino al revés, porque la segunda me parece —en sus orígenes, en sus primeras fases, en su núcleo más hondo— una colosal guerra civil, la Guerra Civil Europea.

Y esto se siente, mejor quizá que en parte alguna, en Alemania. No porque Alemania no haya pecado gravemente contra Europa, sino a causa precisamente de ese pecado, que descubre y pone de manifiesto la ley infringida. Por el pecado y por la penitencia, que en este caso es —literalmente: por falta de gracia— el pecado de los otros. Por esto se siente allí, más vivo por estar en carne viva, eso que vengo llamando hace años patriotis-

mo europeo. Y lo llamo así porque no se trata de una mera realidad económica, o política, o cultural, ni de una mera conciencia de unidad histórica, sino de una fuerza, de una viva potencia actuante, que nos penetra, nos domina y nos mueve y conmueve, porque es una emoción. Es algo que afecta al alma y al cuerpo, que persuade y humedece los ojos, que enorgullece y provoca rubor, que tensa los músculos y estremece. Yo sentí como una humillación el día que los alemanes entraron en París, y dolor y vergüenza ante la catedral de Worms, ceñida de ruinas, como una madre rodeada de hijos muertos, o en la vieja Maguncia, brutalmente machacada. Como si hubiese visto hendida mi vieja torre vallisoletana de la Antigua, o el salmantino colegio de Irlandeses, o el puente romano que abraza el Guadalquivir en Córdoba. Como tantas veces he hecho.

Los campos bien labrados de Francia, y el lago de Starnberg en Baviera, y los dos lagos que enhebra la Isar, camino de Munich, y el Danubio, río divino, que he cruzado apresuradamente en Ulm, a la sombra de la catedral gótica, y el Rin con sus barcas lentas, casi hundidas de tanta carga, y los bosques por donde corren Bambi y Falina, todo es nuestro. Como las murallas de Ávila y el Parlamento de Londres, y los cuadros chiquitos de Vermeer de Delft, y los jardines de Monreale, y el Danubio entero, hasta su última gota, desde la Selva Negra hasta el Mar Negro. ¿Y las redondas cúpulas moscovitas? No sé, porque a Europa le pertenecen también sus dudas, sus espinas siempre clavadas, sus romances fronterizos, con música de guzla o de balalaika.

Y no cabe duda de que sin Alemania no hay Europa. Claro es que ella olvidó, en una mala hora,

que sin Europa no hay Alemania, y se perdió a sí misma; pero eso no es razón para seguir jugando, de olvido en olvido, a una siniestra comedia de las equivocaciones. Pero se advierte que el patriotismo europeo va germinando jovial, briosa y a la vez melancólicamente en las almas. Ya sé, ya sé que no es oro todo lo que reluce, que se pone al mal tiempo buena cara, que hay muchos tristes «ismos» que retoñan, más tristes todavía, porque nunca segundas partes fueron buenas. Pero también se ha dicho que no siempre lo peor es cierto; y no estoy dispuesto a creer que lo más importante son las feas almas anacrónicas que anidan en todos los pueblos: las que nunca olvidan, las que nunca perdonan, las que se enquistan en las ideas viejas; las que —paradójicamente— nunca recuerdan lo que hay que recordar: la historia que pasa y pasa y nunca se detiene y nos lleva siempre a mares antes nunca navegados.

Prefiero creer que el patriotismo europeo es sentido por muchos que no lo saben, porque, aunque es una opinión muy difundida, no es todavía opinión pública. Por las almas jóvenes de Europa, capaces de llegar —no importan sus años— a esta mitad de siglo; por los que, cuando oyen hablar de ese patriotismo nuevo, en el que acaso nunca habían pensado, encuentran que era ya el suyo más profundo y se sienten arrastrados, como cuando pasa el regimiento, por una música entrañable y nunca oída.

VIII

INSTANTÁNEAS

La escena en Munich. El tranvía número 6 rueda por la Ungererstrasse. Sentado en él, frente a mí, un señor cincuentón, de mediana obesidad, con pantalones cortos, que dejan ver muslos desusados. El señor saca un cigarrillo y lo enciende. En el asiento de al lado, otro señor, al filo de los sesenta, vivaracho, gafas y pelo casi blanco, se inclina hacia el primero y le dice en voz baja unas palabras. El caballero de pantalón corto vuelve a extraer su pitillera y la tiende a su vecino. Éste toma un cigarrillo, lo enciende y alarga al propietario su precio exacto: un «Groschen» —algo muy parecido a una peseta «rubia»—. El viajero, con la mayor naturalidad, guarda el Groschen en el bolsillo del chalco, y ambos fuman plácidamente mientras el tranvía sigue su camino. Si se arañase un poco y se pusiesen al descubierto los supuestos de esta mínima escena, se tendría una idea no enteramente despreciable de lo que es una forma de sociedad; y si se analizase con alguna minucia la automática sorpresa del espectador español, se habría construído otro buen pedazo de sociología.

Pero aquí voy de vuelo, y no puedo hacer más que brindar el toro a los sociólogos.

* * *

Los trenes alemanes son de una perfección y una puntualidad que resultan cómicas o conmovedoras —según se mire—. En cada departamento, hojas con el itinerario. Si se quiere saber dónde se está, basta con mirar la hora: si son las once y diecisiete, es que estamos frenando en Weinheim. Y a la inversa, para saber la hora exacta no hay más que leer el nombre de la estación por la que acaba de pasarse.

* * *

En los trenes, un «Schreibabteil» o departamento de escritura ofrece los servicios de unas secretarías que, en ruta, despachan nuestra correspondencia o escriben nuestras memorias. Esta institución, ¿será una iniciativa de la compañía de ferrocarriles, o acaso una ingeniosa idea de la Asociación de Esposas Desconfiadas?

* * *

Hace siete años, las bombas de mil libras llovían sobre Munich a chaparrón. Barrios enteros, el palacio real de los Wittelsbach —la Residenz—, la catedral o Frauenkirche, tantas casas son ya cosa pretérita. Se ha hundido un régimen, se ha construído un nuevo Reich, «partido por Yalta en dos». Hay una ocupación militar, y los rusos están a pocos kilómetros. Pero yo he oído, en el Prinzregententheater de Munich, «Las bodas de Fígaro». En la escena se agitan el conde Almaviva, el Barbero sevillano, el grácil paje Querubín, Bartolo y don Basilio; y Annelies Kupper, admirable Condesa, lanza al aire las notas elegantes, prodigiosamente ligeras, de Wolfgang Amadeo Mozart, triple

extracto del XVIII. Y todo el teatro se estremece con los violines, y los modestos escotes sonrosados olvidan que no tienen joyas, y cuando cae el telón por última vez y la ópera apaga sus acordes, tengo la impresión de haber asistido a una operación delicada y grave, en que unos dedos finos y minuciosos acaban de ajustar una esencial ruedecilla de la gran máquina alemana. Al salir, mientras subo al autobús, voy recordando no sé qué filtraciones de agua que aparecieron, hace un cuarto de siglo, allá por la Plaza de Oriente.

* * *

Aquel muchacho, aprendiz de técnico electricista, que me acompañó espontáneamente y me enseñó todo Karlsruhe en tres horas —la espera entre dos trenes—, tenía tanto desconocimiento de España como simpatía hacia ella. Buscaba en su aparato por las noches las emisiones de música española, y me preguntaba: no creía estar al cabo de la calle, por haber leído «Le Populaire». No sé su nombre, pero recuerdo su buen talante y su tosco alemán, mientras comparaba los precios de los escaparates con los españoles y me mostraba la bella, melancólica fachada del Palacio, con sus garitas vacías que piden tricornios, con sus ventanas que piden salones, en medio del parque muerto, crepuscular, más finamente verde bajo la llovizna. Y me suena en los oídos el amanerado, exquisito verso de Stefan George: «Komm in den totgesagten park und schau», ven al parque que se dice muerto y mira...

IX

UN LECTOR

No es bueno olvidar lo menor. Nuestra vida actual se resiente de desatención a los detalles exiguos y reveladores, a las facetas secundarias de las cosas, en que a veces se manifiesta del modo más fino su condición profunda. Tal sucede en la vida intelectual, donde la consideración de la obra en su conjunto o de sus caracteres más egregios e insólitos suele hacer que se pasen por alto matices humildes, que acaso son los decisivos, los que hacen posible y explican la construcción de alto bordo que pasa majestuosamente ante nuestra mirada. En los momentos de buena sazón para la mente, se dan a la vez esos matices y la sensibilidad de la retina para ellos.

Me ha llevado a pensar en esto la lectura del último libro de Curtius. Es bien sabido que Ernst Robert Curtius es uno de los hombres de más clara y profunda ciencia que viven en Europa. A poco de terminar la guerra, su espléndido libro sobre «Literatura europea y Edad Media latina» dió una vez más la medida de sus posibilidades y fué como la rama de olivo que anunciaba el reverdecer de la mente alemana, después del último diluvio —esta vez de bombas explosivas y, lo que es peor, de falsedades, de consignas y tópicos hostiles vertidos

durante más de un decenio sobre las cabezas alemanas—. Pero no se suele saber que Curtius es un lector, uno de los más acabados lectores que han existido. Sus «Ensayos críticos de literatura europea» no son sólo la prueba de cómo su autor escribe, en armoniosa y tersa prosa, en que el alemán adquiere singular claridad y ligereza —casi un vino del Rin—, sino de su maravillosa capacidad para algo elemental y difícil: leer.

Toda Europa, sobre todo la de los últimos treinta años, está presente en las páginas de Curtius. Stefan George, Hugo de Hofmannsthal —aliados con Calderón—, Hermann Hesse, Unamuno, Ortega, Pérez de Ayala, Eliot, Toynbee, Cocteau, para citar sólo los más próximos. Curtius se ha inclinado con fruición sobre sus páginas españolas, francesas, inglesas, alemanas, con el mismo amor, con idéntico placer. Yo diría más: con generosidad, gratitud y —por eso— libertad. En la paz recoleta de su casa de la Joachimstrasse, en esa apacible ciudad de Bonn —Universidad y Catedral de torres con altas caperuzas, y el Rin al pie—, sorprendida por una inesperada capitalidad federal que le viene tan grande, libros, libros, libros, desde el suelo hasta el techo. Y esos libros se han ido destilando, tras horas de lenta, reposada lectura, en otro más.

He pensado lo que han tenido que ser para los lectores alemanes de los dos últimos decenios estos ensayos de Curtius. En pocas páginas, se va perfilando una figura: unas pinceladas exteriores: Stefan George, avenida de los Castaños berlinesa —en un sofá bajo, tapizado de seda amarilla, «la bella Frau Siemon»—; o Unamuno en su destierro —«elegíaco en Ovidio, heroico en Dante, teatral en Víctor Hugo»—; o bien Ortega, «pequeño celtí-

bero del Escorial». Después, la situación histórica del escritor, su mundo, su pretensión, sus temas. Despacio, una cosa detrás de la otra. Parece que no es nada. Y al final, la figura entera, viva, clara, con su riqueza y sus gestos mentales. Europa como bien común, como tierra nuestra. Curtius está encantado de que haya en torno gentes de tan singular talento, que escriban tan altos versos, tan estremecida y gentil prosa; no le duele —como a tantos—: al revés. Por eso goza con todo ello y se enriquece; y como la generosidad se multiplica por sí misma, nos lo comunica, lo comparte con nosotros.

El oscuro lector del lector Curtius, media hora después, deja la revista y se encuentra con que, sencillamente, sabe quién es Hermann Hesse u Ortega. Ahí es nada. Y durante esos minutos ha estado viviendo, con desconocida plenitud, en Europa; es decir, no en la provincia, no en la aldea, en un corro de comadres maldicientes, sino en el mundo. Estas experiencias, repetidas unas cuantas veces, hacen del hombre una cosa distinta. Por de pronto, dejan de ser posibles algunas torpezas, algunas chabacanerías, algunas petulancias (la cultura, en su forma más honda, consiste en buena parte en que empiecen a ser imposibles ciertas cosas). Hay un imperceptible cambio de supuestos, y el nivel se va elevando poco a poco, como cuando se viene del mar a la meseta. Y resulta que a esta altura no se respira ya aire confinado, sino el agitado, tenue y vivificante de Europa. ¿No será este libro de Ernst Robert Curtius un buen candidato al premio Nóbel? Se entiende, a ese que, en lugar de ser disputado, busca siempre, azorado, sobre quién posarse: al de la Paz.

X

GANIVET EN GERMERSHEIM, RAZÓN VITAL EN MUNICH

A Bernhard Urbaschek.

Germersheim es una viejísima fortaleza junto al Rin; empezó siendo, con los romanos, Vicus Julius; durante toda la Edad Media, y a lo largo de los siglos XVI, XVII, XVIII, se la han disputado bávaros, franceses, austríacos, electores palatinos. Destruir y vuelta a empezar. Hoy es todavía una ciudadela, y en sus muros suenan todas las lenguas: un enorme cuartel; en vez de patios, jardines verdes; su guarnición, muchachas con trajes claros y libros de gramática, muchachos de calzón tirolés que luchan con todas las sintaxis del globo; su capitán, el profesor Edmund Schramm, que gobierna paternalmente este Instituto de Intérpretes, colonia de la Universidad de Maguncia, y confía en la condición humana y en la vigilancia discretísima y sutil de los ángeles de la guarda.

En esta ciudadela he encontrado a otro ángel, de demasiado humanas caídas: Ángel Ganivet. Lo ha evocado, lo ha llevado de la mano el doctor Gustavo Alberto Conradi; el fruto de sus conju-

ros hermenéuticos es una tesis doctoral de la Universidad maguntina, donde se habla por todo lo alto y por todo lo hondo del problema de la «auto-creación» en Ganivet, de su casi cristiana, casi luciferina pasión por lo perfecto, por el alma pulida que cada cual quisiera labrarse en piedra incorruptible, como una estatua. Pero el doctor Gustavo Alberto Conradi es un antiguo amigo, hallado por sorpresa en Germersheim; hace veinte años no era más que un muchacho alto, serio y silencioso, que había ido a Madrid desde Alemania ¡a estudiar filosofía! En la Ciudad Universitaria, su letra clara iba guardando en un cuaderno la palabra de Ortega, y de cuando en cuando los ojos se le escapaban hacia la línea azul y gris —por las tardes, violeta— del Guadarrama frío. Y con esos pertrechos ha podido adentrarse por el alma bravía e inquieta de Ganivet.

Esta clara comprensión de cosas españolas me hace pensar en lo que no quisiera llamar el hispanismo alemán, porque hispanismo es una fea palabra que casi siempre encubre un modo de tratarnos como a muertos: asirios, caldeos, egipcios, hititas; materia de cátedras y monografías, asunto de ganar fama y algún dinero. Y es otra cosa. Quizá se la pudiera enunciar en tres palabras: contar con España. Tengo grabada una escena muniquesa: una habitación de Luxemburgerstrasse; dos ventanas por donde se asoman los árboles y entra el fresco de la noche; una mesa redonda con una lámpara de pantalla suave; alrededor, cabezas de jóvenes amigos atentísimos; despacio, buscando las palabras, voy tratando de contar, en vacilante alemán, lo que es razón vital; nuestra amiga ha sacado cuartillas y una pluma y va tomando notas; los ojos claros se animan; arde en su fondo una

lucécilla de sorpresa. Como saben lo que en el mundo se sabe, pueden medir la novedad, y se sienten de repente enriquecidos, como si hubiesen abierto ante ellos un atlas y hubiesen encontrado en él un nuevo continente inesperado. Ya saben mis amigos que hay una tierra que explorar y conquistar, y van a hacerlo; ya andan preparando sus embarcaciones —diccionarios y gramáticas— para saltar, como vikingos, sobre lo que les parece un Eldorado.

Al repensar y decir en alemán filosofía española, al vestirla de la lengua de Fichte, Hegel y Dilthey, se advierte hasta qué punto sin éstos no hubiera sido posible, y hasta qué punto es distinta de ellos. Una vez más, Europa: cada nación, siempre sí misma, y nada sin las otras. Es lo que comprenden, tan bien como yo, mis amigos muni-queses, mientras van naciendo entre esfuerzos mis frases tudescas y van quedando registradas en las cuartillas blancas, bajo la luz velada. Pocas veces se ha atendido y entendido tan desde dentro la española filosofía de la razón vital.

UNA PSICOLOGÍA DEL ESPAÑOL

Don Ramón Menéndez Pidal acaba de publicar una introducción a la *Historia de España* que edita bajo su dirección Espasa-Calpe. Esta introducción se titula *Los españoles en la Historia*, y lleva como subtítulo: «Cimas y depresiones en la curva de su vida política». A una edad que en otros es senectud, Menéndez Pidal nos da un estudio admirable, vivaz, alerta, escrito con singular belleza, en clara y noble prosa. Usa de su inmenso saber con una elegancia que es lo contrario de la erudición: porque complace y porque es fértil. Y tiene la serena y segura, impávida firmeza del intelectual auténtico, entregado a la faena de enunciar las verdades que ha descubierto o comprobado, dócil a las cosas; esa firmeza que pone un punto de dureza adamantina en el carácter más apacible y es la forma concreta que reviste lo que llamamos autoridad intelectual.

Pero, además de esto, la «Introducción» de Menéndez Pidal suscita problemas en casi todas sus páginas e incita al diálogo, incluso a la viva discusión de algunos puntos esenciales; porque este pórtico antepuesto a lo que va a ser nuestra «Grande y general Historia» es cualquier cosa menos «indiscutible», adjetivo que suele encubrir, como una lápida, diversas formas de muerte, desde la

vaguedad sin compromisos hasta la abstracción desrealizada. Sería deseable que los españoles devolvieran un eco suficiente de estas claras palabras del gran filósofo acerca de su destino histórico; por esto voy a recoger aquí algunas de sus resonancias marginales.

Se pueden distinguir en el estudio de Menéndez Pidal tres temas: el primero es un esbozo del carácter de los españoles, una psicología del español como modo de comportarse en la Historia; el segundo, una interpretación de la historia misma de España; el tercero —que no está tratado en sus páginas, sino que es su resultante problemática— es la cuestión de las relaciones entre los anteriores; es decir, el problema de la posibilidad de que una determinada contextura psicológica funcione, dentro de ciertos límites, como una invariante a lo largo de la historia. Quisiera decir en esta breve nota algunas palabras sobre el primero de estos temas.

* * *

Lo más discutible del estudio de Menéndez Pidal son sus primeras líneas, el supuesto de que parte, y que se remonta en definitiva a la tradicional concepción naturalista de la Historia, a la que difícilmente han escapado incluso sus más geniales teóricos, los que, en un largo esfuerzo, han ido evadiéndose de ella para conocer la irreducible peculiaridad de lo histórico, desde Voltaire hasta Spengler o Rickert, pasando por Hegel y Comte (1). «Los hechos de la Historia —escribe

(1) Cf. mi *Introducción a la Filosofía*, pág. 190-205. Acerca del problema de la Historia, en el que aquí no puedo entrar, remito a algunos pasajes de ese mismo libro: cap. III, «Verdad e historia» (pág. 123-143); cap. IV, «El método» («La triple función de la historia», pág. 167-172); cap. V, «La razón» (en especial pág. 205-221); cap. X, «La vida histórica» (pág. 387-411).

Menéndez Pidal— no se repiten, pero el hombre que realiza la Historia es siempre el mismo. De ahí la eterna verdad: *Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est*; lo que sucedió no es sino lo mismo que sucederá: lo de hoy ya precedió en los siglos. Y el consiguiente afán por saber cómo es cada pueblo actor de la Historia, cómo, dada su permanente identidad, se comporta en sus actos, fué sentido por los hombres de todos los tiempos.»

Pero ni siquiera ese supuesto actúa demasiado, porque Menéndez Pidal tiene buen cuidado, ya en la página siguiente, de introducir atenuaciones decisivas, procedentes de su fidelidad a la realidad histórica misma. «Toda cualidad —advierte— es bifronte, raíz de resultados positivos o negativos según el sesgo que tome y la oportunidad en que se desenvuelve. Y agrega: «Aun los caracteres de más permanencia no obran necesariamente, pues el que aparezcan en la mayoría de un pueblo no quiere decir que determinen siempre la acción, ni que en circunstancias especiales no puedan quedar relegados a minoría. Además, el que los veamos mantenidos a través de los siglos no significa que sean inmutables. No se trata de ningún determinismo somático o racial, sino de aptitudes y hábitos históricos que pueden y habrán de variar con el cambio de sus fundamentos, con las mudanzas sobrevenidas en las ocupaciones y preocupaciones de la vida, en el tipo de educación, en las relaciones y en las demás circunstancias ambientales.»

¿Qué quiere decir esto? A mi entender, algo estrictamente verdadero: esas cualidades, esos caracteres, a pesar de cierta posible «permanencia», no constiuyen en rigor una *naturaleza* invariable, que fuese raíz de la Historia; en muchos casos

esos caracteres son efectivos «hábitos históricos», es decir, se han constituido en la Historia, y el pueblo que los posee *ha llegado* históricamente a ellos; en todo caso, aun en el extremo de que tengan una índole «natural», no son sino *ingredientes* naturales —como los que constituyen lo somático o lo geográfico— de la realidad histórica, que es propiamente lo que el hombre *hace* con todos los ingredientes de que dispone, y de ahí que su *función* histórica efectiva pueda ser muy distinta y aun oscilar entre términos opuestos, según cuáles sean las «ocupaciones y preocupaciones de la vida» en que consista en cada momento la sustancia de la historia.

El pueblo español, por lo menos desde cierto nivel cronológico, se encuentra con un repertorio de caracteres, determinaciones naturales o hábitos históricamente adquiridos, que constituye uno de los componentes de su circunstancia, uno de los recursos con que cuenta para vivir, y a la vez uno de los datos que condicionan sus posibilidades históricas; dicho con otras palabras, existe una psicología del español, que éste tiene que *usar* históricamente y que al mismo tiempo determina ciertas propensiones en su comportamiento. ¿Cuáles son, según Menéndez Pidal, los rasgos esenciales de esa psicología?

* * *

Los tres caracteres capitales que Menéndez Pidal descubre en el español son la sobriedad, la idealidad y el individualismo. Pero estas denominaciones, a primera vista simples, encubren realidades muy complejas. En cuanto a la sobriedad, Menéndez Pidal recuerda el viejo testimonio de

Trogo Pompeyo, que caracteriza al español por la *dura omnibus et adstricta parsimonia*; y desde entonces, en efecto, el español se contenta con poco; vive con sencillez; soporta las inclemencias y las privaciones; mantiene su rendimiento en circunstancias en que los hombres de otros pueblos se consideran por debajo del mínimo indispensable de recursos, alimentación o comodidades. Menéndez Pidal señala el sentido estoico de esta actitud, y recuerda el innato senequismo de los españoles y a la vez el matiz español del estoicismo de Séneca: el *sustine et abstine* tiene en nuestro país una vigencia dos veces milenaria. Esta sencillez tiene como reverso un «chocante descuido» en muchas formas de la vida. La falta de refinamiento y comodidades habituales, los hospedajes inhospitalarios, la mesa tosca y parca, la carencia general de esmero y primor. ¿Cuál es la raíz psíquica de esta doble tendencia española?

Yo creo que estriba principalmente en una falta de deseos, característica de un tipo psicológico escasamente imaginativo. No sé si ha sido subrayado un hecho menudo, pero de clara significación, de nuestra vida cotidiana. La inmensa mayoría de los españoles realiza una función profesional ajena a su íntima vocación; es notoria la predilección por los trabajos incualificados y monótonos, pero estables; por los cargos burocráticos oficiales; el español medio lo que quiere es tener una «colocación» —palabra expresiva, palabra tremenda—. Pues bien, la jornada de trabajo de esos españoles que trabajan en un taller o una oficina suele durar siete horas, ocho como máximo; pero su horario —comienzo tardío, larga interrupción a la hora de comer— hace que ocupe prácticamente el día entero; al español no le queda tiempo «para

nada». Pero esto quiere decir que no desea hacer nada, que no siente el tirón de apetencias distintas, sean cualesquiera —la jardinería o el baile, los espectáculos o la lectura, el estudio o el cultivo de un arte, el deporte o el coleccionismo—. De ahí también la perplejidad del español en vacaciones: después de quejarse de «no tener tiempo para nada», se encuentra en la situación embarazosa de «no tener nada para el tiempo».

La falta de refinamiento y deleites de la vida habitual hace que sea menor la distancia entre ella y las penalidades de la guerra o las situaciones anómalas; por esto el español está más dispuesto que otros pueblos a perder su modo normal de vivir, e incluso la vida misma; la deficiencia de su representación imaginativa del futuro le hace también medir sólo muy en parte las consecuencias de sus acciones, y por eso se embarca despreocupadamente en empresas arriesgadas; de ahí, por último, el constante predominio entre nosotros del tipo del aventurero, con su innegable gracia vital y su limitación —recuérdese la maravillosa caracterización de Ortega en el prólogo a las *Aventuras del capitán Alonso de Contreras*, ejemplar máximo de la especie—. Y ésta es igualmente la raíz de esa imprevisión española que recuerda Menéndez Pidal, en su doble faz, la «contemplativa», que espera a que los hechos adversos sean consumados e irremediables, y la «activa», que lleva a acometer sin preparación y con admirable empuje empresas casi imposibles, como la exploración del Amazonas y una enorme porción de la conquista y colonización de América.

En conexión con esta sobriedad pone Menéndez Pidal el desinterés en el orden económico. La generosidad es frecuente en el español, individual y

aun colectivamente. No se antepone el cálculo de pérdidas y ganancias a consideraciones de otro orden. Menéndez Pidal insiste en las consecuencias de este hecho para la economía española de todos los tiempos; el descuido del trabajo productivo, de la industria y el comercio, el contentarse con los primeros resultados, que satisfacen las necesidades más apremiantes, la imprevisión del mañana; de ahí la esterilidad del oro de las Indias, que cruzaba España sin provecho, para ir a manos de los genoveses y otros extranjeros, en cantidad bastante para «inundar de moneda castellana a Europa hasta Constantinopla».

Esto hace que cuantas veces se crea poder contar con los españoles manejando su interés o conveniencia, se yerre. El español toma una posición determinada, no porque sea la que le reporta más ventaja, sino porque le gusta, la prefiere o se siente adherido a ella —con frecuencia, también, porque se opone a la de otros grupos o es dañosa para éstos—; incluso los núcleos políticos o sociales que han proclamado —casi siempre por mimetismo de otros núcleos extranjeros, de pueblos en que la conveniencia decide— perseguir ventajas económicas, en realidad han buscado otras cosas primariamente —el poder, la afirmación de un tipo humano, la sumisión de otros grupos sociales enemigos— y han pospuesto siempre que ha sido necesaria la prosperidad económica; los ejemplos, incluso recientes, están en la memoria de todos.

En la vida individual sucede lo mismo. Para bien y para mal, los resortes de la conveniencia económica son secundariamente eficaces entre nosotros. Sin embargo, habría que hacer una salvedad. Y es que en estos últimos años se está produciendo una evidente intensificación de la ten-

dencia iniciada en el último siglo hacia una mayor estimación de los bienes materiales, del refinamiento y el lujo, y por consiguiente hacia la prioridad de lo económico. Todavía es pronto para suponer una alteración sustancial del carácter español en este punto; pero me parece inexcusable señalar la tendencia, que es la clave de muchos aspectos, positivos y negativos, de nuestra vida actual.

Menéndez Pidal pone en conexión con el desinterés otra dimensión del carácter español: el *sosiego*, que en el siglo XVI fué la admiración de Europa. Pero ese sosiego tiene, por supuesto, doble faz: es la serenidad en la acción, la medida elegante, que no se embala en el triunfo ni se rinde a la suerte adversa; es también la apatía, la inacción, la ausencia de resortes; no ya el desinterés, sino la falta de interés; en suma, los dos sentidos del *no importa de España*: animosos frente a los trabajos, «no importa»; desanimados ante el trabajo, «no me importa». Y esto trae consigo la extraña capacidad del español para la *vita minima*: cuando las circunstancias de cualquier *índole* se hacen tan adversas que apenas se tiene nada, que apenas se puede hacer nada, el español sigue viviendo; no sólo esto, sino que sigue esforzándose; más aun, conserva una ejemplar dignidad en la situación inverosímil, un sosiego que el extraño no suele entender. Pero es grave esta maravillosa capacidad de los tiempos inclementes, porque el español se aviene con demasiada facilidad a esa *vita minima* y olvida que la vida humana consiste precisamente en vivir más, en trascender de sí propia, en desinteresarse por todo lo que encuentra en su horizonte.

También deriva Menéndez Pidal de la sobriedad otro tipo de cualidades, cuya interna complejidad

plantea algunos problemas. «La sobriedad —escribe— es altamente igualitaria». «Prescinde —añade— de accidentales o secundarias distinciones». De ahí la repugnancia de los españoles por la esclavitud, la idea de igualdad de las razas, el mestizaje, la catequesis religiosa y cultural de los indios. Por otra parte, la «nivelación de las categorías y clases sociales», la llaneza de los altos, la dignidad y orgullo de los inferiores. Pero la cuestión estriba en saber qué es accidental, primero; y en segundo lugar, en precisar el matiz de ese igualitarismo. Porque no se puede olvidar el tono con que se ha repetido, una vez y otra, que «nadie es más que nadie»: si en alguna ocasión se ha reconocido con esa frase la última dignidad del hombre por serlo, o su igualdad religiosa ante Dios, la mayoría de las veces ha significado una corrosiva negación de las jerarquías, una resentida hostilidad a lo egregio, en nombre de lo inferior.

Algo análogo ocurre con el apego a lo tradicional y la aversión a lo nuevo. En el terreno de la cultura, el español tiene, dice Menéndez Pidal, «una sobriedad de gustos, apetencias y aspiraciones»; «satisfecho con lo suyo antiguo, con lo de siempre, no se ve muy incitado a buscar satisfacciones nuevas»; y señala el matiz peyorativo adscrito —hasta en la fría definición léxica de Covarrubias— a la palabra *novedad*, que un dicho antiguo llega a identificar con *no verdad*. Pero hay que observar dos cosas. La primera, que Menéndez Pidal tiene muy en cuenta, es que esta actitud no es en rigor tradicionalismo, sino misonéismo; si se mira bien, la actitud que en España suele invocar el pasado y la tradición se alía a la insolidaridad más radical con ese mismo pretérito, salvo alguna fugaz etapa de él; se repudia, en primer lugar, el pasado in-

mediato; se continúa con la eliminación del siglo anterior, que a su vez arrastra al que lo antecede, para ir a fijarse, por último, en un solo siglo —de los Reyes Católicos a Felipe II, por ejemplo—; y si la repulsa concreta no se remonta también a las épocas anteriores, es por la nebulosidad con que se presentan indiferenciadas a los ojos de la mayoría. Es decir, lo que se llama «la tradición» viene a convertirse en la excepción; la hostilidad a las innovaciones resulta en definitiva absoluta insolidaridad con casi toda la Historia. Esta insolidaridad se manifiesta también en formas que no son temporales; Menéndez Pidal insiste en el localismo, y recuerda la indiferencia con que el español ha sentido sucesos lamentables, simplemente por haber ocurrido en otra comarca; recuérdese la actitud con que suele desentenderse y desligarse de los desmanes, por graves y profundos que sean, tan pronto como piensa que han sido cometidos por una fracción nacional hostil. La segunda observación se refiere a la fecha de ese misoneísmo. ¿Es un carácter «permanente» del español? Hay grandes épocas en que no ha existido o no ha predominado: en la Edad Media o en el Renacimiento sería difícil considerarlo dominante; su triunfo pleno coincide con el reinado de Felipe IV, en que los españoles trazan —o completan, para ser más exactos— lo que Valera llamaba su «muralla de la China» y ejemplificaba en Quevedo o Saavedra Fajardo; es cuando acontece ese hecho histórico tremendo que Ortega ha llamado «la tibetanización de España».

Un segundo grupo de caracteres es reunido por Menéndez Pidal bajo la rúbrica *idealidad*. Y ante todo, la pronta disposición a la muerte: *animi ad mortem parati* —decía ya de los hispanos el pers-

picaz Trogo Pompeyo—. Vista negativamente, esa disposición implica un desdén a la vida, frecuente en el español, y cuyas raíces se encuentran parcialmente en la sobriedad antes estudiada; de otro lado, habría que señalar la falta de imaginación que esquematiza la muerte e impide «realizarla», anticiparla o previvirla imaginativamente. Pero, si miramos las cosas por su haz positiva, hay que preguntarse por qué otros bienes está dispuesto el español a morir; y aquí interviene la mudanza histórica. Menéndez Pidal recuerda la persistencia del anhelo de fama, de honra: *Muera el hombre y viva el nombre*. Pero este afán de inmortalidad en el recuerdo se concreta y eleva, en los mejores momentos de nuestra historia, hasta convertirse en el anhelo de la vida perdurable, en sed de inmortalidad personal y religiosa. «Venga ya la dulce muerte con que libertad se alcanza», decía el doctor Villalobos.

Esta religiosidad española, hondamente arraigada —durante mucho tiempo en la casi absoluta totalidad del país, en otras épocas en núcleos mayoritarios o muy amplios—, ha remediado en parte la dificultad del español para entender los intereses colectivos, por ejemplo benéficos o de asistencia, y ha influido favorablemente en la moralidad. Pero Menéndez Pidal advierte una «chocante oposición», consistente en que «en épocas de gran exaltación religiosa, por ejemplo, en las reacciones fernandinas de 1814 y 1823, el español que siente vivificado su sentimiento nacional por la religión, concibe ésta de tal modo que no logra recibir de ella moderación misericordiosa en las crueles represiones partidistas, ni principios de probidad en la administración del Estado».

El tercer rasgo capital de la psicología española

que traza Menéndez Pidal es el *individualismo*, entendido como sobrestima de la individualidad, propia o ajena, y deficiente solidaridad social e incomprensión de lo colectivo. Esto afecta a «los dos principios cardinales de la vida colectiva: la justicia que la regula y la selección que la jerarquiza».

Hay una constante preocupación por la justicia en toda la literatura española; «en la vida histórica, todo período de auge se distingue por una vigorización de la justicia, y lo contrario en las épocas de decaimiento». Menéndez Pidal compara la época de Enrique IV con la de los Reyes Católicos y recuerda las Leyes de Indias. Pero señala también que el individualismo provoca una falta de respeto a la ley y una primacía de la consideración particular. Cabría, sin embargo, pensar que los españoles hayan sentido con demasiada frecuencia falta de confianza en su Estado y en la justicia oficial; y el impulso justo de corregir ésta ha sido aprovechado en momentos de desmoralización nacional para introducir la norma habitual del incumplimiento de las leyes.

Por último, Menéndez Pidal centra una forma particular de la oposición entre justicia y arbitrariedad en la dualidad benevolencia-invidencia. «La generosa estima pudiera personificarse en Cervantes»; «esa estimación benevolente del mundo tiene por reverso la invidencia, falta de perspicacia, ceguera intelectual que no es capaz de percibir el valer de los otros, sino sólo el propio, y que las más veces se apasiona degenerando en envidia, aversión hacia las excelencias ajenas, reacción promovida por el dolor de la propia inferioridad.» «El fuerte individualismo y el débil sentido de la colectividad hacen que la envidia desborde en Es-

paña.» Y agrega: «Toda historia de hombre insigne español ha de ocuparse de esos entorpecimientos de la envidia». Menéndez Pidal ejemplifica históricamente su tesis, desde el Cid, e insiste en la fabulosa mejoría de la vida española que tuvo una de sus causas principales en la clarividente selección de los Reyes Católicos, sobre todo de Isabel. «Toda la vida de esta reina fué un perpetuo escogimiento, escrupuloso y esmerado». Según el testimonio de Antonio Agustín y de Galíndez, la reina o los dos reyes «para estar más prevenidos en la elección de personas, tenían un Libro, y en él memoria de los hombres de más habilidad y méritos para los cargos que vacasen». Pero este triunfo de la selección sobre la invidencia fué efímero: «Todo gobernante invidente —comenta Menéndez Pidal— tiene también su libro, pero piensa que abundando de sobra los pretendientes, entre ellos hay bastante donde escoger, y sólo procura que el libro sea registro de personas desafectas y vitandas, para rechazarlas si pretenden».

Y, en efecto, todavía Carlos V, siguiendo una petición de las Cortes de Valladolid de 1537, mantuvo ese libro con el criterio recto de sus abuelos; en Felipe II la selección se alía ya con la invidencia, y desde entonces ésta predomina, con fugaces eclipses, en la vida española, cuya historia se podría escribir en buena parte al hilo de ella. Pero con esto, Menéndez Pidal sale de su primer tema —la psicología del español— para entrar en el segundo: la interpretación de la historia de España.

Importa retener, sin embargo, una cosa: el carácter *esquemático* y abstracto de esa psicología, cuya concreción real tiene carácter *histórico*. Y en este hecho radical podemos fundar nuestras es-

peranzas nacionales: lo decisivo es *lo que hagamos* con ese carácter, con esa psicología con la que nos hemos encontrado; dicho con otras palabras, lo más profundo de nuestra realidad, por debajo de todos los caracteres «dados» —naturales o históricamente adquiridos en el pretérito—, está en nuestras manos.

1947.

EL CAMPESINO Y SU MUNDO

Uno de los hechos más notorios de nuestra época, que empieza a preocupar a los economistas y sociólogos, y pronto comenzará a inquietar a los historiadores, es la alteración de las condiciones de vida de los hombres que viven del cultivo de la tierra, y por consiguiente del tipo humano mismo realizado por esos hombres. Empleo aquí una expresión deliberadamente vaga, porque una denominación más precisa es justamente el problema. Se ha señalado la evolución del *campesino* que se ha convertido en *agricultor* y tiende a no ser sino *industrial agrícola*; pero estas variaciones se han considerado casi siempre desde el punto de vista económico y técnico, es decir, teniendo en cuenta las exigencias y posibilidades de la producción; a lo sumo, se ha intentado ver —así André Siegfried en una conferencia reciente— las repercusiones sociales de esas causas técnicas y económicas. Creo que las cosas son más complejas, y que con esos fenómenos se ligan otros estrictamente sociológicos, que tal vez sean los decisivos; y, sobre todo, no me parece posible conjurar los evidentes riesgos que amenazan como consecuencia de esos cambios si no se tiene suficiente claridad sobre ese aspecto sociológico, al que me quiero referir brevemente.

Hasta hace pocos años, la vida campesina estaba definida por una forma de mundo muy precisa. El campesino era el hombre que cultivaba el campo, pero más aun el que *vivía* en él. En distintas formas de vivienda, según los países, las épocas e incluso las regiones, dentro de un mismo país, en todo caso se trataba de una adscripción a la tierra y a un tipo u otro de localidad *rural* —fuese el caserío vasco, la aldea gallega o el pueblo bastante populoso de Castilla o, más aun, Andalucía—. (En otros países las condiciones son distintas, pero no afectan esencialmente a lo que aquí nos interesa.) Esta adscripción tiene una vertiente positiva y otra negativa: en primer término, el contacto íntimo con la tierra y con el «lugar»; de otro lado, el aislamiento y lejanía de todos los demás mundos. Convendrá considerar separadamente ambos aspectos.

El trato del campesino, en su forma tradicional, con la tierra tiene tres dimensiones: la primera, lo que podemos llamar la radicación, es decir, el sentirse localizado en una comarca determinada, en la que se ha nacido o en la que se ha «establecido» uno, y que está definida por un repertorio de condiciones climatológicas, de cultivos y un tipo de paisaje; la segunda, el conjunto de saberes técnicos y usos de labranza: en cada comarca, el oficio agrícola es de un modo y no de otro; la tercera, la más fuerte, la propiedad: la adscripción más enérgica es a la tierra *propia*, que se suele convertir en efectiva propietaria del campesino, que pasa a ser *suyo*. En cuanto a la convivencia, está determinada por usos comunes, en primer lugar los usos agrícolas, pero también los de los juegos, tradiciones, costumbres, alimentos, trajes, cantos y bailes, etc. Además, y esto es de-

cisivo, el mundo social del campesino se caracteriza por estar compuesto de *individuos conocidos*, con los que se cuenta, cuyos nombres son familiares, cuya ausencia se advierte, entre los que se distingue siempre el «forastero». Es, pues, un contorno finito y definido, cerrado, consabido.

Frente a este mundo estrictamente limitado y preciso, familiar, hay otros mundos «semejantes», con los cuales se entra en relación infrecuente y festival —o económica— y que son los «otros» pueblos, aldeas, etc., es decir, las demás unidades rurales. Cada campesino siente que pertenece a la suya, pero entiende como algo afín la pertenencia de los vecinos a las unidades respectivas. Hay, pues, una primera articulación de ellas en una peculiar convivencia —no cotidiana— más amplia, que es lo que viene a llamarse región. Más allá se extiende «lo otro», los mundos ajenos y distantes, sobre todo la ciudad. Aunque geográficamente no esté muy lejos, la ciudad es cosa distinta, definida por otro tipo de vida y, por consiguiente, por otro tipo humano. Mientras las rivalidades entre lugareños responden a esa conciencia diferencial dentro de una comunidad de supuestos básicos, la absoluta distancia entre la ciudad y la aldea transparece en la actitud de desdén y burla hacia el «paleta», «pardillo», etc., y la desconfianza y hostilidad de éste hacia el hombre de la ciudad, en la cual se siente el campesino como «gallina en corral ajeno».

Pues bien, esta situación, que todos hemos conocido, está ya profundamente alterada y lleva camino de volatilizarse enteramente. Intentemos describir en qué consiste el cambio, antes de preguntarnos por sus causas.

Ante todo, el campesino actual empieza a sen-

tirse mucho menos radicado en una tierra determinada, por lo pronto porque la facilidad y necesidad de los desplazamientos le hace conocer otras. Los filólogos que han hecho investigaciones sobre el habla comarcal de muchos lugares se han encontrado con que los viejos en la mayoría de los casos no habían salido nunca del pueblo natal, o a lo sumo habían ido alguna que otra vez, en días de mercado, a la cabeza de partido, o a la capital con ocasión de las quintas o de un pleito; esta situación no persiste entre los más jóvenes: los autobuses y la guerra civil han sido los factores decisivos de esta movilización de los campesinos por todo el territorio nacional. A consecuencia de ella, la adscripción a un lugar se siente como mucho más fáctica y azarosa que antes, y por tanto resulta más débil. Cosa parecida acontece con los usos agrícolas y los saberes técnicos. Las formas de cultivo se han alterado por razones muy diversas, de las cuales sólo quiero recordar algunas: alteración de los procedimientos habituales por no disponer de ciertos recursos —simientes, abonos, etcétera—; sustitución de los cultivos por codicia —aprovechamiento de la escasez de algunos productos— o por intervención de las autoridades; introducción de nuevas técnicas más científicas, con el consiguiente quebranto del sistema antiguo de los usos agrícolas tradicionales. Ya no se hace, pues, «lo que siempre», porque no se puede, no se quiere o no se sabe hasta qué punto es conveniente.

Más importancia aún tiene la cuestión de la propiedad de la tierra. Su sentido se ha debilitado enormemente, y esto es decisivo. De un lado, la inestabilidad jurídica de la propiedad —expropiaciones, reformas agrarias, leyes de arrendamientos— ha minado su fuerza social; en segun-

do lugar, la intervención del Estado o de los ayuntamientos en los cultivos, cosechas, precios, etc., ha mediatizado igualmente el dominio del propietario; en tercer lugar, las tensiones políticas, agudizadas con la guerra civil, han hecho incómoda o insostenible la residencia en sus pueblos para muchas personas, que se han visto forzadas a desligarse de sus propiedades rurales; por último, y esto es lo que tiene mayor interés y hondura, el sentido de la propiedad se ha debilitado en todo el mundo y en todos los órdenes, por razones análogas a las enumeradas aquí y por otra de más alcance: «la actitud del hombre ante la riqueza —he escrito en otro lugar (¹)— tiene una doble faz: caben frente a ella dos sentimientos bien distintos, el de la *propiedad* y el del *goce*. Hoy predomina resueltamente el segundo, mientras que el primero está atenuadísimo. Lo que más interesa a los contemporáneos es el *uso* de las riquezas, no su propiedad permanente como fondo de disponibilidades; por eso se prefiere, aun en formas de economía modestas, un salario elevado a una pequeña hacienda, de valor comparable; y la nueva actitud va invadiendo incluso las clases —los campesinos— o los países —Francia— que más fuerte apego tenían a la propiedad, en todos sus grados».

Si pasamos ahora de la tierra a las formas de la convivencia humana, encontramos hechos cuyo sentido es convergente. El campesino ha entrado en contacto próximo con otros mundos, y especialmente con la ciudad, y esto ha roto la unidad cerrada del suyo. Por de pronto, la ampliación de las relaciones económicas y oficiales lo ha puesto

(¹) *Introducción a la Filosofía*, pág. 89.

en comunicación constante con «forasteros» —que han dejado de ser lo insólito— y lo ha obligado a desplazarse a otras comarcas y a las ciudades. Al entrar en relación con otros ajenos, su repertorio de usos pierde vigor; se siente atraído por otros distintos, pierde conciencia de aislamiento, empieza a sentir que en principio podría participar de otras formas de vida. Algunos ejemplos aclararán esto.

Para empezar por lo más elemental, recordemos la alteración de los usos alimenticios. Es constante la sorpresa del español ante la inverosímil escasez de muchos alimentos que hace quince años eran abundantísimos y se obtenían sin la menor dificultad; hay razones estrictamente económicas que explican en parte esa escasez, y queda un margen en que la sorpresa sigue siendo justificada después de todas las consideraciones; pero aquí me interesa una zona intermedia en que hay explicación, y ésta es sociológica: los campesinos han ampliado de un modo extraordinario su horizonte nutritivo, y consumen muchos alimentos que sólo se usaban en las ciudades, y aun en ciertas regiones únicamente. Hoy se toma café con leche en los pueblos más remotos; se comen frutas que no son del país —plátanos, etc.—; se ha extendido el consumo del arroz; la facilidad de las comunicaciones ha ampliado fabulosamente el área de consumo del pescado, etc.

Este fenómeno se repite en casi todos los órdenes. Los modos de vestir, los objetos de uso, el adorno, los productos de belleza, la mayoría de las cosas que se usan en las ciudades —salvo quizá los libros—, se consumen también en los campos. Se produce, pues, una uniformación relativa entre la ciudad y el medio rural; se ha suprimido

la diferencia abrupta entre ambos, que hacía penosa la comunicación. Además de la presencia frecuente de forasteros en los pueblos y de la facilidad con que los campesinos visitan la ciudad, hay que tener en cuenta que el cine y la radio, en distintas formas, invaden todas las comarcas y ponen ante los ojos o en los oídos y la imaginación de los labriegos no ya lo que pueden ver realmente en las agrupaciones urbanas que les son accesibles y, dentro de ellas, en las porciones que están a su alcance, sino otras zonas de realidad, de las que hasta hace pocos años no tenían ni la menor noticia. Paisajes distintos, diversos tipos de ciudades, gentes de índole muy varia, mujeres de atractivos y modos insospechados antes, muebles, costumbres, otras profesiones, modos de vida que exceden en absoluto de su repertorio conocido. No es fácil exagerar la influencia del cine y la radio en la transformación de la vida campesina.

La consecuencia de esto es doble. De un lado, se produce la «urbanización» del campo, el acceso de los labriegos a una serie de formas reservadas antes a las ciudades, y así se produce una nivelación en el país. Pero de otro lado, como al fin y al cabo esas formas «urbanas» de los medios rurales son deficientes, a veces míseras, el campesino tiene conciencia, cada vez más viva, de limitación. El mundo del pueblo le parece angosto, tosco, aburrido, poco incitante. En la ciudad encuentra con otra plenitud lo que en su lugar se le ofrece en una versión lamentable. El resultado inevitable es el descontento. Se objeta a esto que los campesinos, salvo en algunas regiones, viven hoy a un nivel que no habían alcanzado nunca, comen mejor, disponen de una serie de comodidades y aun pequeños lujos a que ni siquiera aspi-

rabán hace veinte o treinta años. Todo esto es cierto; pero el error estriba en creer que lo económico es lo decisivo, que el descontento o la satisfacción en un tipo de vida es mera consecuencia del nivel adquisitivo que permite. Claro es que en condiciones miserables no cabe sino el descontento; pero si se eliminan los casos extremos, importa mucho más la ilusión por una forma de vida que parezca atractiva y apetecible. El campesino empieza a sentir que, sean cualesquiera sus ventajas económicas, la ciudad es más agradable y permite posibilidades más atrayentes: la consecuencia es el absentismo, el desplazamiento hacia las grandes agrupaciones urbanas. Que esto es grave, a nadie se le oculta. Pero quizá no se advierte hasta qué punto lo es. Porque se atiende a las consecuencias inmediatamente económicas: abandono de la agricultura, disminución de la producción, aumento del paro obrero en las ciudades, etc.; pero no se suele pensar en la destrucción de un tipo humano, el del campesino, que ha sido durante milenios una de las piezas esenciales de la sociedad europea, con una función cuya importancia es decisiva. Su volatilización altera la estructura social y no se produce —al menos en España— una sustitución de una forma por otra, sino más bien una disolución de ella en una pluralidad de grupos informes, sin figura precisa, sin papel claro en la vida nacional. Como se trata de la zona más numerosa de la población, el alcance es inmenso.

Cuando se advierte esto, se suele considerar la situación como una «calamidad» que ha sobrevenido, como un «mal» que amenaza a la sociedad, que antes estaba «bien» constituida. Y se propende a buscar dos tipos de soluciones igualmente ingenuas: la lamentación o el intento de dar marcha

atrás. Ninguna de las dos tiene sentido, porque no se trata de ninguna calamidad, sino de la alteración, perfectamente explicable y justificada, de una situación pretérita, que tal vez encierre graves riesgos, pero que en sí misma se impone. Como las causas que han determinado esta innovación son reales y siguen actuando, no hay manera de anularlas y volver a lo anterior. La única solución posible a los inconvenientes habría de empezar por reconocer y aceptar la situación efectiva, hacer hincapié en ella, perseguirla hasta sus últimas raíces y buscar *en ella misma* su superación. ¿De qué se trata, en definitiva? De una ruptura del mundo del campesino, que lleva consigo la evaporación de éste como tipo humano tradicional. Hay que preguntarse perentoriamente: ¿qué es ser campesino? ¿Cómo se puede ser campesino en 1950? ¿Es posible un proyecto vital del labrador que sea incitante y atractivo, dada la situación real en que el mundo se encuentra? Éstas son, a mi entender, las preguntas decisivas. Pero su respuesta excede de los límites de este artículo.

1950.

LA FIGURA SOCIAL DEL AGRICULTOR

En mi artículo titulado «El campesino y su mundo» examiné la situación creada en España en los dos últimos decenios, como consecuencia de la profunda alteración sobrevenida a lo que era el mundo cerrado, definido y aislado del campesino frente a los demás, y muy en especial a las ciudades. Aunque me refería primariamente a las condiciones españolas, por ser las que más directamente nos interesan y por lograr alguna precisión sin tener que multiplicar las restricciones y salvedades, hay que tener presente que el fenómeno, en sus líneas rectoras, no es privativo de nuestro país, sino que afecta a todo el continente europeo; y un núcleo suyo —ciertamente traspuesto a estructuras económico-sociales bien distintas— reaparece en América y en otros lugares —África del Sur, Australia, etc.— donde las formas de vida están influenciadas decisivamente por las europeas.

El examen de esos cambios del mundo en que vive —humana y profesionalmente— el campesino nos llevó a la realidad de éste mismo, al problema de su descontento actual y de la posibilidad de su vocación; y quedaron pendientes, al término del artículo, varias preguntas inquietantes: ¿Qué es ser campesino? ¿Cómo se puede ser cam-

pesino en 1950? ¿Es posible un proyecto vital del labrador que sea incitante y atractivo, dada la situación real en que el mundo se encuentra? Voy a intentar dar alguna respuesta a estos interrogantes, lo cual equivale a tratar de dibujar la posible figura social del agricultor de nuestro tiempo.

No se puede definir una profesión atendiendo sólo al trabajo en que consiste; hay que tener en cuenta que ese trabajo concreto no es más que una especificación de un esquema genérico que rebasa la labor misma y afecta al proyecto vital del hombre. Ser albañil no es sólo ni primariamente colocar ladrillos y preparar argamasa, sino antes que eso «ser obrero», alojarse en una forma general de lo humano y asumir un cierto «papel» dentro de la sociedad. De ahí el que muchos oficios y profesiones aparezcan como indiferentes e intercambiables dentro de una forma superior común, y bien distintos de los que están inscritos en otra diferente. Así ocurre —más o menos— con los «oficios manuales», las «artes» o las «carreras». La elección de profesión determinada —salvo casos de vocación muy viva y precisa— se mueve ya en el ámbito de una de esas formas superiores, que se da como supuesto. Se elige oficio o carrera después de estar ya en el supuesto previo de que se va a aprender *un* oficio o se va a cursar *una* carrera.

Pues bien, ser campesino no es ejercer un oficio manual concreto, equivalente al de albañil, herrero, carpintero o fumista, sino que es uno de los grandes modos del ser humano. El campesino no entra en línea con los demás oficios, no puede pasar sin más a practicar uno de ellos sin cambiar previamente de condición. De hecho, eso es lo que ha acontecido siempre; el labriego se ha

sentido adscrito a su menester, informado por él, y por eso ha sido excepcional el abandono de las labores agrícolas para ejercer otros oficios. Se recordará el proceso de industrialización de Europa, desde comienzos del siglo XIX, del cual proceden en definitiva estas variaciones; pero para ser exactos hay que tener presentes tres cosas: la primera, que los campesinos dedicados a la industria tenían clara conciencia de dejar de ser lo que eran para preferir otra cosa, de elegir un nuevo camino de vida; la segunda, que esa innovación tenía franco matiz positivo: no era tanto un abandono de la agricultura como una atracción por la industria; la tercera, que en estos años, y concretamente en España, el estar dispuesto a dejar el campo es previo al sentirse llamado o interesado por otra actividad precisa —la industrialización española es muy escasa, desde luego inferior al movimiento de apartamiento de la tierra—, y que esa variación se hace sin darle el alcance de sustituir un modo de ser por otro, lo cual implica que el campesino ya no adhería vivamente a su condición de tal.

Hay que preguntarse por qué es así. Son dos los modos de sentirse vivamente ligado a una situación social o a una forma de vida: uno de ellos es considerarla como un destino necesario, como una verdadera «condición» constitutiva; dicho con otras palabras, como algo que tiene plena vigencia para el individuo y se le impone automáticamente. El campesino vivía de este modo hasta hace poco su menester. Era campesino desde luego y sin más: ¿qué otra cosa iba a ser? Lo habían sido sus padres y sus abuelos, lo serían sus hijos; tenía sus tierras, heredadas, en parte adquiridas mediante el esfuerzo y el ahorro; los hom-

bres de su linaje eran *a nativitate* campesinos, antes de toda opción; incluso en los casos —en definitiva secundarios— del labriego sin ninguna propiedad, se sentía más o menos asociado e incorporado a la propiedad ajena, parte integrante de una unidad de explotación agrícola dentro de la cual tenía su papel. Por las razones examinadas en el artículo anterior, esta situación está ya muy quebrantada; esta plena instalación en la forma de vida campesina no existe sino residualmente. ¿Será posible otro modo vivo y eficaz?

Ciertamente: la vocación individual, el interés concreto, la reacción personal al prestigio de una forma de vida o de un quehacer. Muchas actividades humanas se nutren exclusivamente de este tipo de adhesión. Parece que si se ha de salvar de algún modo la figura social del campesino, habrá de ser por esta vía. ¿Hasta qué punto son hoy así las cosas? ¿Hay algún medio, en otro caso, de conseguirlo? Adviértase que va en ello, aparte de ciertas conveniencias colectivas, la felicidad —en lo que no depende de razones estrictamente individuales— de enorme número de hombres: los que viven dedicados a la agricultura, cualquiera que sea su estado de espíritu frente a esa ocupación.

Al perder su carácter diferencial respecto de los demás oficios y romperse, por otra parte, la unidad del mundo del campesino, la labor de éste queda desligada de su significación total y se convierte en un trabajo más o menos remunerado, que lleva aparejadas ciertas servidumbres y limitaciones: ocupación difusa de la jornada, que no está netamente acotada frente al tiempo libre, como en el caso del obrero industrial o el oficinista; residencia en el campo mismo o en pequeñas agru-

paciones de casas, sin carácter urbano; inseguridad económica —salvo en el caso del mero asalariado, que es un modo deficiente del agricultor—, por depender de los azáres de la buena o mala cosecha; necesidad de hacer el trabajo eficazmente, con grandes esfuerzos en algunas temporadas, sin poder confiar en una labor aparente, en un «hacer que se hace» mientras fluye el salario, como de hecho es posible en muchas ocupaciones. En definitiva, el abandono del campo suele presentarse al labrador como una «liberación», como una ampliación de horizonte, aunque de hecho en la mayoría de los casos implique una renuncia a multitud de ventajas y una vida más penosa y sórdida.

Por otra parte —y esto que voy a decir es mucho más importante de lo que parece— el campesino se encuentra hoy sin retórica. Todo lo que «se dice» acerca de él, lo que tiene presente cuando piensa en sí mismo, las palabras que le interpretan su propia realidad y le dan significación, todo ello es arcaico e ineficaz. La imagen «literaria» —valga la expresión— del labriego, cuando no es puramente negativa, es anacrónica y sin fuerza persuasiva, incapaz de prender en la situación efectiva en que se encuentra, sin potencia incitadora. Es una imagen falsamente ingenua e idílica, hecha de tópicos ya gastados, que no dice nada al campesino actual. No se trata de que no coincida con él —su papel es precisamente el de no coincidir, el de ser en cierta medida irreal—, sino que ni el campesino es así, ni querría serlo: ni se encuentra retratado en la retórica que se usa, ni encuentra tampoco una figura atractiva hacia la que se sienta proyectado. Ni es su realidad actual ni puede ser su vocación. Si se piensa que las formas literarias en que hoy

aparece el labriego español son la zarzuela y el «drama rural», se comprende sin esfuerzo lo que digo. Pero entiéndase bien: no quiero decir que importen las zarzuelas ni los dramas rurales, ni que estas obras como tales tengan influjo sobre la condición del campesino; sino otra cosa bien distinta: que este tratamiento literario de su figura descubre cuáles son los recursos retóricos con que —fuera del teatro y de la literatura— es pensada, expresada y vivida, aquéllos con que el propio campesino cuenta para imaginar y proyectar su vida, para ilusionarse por ella y hacerla suya.

¿Es posible hoy una nueva retórica en torno al campesino, cabe una versión «literaria» que se ajuste inexactamente a su condición real —lo suficiente para «prender» en ella, lo bastante poco para tener una función lírica y creadora, para ser una espuela—? Ésta es la cuestión. Cuando Pascal decía —con metáfora vegetal—: «El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña pensante», no pretendía eludir, sino subrayar, la miseria y menesterosidad del hombre, y a la vez intentaba descubrir en ello su dignidad. ¿No se puede buscar el sentido positivo y el impulso hacia adelante que se puedan encerrar en las condiciones y aun en las servidumbres de la vida campesina? ¿No se podría escribir —más aún, poner en circulación viva— una «Servidumbre y grandeza campesinas»?

Empecemos por la inseguridad económica del labrador, pendiente de la cosecha y de los mercados, frente a la relativa estabilidad del obrero y el empleado —salvo el peligro del paro—. ¿No se puede convertir esa situación en un elemento positivo y atractivo, sin más que subrayar su carácter de *empresa*, de posibilidad abierta a lo inesperado, a

lo mejor y a lo peor, de riesgo, incluso de juego con el azar? ¿No se puede poner de relieve el dramatismo de la agricultura, de la «aburrída» y monótona vida del campesino? Porque ese aburrimiento es consecuencia de una previa insolidaridad con el quehacer, de no estar «en ello», de no estar vitalmente *interesado*. Claro está que esta transformación requeriría cierta libertad —que no excluye, sino al contrario, orientación— de los agricultores. Mientras el intervencionismo sea enérgico y de carácter negativo —control, fiscalización, tasas, venta obligatoria de los productos—, es evidente que restringe mucho las posibilidades de que el agricultor desarrolle su iniciativa y se sienta incorporado a una empresa en la que le va, no sólo la ganancia, sino el éxito o fracaso personal. En algunos países se ha logrado esto eficazmente, por obra del Estado, dando a la agricultura un aire casi beligerante, haciendo que el agricultor se sienta como un soldado a quien se ordena alcanzar una cota —de producción— determinada; así se ha hablado de «la batalla del trigo» —y se la ha combatido—. Pero, aparte de que estos recursos son un poco extremos y excepcionales, creo que su momento ha pasado ya, y habría que plantear la cuestión en términos más pacíficos y privados.

En segundo lugar, la agricultura en España es deficiente; el suelo español no se cultiva —salvo ciertas comarcas— con demasiadas destrezas, poniendo en juego recursos eficaces. Cabe, pues, una sustancial mejoría técnica de la agricultura, con la recompensa inmediata del mayor rendimiento. Ahí es nada, estar dedicado a un menester que, lejos de estar ya determinado, se puede *hacer mejor*; en que la empresa no es sólo el quehacer con-

creto, sino el modo de ese hacer. Este privilegio sólo lo tienen hoy las actividades superiores —intelectuales, artísticas— y la gran técnica industrial; pero en ésta, la enorme especialización y la división del trabajo hacen que esa condición peculiar se evapore para los operarios manuales, que apenas alcanzan un residuo de ella; el carácter de la explotación agrícola permite, en cambio, que el último peón se pueda sentir asociado a la empresa, participante en la aventura. Los técnicos agrícolas —ingenieros agrónomos, peritos, biólogos, fabricantes de instrumentos, etc.— podrían ser los organizadores de la gran aventura de la tierra cultivada.

Una de las causas del desinterés del labriego por el campo y de su absentismo es el cine; pero ¿no se podría convertir el cine en el instrumento más eficaz de creación de esa nueva «retórica»? Frente al «drama rural» o la zarzuela con coro de espigadoras, cabe pensar en la versión cinematográfica de esa forma de vida que aquí se postula. No me refiero tanto a que se hagan películas «de propaganda campesina» —pocas cosas hay tan antipáticas y estériles como la propaganda, cuya eficacia suele ser grande, pero negativa—, ni siquiera de *tema* directamente relacionado con ello, como a la conveniencia de que en las películas normales, de cualquier asunto o carácter, aparezca algunas veces el campo, y se lo presente en un escorzo oportuno, actual, incitante. Recuerdo que en una película americana —cuyo ambiente era, precisamente, ajeno a la agricultura, puesto que se trataba de buscadores de oro— surgía abruptamente una evocación de una granja, con enorme fuerza atractiva; y los personajes —y con ellos el público— sentían un brusco interés por una granja inteli-

gente y activamente cultivada, a punto de rendir la promesa incierta de su cosecha.

Por último, tan pronto como esta conciencia de la dignidad, valor e interés de la vida campesina empezara a imponerse, el agricultor perdería el mimetismo respecto del obrero de la ciudad; estaría dispuesto a gozar de las comodidades y ventajas urbanas, pero «a su manera»; no, por tanto, en forma deficiente —como no puede menos de serlo la aldea mientras quiera ser como la ciudad—, sino en forma distinta. Y así, poco a poco, se podrían recrear formas de convivencia, de diversión, de trabajo, peculiares del campo. Lo cual llevaría consigo una ventaja no despreciable: cuando los campesinos tuviesen formas cotidianas de vida suficientemente atractivas y cómodas, en las cuales se sintiesen instalados, todavía les quedaría una posibilidad más: aprovechar la facilidad de las comunicaciones —uno de sus peligros actuales— para ir con mayor o menor frecuencia a la ciudad. Ésta sería, pues, lo festival, lo excepcional, el contacto con otra forma de vida; pero entiéndase bien, después de tener una *propia*; no, como acontece ahora, la entrevisión de lo que se aspira a ser y no se es ni se puede ser en rigor. La ciudad representaría para el campesino lo que el campo o la playa para el ciudadano: las vacaciones de un modo de ser. Pero no se olvide, porque es lo decisivo, que para poder descansar y vacar de un modo de ser hay que empezar por poseerlo y vivirlo.

1950.

UN ASPECTO SOCIAL DE LOS PRECIOS

La situación actual de los precios en España, en la mayoría de los países europeos y en muchos de fuera de Europa, tiene, más allá de sus consecuencias económicas inmediatas, otras —a la larga más hondas y difíciles de remediar— de índole social y aun moral. Se suele detener la atención en la elevación de los precios, en su desacuerdo con las posibilidades medias de los individuos, en suma, en la situación de carestía anormal que venimos padeciendo hace años. Pero hay otros dos elementos decisivos en el precio, independientes de su cuantía, y que son justamente los que aquí nos interesan. Uno es su inestabilidad; el otro, su origen.

En circunstancias económicas normales, los precios son variables, pero tienen suficiente estabilidad; y ésta se encuentra ligada a su origen. ¿Cuál es éste? Un origen social. La multitud de los compradores y los vendedores hace que éstos sean, impersonalmente, «cualquiera», la gente, nadie determinado; es decir, *el comprador y el vendedor* —dos *papeles* sociales, dos funciones de la vida colectiva en cuanto tal—. Las relaciones impersonales entre ellos, mecánicas y en rigor no voluntarias, hacen que se constituya el precio, que es, con todo rigor, un *uso social*. Por eso es, aunque

lábil, bastante estable, es decir, lento en sus variaciones, como todo lo que pertenece a la vida colectiva; la inercia de lo social refrena siempre los movimientos de los precios, cuyas oscilaciones están sujetas a una esencial tardanza respecto de sus causas. El precio es lo que *suelen* costar las cosas; lo que *se usa* cobrar y pagar por ellas; por eso se cuenta con él, y sirve —como todos los usos— para prever el comportamiento de los demás, y, por tanto; también el propio.

Las formas actuales más características de los precios no se originan, por el contrario, en el automatismo de la vida colectiva. Una gran parte de ellos proceden de las diversas formas de «mercado negro». Este mercado, sean cualesquiera sus variantes, es clandestino; es decir, le falta la publicidad peculiar del mercado normal; y esto hace que las transacciones en él adquieran la forma de relaciones *interindividuales*: dos individuos como tales —la clandestinidad finge una relación personal aun entre los que son perfectamente desconocidos— convienen, mediante decisiones voluntarias, efectuar una compraventa a un precio determinado, que no aparece como resultante automática de condiciones económicas objetivas, sino como impuesto por una voluntad personal concreta. El precio del mercado negro no es, pues, un uso en el rigor de los términos; o, si se quiere, es lo que queda de un uso cuando cae en desuso, cuando pierde su vigencia.

La otra forma del precio en estos años es la «tasa». En la tasa, el precio es decidido, decretado unilateralmente por una autoridad, y se funda, en definitiva, en el poder coactivo del Estado. Tampoco se constituye, pues, el precio de tasa en la esfera propia de lo social, sino en la jurídica

y estatal; es un precio *legal*; es decir, tampoco es un uso; si el del mercado negro es un convenio, el de tasa es una ley. También aquí, lejos de resultar objetiva y mecánicamente de condiciones económico-sociales, el precio es voluntario; pero en este caso concreto, su origen es un *querer* que es en rigor un *poder*: el Poder público.

Pero no paran aquí las cosas. Hay algo más grave, y es la coexistencia de los dos tipos de precios. El que, para la mayoría de los productos, haya un precio de tasa u oficial y otro clandestino o real, les hace perder todo carácter, aun residual, de uso. Porque ni siquiera de hecho y en forma puramente estadística es verdad que las cosas *suelan* costar tanto o cuanto, que *se use* pagar y cobrar por ellas tal precio determinado, sea cualquiera su origen. La precaria «vigencia» de cada uno de ellos es negada por el otro, invalidada por la dualidad, que introduce una especie de «oscilación» en cada momento, además de la temporal, con la cual hay que contar siempre.

Se dirá que en otras épocas, tal vez en todas, han existido precios de estos dos tipos. Las transacciones de bienes de gran valor, sobre todo inmuebles —casas, fincas, etc.—, han solido tener siempre carácter interindividual; lo mismo, en grado superlativo, ocurre con la compraventa de objetos artísticos. De otro lado, los monopolios han fijado tradicionalmente un precio, con carácter de decisión voluntaria, y aun de imposición, cuando se ha tratado de bienes de demanda constante. Pero siempre se ha tenido la impresión de que en estos casos no había «precios» en sentido estricto, sino ciertas estipulaciones de lo que se ha de pagar por algunos productos, que se llamaban así por analogía con el régimen habitual de precios efec-

tivos, que dominaba en la casi totalidad de la vida económica. Es decir, estos «pseudoprecios», convenidos o decretados, eran excepciones a una normalidad general de los precios como usos sociales, y se tenía conciencia clara de que aquellos bienes, en rigor, «no tenían precio».

Ahora bien, el carácter no social, sino interindividual o estatal de los precios actuales, y el que dependan en última instancia de voluntades personales, les dan una labilidad extremada, que nunca tienen las realidades propiamente colectivas. No se sabe lo que cuesta nada. El precio no va adscrito a la cosa con un mínimo de permanencia, como su correlato económico, que la convierte en una realidad manejable desde ese punto de vista. De ahí la peculiar inconsistencia de las cosas en cuanto objetos económicos, y, por consiguiente, la imposibilidad de saber a qué atenerse en esa dimensión de la vida; es decir, la desorientación e incertidumbre, que no tiene forzosamente el carácter de dificultad —aunque éste sea el más frecuente—, sino que puede revestir la forma de la facilidad inesperada y desconcertante, cuyos efectos son en este orden los mismos. No se puede prever —en bien y en mal— el comportamiento económico, lo cual da suma inestabilidad al proyecto vital en esa dirección. La conciencia de interinidad —tan favorecida por otras razones— alcanza una extensión universal gracias a la labilidad de los precios. Pero ¿cuáles son las consecuencias extraeconómicas de esta situación?

El precio es, como hemos visto, un uso; pero un uso de singular importancia, por dos razones: una, su enorme área de vigencia —en el doble sentido de que afecta a todos los individuos y a las rela-

ciones de éstos con la inmensa mayoría de las cosas—; la otra, su índole precisa y concreta, hasta el punto de que tiene cuantificación y expresión numérica. Casi todos los demás usos son más parciales y más vagos, y sus variaciones tardan más en sentirse o se manifiestan con menor relieve, de modo menos indudable e inequívoco. Por esto, el precio es, para grandes masas, el ejemplo eminente de lo que es un uso, el uso ejemplar —sobre todo en una sociedad económica del tipo de la actual, especialmente en las grandes ciudades, en que el manejo del dinero y el precio es constante—. La gran labilidad de los precios, su *fallo* como usos, es el ejemplo máximo en que el hombre medio de nuestro tiempo asiste a la quiebra de los usos sociales. En ese fallo vive la pérdida de vigencia de las otras realidades de la misma índole. La inestabilidad de lo que se cobra y se paga se proyecta sobre lo que se piensa, se cree, se debe hacer, etc. Aparece, pues, lo que podríamos llamar una inestabilidad «inducida», que afecta a zonas de la vida que se suelen considerar independientes de los precios y de las condiciones económicas en general. La razón de esta creencia errónea no es, como podría pensarse, una desatención hacia los factores económicos de la vida humana, sino más bien al contrario: una consideración exclusivamente económica de los fenómenos de la economía. Quiero decir con esto que el estudio de estos hechos por sí solos es una abstracción, metódicamente necesaria para la constitución interna de algunas disciplinas, pero que ha de corregirse con una integración igualmente metódica de lo económico en la totalidad de la vida humana, de la cual depende. Y, en efecto, la verdad es que las cosas *económicamente* independientes pueden no ser so-

cialmente independientes. Por debajo de las relaciones —en definitiva abstractas— que ligan los fenómenos económicos entre sí, y que son estudiadas por la economía en sentido estricto, que sería mejor llamar ciencia «intraeconómica», hay otras relaciones, éstas plenamente reales, que son las que ligan los fenómenos económicos entre sí o con otros extraeconómicos, *en la vida*; y estas relaciones tendrán que ser consideradas por una economía en sentido pleno y real, como disciplina sociológica e histórica, una de cuyas componentes sería la «economía» *sensu stricto* antes aludida.

En segundo lugar, al adquirir conciencia de que el precio es hoy primariamente asunto de convenio o decreto coactivo y voluntario, el hombre medio extiende esta apreciación al resto de los usos, incluso en los casos en que éstos siguen teniendo plena realidad social, y propende a considerarlos como algo «acordado» o «establecido», desprovisto de ese carácter plenamente real y cuasi-natural que tienen las vigencias sociales. Recuérdese que todos los cinismos —empezando por el griego del siglo IV a. de C.— han empezado por declarar «convención» o *nomos* todas las realidades sociales, y descalificarlas en vista de ello; y, en efecto, no sería difícil descubrir un estrato muy profundo de cinismo en las formas de la vida actual. Los usos y las normas aparecen negados, puestos en entredicho, desfundamentados, reducidos a mera estipulación o a imposición del poder; por consiguiente, no son aceptados, no tienen vigor por sí mismos y en cuanto tales, sino sólo por su conexión accidental con causas extrínsecas; en suma, no tienen vigencia.

La gravedad de esta situación se pone de relieve si se atiende a dos vertientes de ella. Pién-

sese, de un lado, en que una sociedad es un sistema de usos vigentes para los individuos que la constituyen, sentidos como algo impersonal y común, como algo que no es querido por nadie, sino que se impone a todos automáticamente, como un mecanismo inexorable, del cual cada individuo, por debajo de sus propias opiniones, deseos y voliciones, es solidario. Cuando esos usos se personalizan, se viven como originados en voluntades individuales, son *ipso facto* invalidados como tales usos, y la sociedad queda automáticamente anulada en lo que tiene de más propio, es decir, *disociada*. El resultado es una nueva realidad, en la que se pueden distinguir tres estratos: a) un residuo de la vieja sociedad disociada, que conserva por inercia una fuerza de cohesión decreciente; b) una red de relaciones interindividuales o de grupos, fundadas en la conveniencia y el acuerdo voluntario y explícito; es decir, una «asociación» —se entiende, una multiplicidad de asociaciones elementales de todo orden— que se superpone a la antigua sociedad en quiebra, y que, por supuesto, es de una inestabilidad e incoherencia extremadas; c) un poder público desorbitado, casi siempre violento, que se extravasa constantemente de sus propios límites y que suple mediante la coacción la falta de solidaridad social. Ni que decir tiene que de estos tres elementos, el más fuerte y estable, el único que funciona socialmente con alguna eficacia, es el primero; y los otros dos sólo tienen cierta capacidad cohesiva, aunque precaria, en la medida en que se apoyan en aquél y se nutren de sus restos. Pero como el segundo y el tercero, por su propia índole, favorecen la transformación de los usos en convenios o decretos, no pueden menos de convertirse en agentes que precipitan la

disociación y volatilización de la sociedad. Hemos visto cómo los «precios» estipulados interindividualmente, en el mercado negro o en las diversas formas de «oligopolio», o decretados mediante la intervención estatal en forma de tasas, anulan, al aumentar su frecuencia, la noción misma de precio como uso social y contribuyen enormemente a esa disociación.

Por otra parte, si se piensa que la moral es vida íntegramente por grandes masas, y en parte por todos los hombres, como un sistema de vigencias sociales, se advierten inmediatamente las consecuencias morales de la situación descrita. La forma en que suele expresarse y enseñarse la ley moral es el uso. Al niño, cuando se inicia su educación, se le repite constantemente: «esto no se hace»; «tal cosa no se come»; «no se dice eso»; «la fruta se come con tenedor». Es en cada caso la apelación a la vigencia social correspondiente, que es la que decide en la mayoría de los casos. E imagínese la inseguridad «estadística» —valga la expresión— de una moral que tenga que apelar a otras instancias, por ejemplo, la convicción o adhesión personal de los individuos a sus contenidos concretos. La quiebra de los usos tiene, pues, una inmediata repercusión moral, bien notoria, por lo demás, en estos años. Y como esa quiebra se ejemplifica de modo eminente, según hemos visto, en la desvirtuación e inestabilidad de los precios, resulta clara la significación moral que ésta implica. Se ha insistido frecuentemente en las consecuencias que tiene para la moralidad la elevación de los precios y su variación brusca, en la medida en que esta situación permite ganancias abusivas y enriquecimientos súbitos, en que la intervención permite operaciones fraudulentas, en que el ago-

bio económico de muchas clases las induce a proporcionarse recursos por medios ilícitos de todo orden. Pero todas estas consecuencias, que son muy ciertas, se refieren a los *resultados* económicos de la situación de los precios. Yo creo que son mucho más graves, y por supuesto previas, las que dependen de las anomalías de su propia estructura y de su funcionamiento, es decir, de su origen no estrictamente social y de su consiguiente inestabilidad.

He aquí, sumariamente apuntados, algunos aspectos sociales y morales de esa situación de nuestra vida cotidiana, en apariencia tan trivial, y que consiste en que cuando vamos a comprar alguna cosa o a pagar un servicio no tenemos la menor idea de lo que tendremos que pagar por ello.

1948.

LA MUERTE DE UNAMUNO

Hace dos años que se nos murió a los españoles don Miguel de Unamuno. Todavía no nos hemos dado bien cuenta de esa muerte, ocurrida durante la guerra, que aún dura en este momento. Y la guerra da una extraña presencialidad a las cosas. Es una unidad, como un paréntesis en nuestra vida, y todo lo que dentro de ella sucede parece persistir en su presencia; parece que mientras la guerra sea actual, lo es también. Así la muerte de Unamuno, que no sentimos como algo pasado, como algo que ocurrió hace «ya» dos años, sino que ha sido «hoy», en este «hoy» angustioso de dos años y medio, como si fuese el día inacabable de un astro gigante, de rotación pausada. Un día que también parece muchas veces noche y sueño, pesadilla trágica que interrumpió nuestra vida vigilante; y así la guerra entera tendría la unidad del sueño, y éste sólo sería pasado al despertar. Y cuando despertemos, sólo propiamente entonces, vamos a echar de menos a don Miguel de Unamuno y a preguntarnos con afán por él.

¿Qué hueco ha dejado entre nosotros? ¿Qué va a ser ese hueco en nuestra vida? No todos los que mueren dejan hueco; algunos, sí, y por eso decía, con frase de que gustaba don Miguel, que se nos había muerto, es decir, que su muerte no era sólo asunto personal suyo, sino que nos afectaba a todos; que no había desaparecido o dejado de existir, sin más, sino que perduraba; y nos había de-

jado dos cosas en que sobrevivir en este mundo: su obra y su hueco, tal vez aun más fuerte éste que aquélla.

Unamuno no ha dejado sucesor. Las figuras de primera magnitud, como él lo era, no lo dejan nunca; son estrictamente insustituibles; por eso dejan hueco, y no un puesto vacante que cubrir. Su hueco necesita llenarse, y así ejercen atracción, como un remolino en una corriente de agua; por eso son inquietadores y provocan movimiento. Pero ese hueco, decíamos, no es simplemente una plaza vacante, no se puede llenar de un modo equivalente, sino de otro modo distinto, profundamente diverso; y esto es lo que hace que haya historia.

Unamuno tenía un enorme papel en España. Tenía una realidad tan grande, que parece increíble que ya no lo tengamos, que una persona tan viva como él, tan actuante, que llenaba tanto espacio, haya muerto. Porque Unamuno no era sólo un genial escritor, un intelectual, un profesor de lengua griega en Salamanca, sino ante todo una persona, un hombre de éstos con los que es forzoso contar, que están ahí viendo las cosas y hablándonos de ellas, sobre todo viviéndolas con los demás. Un hombre de esos —tan pocos— que pueden dar compañía a un pueblo entero. Y nos sentimos más solos después de la muerte de Unamuno. Era una personalidad inquietadora. «Mi obra —escribió una vez— es hacer que vivan todos inquietos y anhelantes». Unamuno decía las cosas, con frecuencia a gritos, siempre de un modo entrañable y confortador. «No basta curar la peste —decía—, hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llorar!» Unamuno sabía llorar con llanto varonil, fuerte, paternal y por eso colectivo; colectivo del único modo que puede ser sincero, siendo a la vez con-

cretísimo, como del hombre a quien le importan los demás, cada uno de los demás, no una teoría, un régimen, una clase, una raza o cualquier otra abstracción exangüe. ¡Qué aguda y hondamente hubiera llorado ahora, de haber seguido viviendo! Tal vez de tan fuerte como era su angustia no la pudo soportar su viejo cuerpo, y prefirió morir por no cruzar estos años de sueño trágico.

Y ese llanto paternal de Unamuno, ese «dolor de España» de que tanto hablaba cuando España no era todavía un puro dolor, era inteligente y activo, era un afán de claridad y de calor a la vez. Tal vez más de calor que de luz, según su preferencia íntima. Unamuno era un hombre de ideas, de los más fecundos entre nosotros; y un hombre de libros, de los suyos y de los ajenos, que es una de las cosas más vivas que pueden darse, dígame lo que se quiera. Pero trataba a las ideas de un modo que pudiéramos decir impaciente, como estímulos, como excitantes, de manera cordial, acaso sin llegar sino pocas veces a últimas evidencias, y nunca a unidades congruentes y responsables de pensamiento. Su fuego mental era todo chispas ardientes, dispersas, sin llegar a ser luz aparentemente quieta y fría, pero que —no lo olvidemos— sólo se consigue a fuerza de la más elevada temperatura. Chispas que, eso sí, sirven sobre todo para prender otros fuegos, para propagarse y difundirse. Su papel era ése, y el que no fuese propiamente doctrina y sistema no es un reproche, sino una caracterización. Tal como era es como don Miguel resulta insustituible.

Ese modo suyo de manejar las ideas y de estar necesitado por ellas, y su género de influjo, resultan especialmente claros cuando se piensa en su problema, en el que le llenó la vida entera y ahora

ha cobrado una significación dramática y augusta: el de la muerte. Unamuno vivió para la muerte, vuelto siempre a ella, anticipándola, angustiado por la necesidad de perduración, de inmortalidad, no del nombre sólo, sino de la persona y de la carne. Ahora está en la muerte. Ya ha afrontado el momento de confirmar la fe en la inmortalidad o no confirmar nada, sino no encontrarse. Que esto es, y bien lo veía Unamuno, lo terrible del caso: que la aniquilación no significa el hallar frustrada la fe en la otra vida, sino el no hallar; no que le pase a uno algo horrendo, sino, lo que es infinitamente más angustiioso pensar, que «no pase nada». Esto es lo que sobrecoge a las almas enérgicas y llenas de vida; estarían dispuestas a afrontar cualquier cosa, pero ¿no tener que afrontar? Bien está la más dura tragedia; pero ¿que no haya tragedia?

Unamuno ha dedicado su vida y su obra entera a este problema de la inmortalidad. ¿Cuál es el resultado intelectual de esa agonía y ese esfuerzo? Nos veríamos un poco perplejos para contestar taxativamente a esa pregunta; y esto ya es sintomático. Unamuno no ha llegado, no digamos a una «solución», sino tampoco a un planteamiento claro y suficiente de la cuestión decisiva. ¿Quiérese decir con esto que sus afanes han sido intelectualmente baldíos, que nada logró su larga vida atormentada en el camino de la verdad? En modo alguno. Cuando se lee a Unamuno con un poco de atención y sin perderse, con la mente hecha a ver los problemas y las hendiduras por donde parece que se trasluce el ser mismo de las cosas, se queda uno sorprendido por la riqueza de la visión que poseía, y se ve sin duda que por lo menos adivinó algunas cosas muy fundamentales. Y esto es jus-

tamente lo que impele a esforzarse por entender a Unamuno y penetrar a lo hondo de esta selva un poco intrincada y bravía de sus pensamientos. Pero antes que esto se advierte otra cosa, y es que Unamuno ha sabido darnos, tanto como cualquiera, la evidencia, mejor dicho la inminencia, del problema mismo. Y esto es lo esencial. Don Miguel de Unamuno se pasó su vida terrenal poniéndonos obstinadamente ante los ojos y dentro del alma misma la tremenda cuestión, haciéndonos sentir su mordedura en el fondo de la persona, devolviéndonos así a nosotros mismos. Éste ha sido su papel y su mérito primero. Su afán por hacer revivir dentro de todos y dentro de sí propio la gran cuestión última, casi enteramente enterrada en la mayoría de los hombres contemporáneos por largos años de radical trivialidad y estupidez. «No quiero morirme del todo —escribía—, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido.» De esto precisamente se trata, y Unamuno ha hecho cobrar o recobrar conciencia de ese último sentido que necesitaba, tan olvidado por casi todos. Lo cual es una liberación.

Por esto adquieren hoy un entrañado dramatismo aquellas palabras de Unamuno en que angustiosamente se refería a la muerte, en especial a la suya propia, en la que ya está. «Tiemblo —decía— ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aun ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia.» Y aquella frase rebotante de afán: «Yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella». Pero sobre todo aquella escena de «Niebla» en que su protagonista, Augusto Pérez, le habla

al autor y le dice: «Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió... ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera!» Ya está cumplido todo esto, ya tiene resuelto su problema; y nos queda a los demás, que tenemos que pensar en la muerte a este don Miguel de Unamuno que sentimos tan vivo.

Y al releer y repensar las cosas que nos dejó dichas a lo largo de toda su existencia, tenemos que preguntarnos hoy, y cada vez más: ¿qué era Unamuno? ¿Cuál es el sentido de su obra? ¿Era filosofía? ¿Era poesía? ¿Otra cosa acaso? No se trata de querer clasificarlo. Esto sería absurdo, tan absurdo como creer que la pregunta tiende a una clasificación. Él mismo sintió a veces la necesidad de tocar esa cuestión, como al escribir: «No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso». Que toda la obra de Unamuno es poesía, nada más cierto; que no sea filosofía, parece bastante claro. Pero ¿no es más que poesía? Esto es altamente dudoso. La relación de Unamuno con la filosofía es una grave cuestión, que lo fué para él igualmente. En muchos de sus libros apenas habla de otra cosa que de temas filosóficos; con frecuencia, con perfecto sentido y hasta con penetrante agudeza; sin embargo, tenía la impresión de que aquello no era filosofía, y probablemente estaba en lo cierto. Pero el hecho mismo de que tuviera que hablar de ello indica que ahí late un problema interno, que afecta al sentido último de la obra de Unamuno. ¿Cuál era, repito, su relación con la filosofía? ¿Tiene algo que decirle? ¿Tiene algo que hacer con ella la fi-

losofía? Parece que sí, y es una cuestión que será menester plantear en su día.

Pero conviene no olvidar una cosa: y es que Unamuno no está hecho y concluso, ni tampoco su obra, sino que dependen de los demás, de los hombres posteriores. El presente reobra sobre el pasado y lo hace ser de nuevo, pero no por sí, sino en el presente. Lo que una cosa es, depende de lo que será, aunque parezca extraño. Cuando se pregunta si algunos pensadores indios eran filósofos, y se comparan sus afirmaciones con las de filósofos presocráticos griegos, para hacer ver su semejanza de contenido, se suele olvidar un detalle, y es que llamamos a estos filósofos *pre-socráticos*. Es decir, los caracterizamos por lo posterior, como algo previo a lo que sin duda alguna era filosofía. Sin Platón y Aristóteles, ¿cabría incluir en la filosofía a Tales de Mileto? Probablemente no.

No acabará de saberse —ni de tener realidad— el sentido último de algunas intuiciones de Unamuno mientras no se saquen de ellas —si se sacan— sus consecuencias extremas. La respuesta suficiente a aquellas preguntas sólo podrá encontrarse en el Unamuno que tendremos que hacer. La decisión corresponde al futuro. Y éste es el signo en que se reconoce su fecundidad y su importancia. No se puede decir todavía qué ha de ser aún don Miguel, cuál es el Unamuno que perdurará entre nosotros. Con esto queda dicha la urgencia del tema. Aquí no se puede hacer más que formularlo y dejarlo pidiendo respuesta.

Hoy interesaba sólo recordar la significación de Unamuno, a los dos años de haber dejado, en soledad y seriedad, la vida pasajera, para avanzar hacia la otra perdurable.

1938.

ENCUENTRO CON ORTEGA (1)

Decía Nicolás Rémond en 1713, después de leer la *Teodicea*, que ya no juzgaba el mérito de los hombres sino por el grado de admiración que manifestaban por el señor de Leibniz. «Tal vez —agregaba— la vanidad tiene alguna parte en esa piedra de toque que me he procurado; sin embargo, no temo que me conduzca al error.» Confieso mi inclinación a usar como piedra de toque para conocer a mis compatriotas actuales su reacción frente a Ortega; no se trata sólo, por supuesto, del grado de admiración, sino de algo más complejo. Ortega tiene tres cualidades que lo hacen especialmente apto para experimentar la contextura espiritual de los hombres que entran en contacto con su obra: en primer lugar, su incomparable poder de incitación y sugestión, que procede tanto de su riqueza interior como de la absoluta generosidad con que ha usado de ella; en segundo término, sus dotes literarias, capaces de llegar a los españoles en aquel punto en que su sensibilidad es tal vez más viva; por último, el valor de pura teoría —en su forma más estricta, es decir, filosófica— que tienen sus escritos, unida a la claridad máxima, de suerte que la comprensión de

(1) Del prólogo al libro de Miguel Ramis Alonso, Ph.D.: *En torno al pensamiento de José Ortega y Gasset*. Ediciones «Verdad y Vida», Madrid, 1948.

Ortega es buen instrumento para medir la capacidad para el pensamiento teórico y en especial para la filosofía. En algunas ocasiones, cuando he necesitado poseer en el acto un juicio sobre algún grueso libro —de filosofía, de literatura—, si bien provisional y sujeto a revisión, he buscado en el índice el nombre de Ortega y he hojeado unas páginas: hasta ahora, la posterior lectura minuciosa no me ha hecho nunca rectificar sustancialmente aquel revocable fallo en primera instancia.

Yo conocí a Ortega en 1932, algún tiempo después de haber empezado a leer sus libros. No sabía aún bien quién era Ortega; tenía dieciocho años y una gran ignorancia de filosofía, sólo comparable a mi entusiasmo. Cuando Ortega entró en el aula, miré por primera vez su rostro, a un tiempo grave y cordial, tallado por arrugas ya profundas, entre las que se encendían de cuando en cuando, con una sonrisa cálida, los ojos claros y luminosos. Empezó a hablar. Su voz, llena de matices, rompía el silencio compacto de la clase y se hacía más expresiva y grave al final de las frases. Tuve la impresión muy neta de que aquella fecha señalaba una etapa en mi vida, de que en una de sus dimensiones tendría que contar desde entonces. ¿Qué decía Ortega? Mientras hablaba, mi pluma corría sobre el papel. Ahora, interrumpiendo esta carta, he ido a buscar entre mis papeles un viejo cuaderno. Aquí está. Tengo ante los ojos, escritas por mi mano, las primeras palabras que oí de labios de Ortega. He releído aquella lección, a los quince años largos de oírla. «En la esencia del hombre está el ser desorientado, no lo contrario. El que sabe lo que las cosas son, está orientado. Sustituyendo saber por orientación, la metafísica sería el saber radical...» Todo se entendía muy

bien. Entonces, ¿por qué aquella indudable inquietud? Trataré de explicarle aquella primera impresión.

Todas las frases de Ortega eran diáfanas, sin apenas tecnicismos, coherentes y justificadas, convincentes. Su simplicidad contrastaba con la gravedad de sus enunciados. Y la mente ingenua y poco experimentada del discípulo se preguntaba: Esto tan sencillo, ¿es filosofía? Esto tan importante, que creo entender con tanta facilidad, ¿lo entiendo efectivamente? Los estudiantes de mi generación —al menos los de mi grupo— teníamos una dosis considerable de rebeldía; quiero decir con ello que no estábamos nada dispuestos a admirar en hueco ni a creer nada bajo palabra; tampoco pensábamos «estar en el secreto»; al contrario: la palabra que más se usaba entre nosotros —tal vez hasta el exceso, porque la mocedad es siempre, gracias a Dios, exagerada— era *problema*; casi todo nos parecía problemático, sujeto a inventario, menesteroso de justificación y prueba. Pero al mismo tiempo concedíamos un amplio margen de crédito a la realidad; es decir, admitíamos la posibilidad de que las cosas fuesen maravillosas, lo deseábamos y estábamos prestos a regocijarnos de ello, tan pronto como lo viésemos.

Esta doble actitud condicionó mi reacción frente a Ortega. Nunca fué nadie escuchado con más interés, con más atención y entusiasmo. Pero tampoco más inquisitivamente, con más espíritu crítico, de un modo —si se me entiende bien— más implacable. Porque se trataba de algo tan resueltamente importante, que no podía servirme a medias. Era una filosofía entera, y de las de más alto bordo que han surcado los mares de Occidente. Sólo en plena justificación y evidencia podía

tener para mí existencia filosófica, podía ser de algún modo *mía*.

¿Entendí de verdad aquella primera lección? Sí y no. Entendí mucho de ella, y creo que nada mal entendí; extraje de aquella clase varias verdades importantes y ningún error. Pero era imposible entender la lección íntegramente. Al releerla hoy, encuentro que estaba implicada en ella toda una metafísica. Todavía no se ha advertido suficientemente hasta qué punto Ortega ha dado siempre más filosofía de la que sus lectores y oyentes han podido absorber y asimilar.

Para conseguirlo, harían falta dos cosas. La primera, estar dispuestos a admitir que *pueda* tratarse de algo de suma importancia y novedad, porque en otro caso, el lector hace ingresar lo leído en el marco de lo que ya tiene en la cabeza, y, en efecto, no ve más que eso. La segunda, realizar el esfuerzo de ver por sí mismo aquello a que Ortega apunta; como sabía Platón, la filosofía no está, en rigor, en los libros; es un asunto personal, una empresa dramática en que el hombre va a las cosas y por detrás de las cosas, y —cuando es maestro— muestra el camino a los que son capaces de ir ellos mismos a esa realidad señalada —y éstos son los discípulos.

Por esto, en última instancia, entender a Ortega no es haberlo entendido, sino estarlo entendiendo y hacer adquirir cada día un alcance mayor a ese verbo entender.

1948.

ANTONIO MACHADO Y SU INTERPRETACIÓN POÉTICA DE LAS COSAS

A mis amigos de Soria

I

POESÍA AUTÉNTICA

Antonio Machado nació en 1875; era de los más jóvenes entre los escritores de la generación del 98, y en él esta fecha coincide casi exactamente con la iniciación de su obra. Hacía diez años que la poesía española estaba sometida a la influencia de un viento tropical que cruzaba París antes de llegar a nuestra meseta; desde que Valera, buen vigía, señaló el paso de *Azul* por las aguas atlánticas, todo lo que era nuevo en poesía —salvo Unamuno— navegaba bajo el mismo pabellón. Antonio Machado escribe sus primeros versos en sazón de predominio modernista. Desde Rubén, el modernismo había significado en España un prodigioso enriquecimiento de los medios expresivos, una renovación total del léxico y las imágenes, una complacencia sensual en la suntuosidad de las palabras, las metáforas y las evocaciones. Machado

recoge, claro está, el influjo del «indio divino, domesticador de palabras», como dijo de él Ortega. En 1904 saluda la llegada de Rubén:

La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada prora,
de viento y luz la blanca vela henchida
surca, pronta a arribar, la mar sonora.
Y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera,
que de una nueva España a España viene.

Pero su inspiración personal es distinta; y desde la poesía que entonces se hace —Darío mismo, Valle-Inclán, Villaespesa, su hermano Manuel— va avanzando paso a paso hacia sí mismo, va descubriendo su vocación auténtica, y con ella una nueva forma de poesía, de tan hondas y transparentes resonancias, que apenas tiene dos o tres momentos de densidad comparable y de timbre tan puro en toda la lírica española. Y ninguna poesía es tan fiel como la suya a la secreta inspiración de su tiempo, a la que vivifica toda la generación del 98.

¿Cómo es esta poesía? Antonio Machado era un hombre sencillo, tímido, limitado, sin elocuencia; la parquedad de medios de su poesía es extrema; sus innovaciones métricas o metafóricas, modestísimas, incomparables con las fabulosas de Rubén o Juan Ramón; su repertorio de ideas, de gran simplicidad. Rara vez se han conseguido con tan escasos recursos calidades líricas tan altas. La razón de ello es que la poesía de Machado representa un máximo de autenticidad. No hay en ella rastro de histrionismo, no hay exhibición ostentosa de belleza, ni de la propia intimidad; no hay el menor manoseo de los hallazgos; ni siquiera insiste

en ellos o los subraya; su brillo se parece más al de unos ojos que al de las pedrerías sabiamente montadas; es la suya una poesía púdica, frenada por una reserva de espontánea elegancia.

Machado se acerca a las cosas —ya veremos a cuáles, nos preguntaremos por sus temas predilectos y entrañables— y apenas las toca. No las viste, no las recubre de recursos retóricos; simplemente, nos las señala, con un gesto tímido y sorprendido, que subraya su emoción o su belleza. Es poca cosa, pero esencial: porque ese gesto mínimo e indeciso, apenas esbozado, hace entrar a la cosa en el área de la vida del poeta —y por contagio simpático en la nuestra— y la deja dar sus más propias reverberaciones, la carga de alusiones a posibles actos vitales, apenas insinuados, que le confieren una densa virtualidad poética. Las cosas están *presentes* en la poesía de Machado, pero no como meras cosas, sino como realidades vividas, cubiertas por una pátina humana, como la «verdinosa piedra» de sus fuentes o de sus viejos bancos de las plazas. De ahí que el poeta, gracias a su misma sobriedad, no lo dé todo hecho al lector, no le dé una interpretación conclusa y sólo suya de los objetos poéticos, sino que se limita a ponerlos en el escorzo más favorable, y es el lector el que, llevado de su mano, «realiza» su propia interpretación poética de unos objetos que conservan así perenne frescura y un trasfondo de intactas posibilidades.

Por esto, Machado tiende a dar, en apunte levísimo, una situación o escenario en que se han de vivificar todas las alusiones, que prepara ya el sentido y el tono del poema, y da así el punto de vista desde el cual ha de ser vivido. Así, el que empieza:

La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas,

parte de dos notas jocundas, «encendidos», «risueñas», que vagamente anticipan para quién pueden ser así las naranjas y preludian toda la melodía interior; y, en efecto, continúa:

Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela,
llenan el aire de la plaza en sombra
con la algazara de sus voces nuevas.

En cambio —para escoger un ejemplo muy próximo—, cuando el punto de vista no es propiamente el interno a la escena, es decir, el de los niños, sino el del melancólico espectador maduro,

—Yo escucho los cantos
de viejas cadencias,
que los niños cantan
cuando en coro juegan—,

el escenario está condensado en la fuente, que no es en rigor un elemento de la situación infantil, sino la réplica sentimental del canto —«la historia confusa — y clara la pena»— para el hombre que lo escucha:

La fuente de piedra
vertía su eterno
cristal de leyenda...

Seguía su cuento
la fuente serena;
borrada la historia,
contaba la pena.

Los ejemplos se podrían multiplicar, porque la indicación del escenario o circunstancia es casi

constante en Antonio Machado. Desde su primer poema:

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano...,

nos acompañan siempre:

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

o bien:

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

A veces, la sustancia misma del poema está ya dada, como en cifra, en la «acotación» de su escenario:

Fué una clara tarde, triste y soñolienta
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...
La fuente sonaba.

Todo esto sin salir de los versos de los primeros años.

Este procedimiento de crear una circunstancia en el poema sirve para darle un carácter vivido, y prestar concreción a las cosas nombradas en él, que no son objeto de una mera mención abstracta —como tal sin valor poético—, sino *denominadas*, y traídas así eficazmente a presencia. Algo análogo ocurre con los nombres propios, cargados de alusiones que les dan individualidad y contenido vivido, a diferencia del nombre común, que sólo es significativo. Cuando Garcilaso dice:

Danubio, río divino . . . ,

este nombre tiene una virtualidad inmediata, por su carácter circunstancial y concreto, que no podría alcanzar Fray Luis al decir, genéricamente:

¡Oh monte, oh valle, oh río!

El caso extremo lo presentan los versos de Machado en que lo decisivo son las alusiones encerradas en nombres geográficos que ni siquiera pretenden evocar paisajes o ciudades en su peculiaridad:

¡Oh, venta de los montes! —Fuencebada,
Fonfría, Oncala, Manzanal, Robledo—.

¡Mesón de los caminos y posada
de Esquivias, Salas, Almazán, Olmedo!

Por aquí habría que buscar una explicación del limitado uso que Machado hace de la metáfora, y tal vez aparecería ésta como un caso particular de una operación poética que se puede realizar con recursos distintos.

II

LAS ETAPAS

Antonio Machado va separando poco a poco su acento personal de los dominantes en su tiempo, que acusan su visible influjo en el comienzo de su producción. Aparte de la más lejana de Bécquer, esas influencias son, sobre todo, modernistas: la más opulenta y sensual de Rubén Darío, la cuerda andaluza de su hermano, que va a reaparecer una y otra vez con la tierra natal, mientras el tema castellano es siempre privativo de Antonio. Temas y metáforas de los primeros tiempos son a menudo netamente modernistas:

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo,
era un cristal de llamas...

A veces, Antonio Machado, poeta silencioso y de tono menor, llega a la magnificencia, y da la medida de posibilidades a que supo renunciar:

Hacia un ocaso radiante
caminaba el sol de estío,
y era, entre nubes de fuego, una trompeta gigante,
tras de los álamos verdes de las márgenes del río.

En ocasiones, esta inspiración se hace más íntima

y melancólica, y coincide con los primeros libros de Juan Ramón Jiménez:

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora
copla borbollante del agua cantora
me guió a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.

El andalucismo aparece con frecuencia; hay un camino que Manuel y Antonio recorren juntos, hasta que, al llegar a cierta altura de la vida y, más aun, de la autenticidad poética, se inicia la divergencia. Y esta comunidad de origen de los tiempos primeros es la que les hace posible una colaboración en sus obras dramáticas. Las notas alegres, garbosas, con un toque de humor, corresponden en Antonio a esta raíz fraterna:

¿Sevilla?... ¿Granada?... La noche de luna...

Un vino risueño me dijo el camino.
Yo escucho los áureos consejos del vino,
que el vino es a veces escala de ensueño.

O, en forma más popular e inmediata:

Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Y esto llega —ya en las primeras poesías— a la copla, que después reaparecerá en forma diferente:

Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.

Pero pronto —en rigor desde las mismas fechas— se encuentra la nota más propia de Antonio Machado, que en su «Retrato», al frente de *Campos de Castilla* (1912) proclama su peculiaridad:

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de ésas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores buccos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Se pueden distinguir cuatro fases en la poesía de Machado, que no coinciden exactamente con fechas precisas, pero sí son tendencias dominantes en otros tantos períodos, definidas por los temas y la técnica poética.

En la primera, Machado conquista la simplicidad, principalmente a través de los temas infantiles, a los que vuelve una vez y otra; y al hilo de ellos, descubre las posibilidades líricas del recuerdo:

De toda la memoria sólo vale
el don proclamo de evocar los sueños.

La evocación de la intimidad pasada, el poso del sentimiento en el fondo del alma, el paisaje recordado, no actualmente visto:

Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo...

De ahí la esencial temporalidad de la poesía de Machado, que la impregnó desde el principio y había de descubrir conceptualmente en su madurez:

Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.
Canto y cuento es la poesía.
Se canta una viva historia,
contando su melodía.

La segunda fase —la superior sin duda— corresponde a la etapa soriana de Machado, a los años de su profesorado en el Instituto de Soria, a su amor feliz con Leonor, a la muerte de la esposa, todavía adolescente. Después de *Soledades* y *Galerías* —títulos significativos de la primera etapa—, *Campos de Castilla*, que aportan tres grandes temas: la preocupación histórica, el paisaje —los más característicos de la generación del 98— y el amor. Al final se encuentran, como variantes justificadas biográficamente, Castilla lejana, refugiada en el recuerdo, y el amor perdido.

En la tercera etapa, Machado ha vuelto a Andalucía, huyendo de la pesadumbre de Soria después de muerta Leonor, pero se siente en ella desterrado,

extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero...—.

Los recuerdos de la infancia se le actualizan: «imágenes de luz y de palmeras», campanarios con cigüeñas, ciudades con calles sin mujeres bajo un cielo de añil, naranjos, limoneros —ya no en maceta, como en Castilla—, aroma de nardos y claveles, grises olivares:

mas falta el hilo que el recuerdo anuda
al corazón, el ancla en su ribera,
o estas memorias no son alma. Tienen,
en sus abigarradas vestimentas,
señal de ser despojos del recuerdo,
la carga bruta que el recuerdo lleva.

Por esto, la visión de Andalucía no es, como antes la de Castilla, personal, individualísima e histórica, sino *popular*. No ve Andalucía con sus ojos, porque le falta el hilo que el recuerdo anuda al corazón, sino con los del pueblo, a través de sus canciones, de lo que se dice y se canta; lo que hay en él de andaluz no es tanto su personal biografía, puesta la carta de Castilla, como su estirpe, la anónima tradición colectiva. Antonio va a escribir *canciones* y coplas, olvidándose un poco de sí mismo y de su angustia personal, dejándose vivir por ese viento popular que vibra a través de su alma:

Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!...

Los olivos grises,
los caminos blancos.
El sol ha sorbido
la color del campo;
y hasta tu recuerdo
me lo va secando
este alma de polvo
de los días malos.

Y a veces se aproxima de nuevo a la intimidad y a la vida personal, partiendo de formas que en principio son populares, inyectando en ellas otro sentido lírico, trasponiéndolas, en suma, a otro tono:

¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar morir.

Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!

Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?

La última frase, que tiene precedentes antiguos, está teñida de filosofía y tiende al aforismo. La expresividad de la copla andaluza, con su concisión, se alía a la «sentencia», y pretende encerrar en tres o cuatro versos cortos un saber que resume de ellos y cree un silencio sonoro, como la resonancia de un bronce herido. Por esta vía crea Machado —sobre todo en sus años últimos— los personajes ficticios en que se desdobra: Abel Martín, Juan de Mairena, filósofos, poetas y retóricos, andaluces como él, hombres preocupados con el amor, la poesía y la divinidad. Machado trata de hacerse y expresar líricamente una ideología, y aprovecha, para potenciar su carácter aforístico y abrupto, las formas populares, en las que se da, como advirtió agudamente Vossler, lo incompleto y quebrado, la irrupción brusca de un decir que se interrumpe súbitamente, dejando adivinar algo que queda en la sombra, y que constituye una de las potencias estéticas del Romancero. Cuando Machado escribe:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve,

o bien:

Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa;

o, por último:

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos,

lo inesperado y paradójico de los enunciados, subrayado por la rima, postula una justificación intelectual que se echa de menos, pero cuya ausencia se justifica así por la estructura métrica y la condición lírica del cantar. De esta tendencia participa toda la producción de Machado en los últimos años de su vida.

III

LOS TEMAS

Como casi todos los escritores de la generación del 98, Antonio Machado forma en la línea de los autores que se sienten vivamente atraídos por la realidad física e histórica de España, y a la vez sobrecogidos por el problema de su destino nacional (1). Su visión de Castilla tiene, por lo pronto, tintes oscuros:

El numen de estos campos es sanguinario y fiero...

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fué por estos campos el bíblico jardín—;
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

En este escenario adusto aparecen figuras dramáticas: el loco, un criminal, los hijos de Alvargonzález, que matan a su padre y lo arrojan a la Laguna Negra soriana. Pero a la vez se filtran la adhesión y la esperanza, con matices agridulces, en que lo que se dice puede ser negativo, pero el tono altera su sentido, hasta convertir el denuesto en réquiebro:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?

(1) Cf. Dolores Franco: *La preocupación de España en su literatura* (Antología), Madrid, 1944, y también Pedro Laín Entralgo: *La generación del noventa y ocho*, Madrid, 1945.

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
 ¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
 ¡La agria melancolía
 que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra,
 Castilla del desdén contra la suerte,
 Castilla del dolor y de la guerra,
 tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Y rápidamente se produce en Machado la comprensión de la tierra castellana, llena de entusiasmo y al mismo tiempo de tristeza, «tristeza que es amor»; pero esta actitud, nada abstracta, se realiza al recrear, personal e históricamente, el paisaje.

Al comentar la aparición de *Campos de Castilla*, señaló Ortega, ya en 1912, que el mayor acierto de Machado en la descripción del paisaje es su humanización, como cuando presenta la tierra de Soria «bajo la especie de un guerrero con casco, escudo, arnés y ballesta, erguido en la barbacana»:

Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
 y una redonda loma cual recamado escudo,
 y cárdenos alcores sobre la parda tierra
 —harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,
 las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
 para formar la corva ballesta de un arquero
 en torno a Soria. —Soria es una barbacana,
 hacia Aragón, que tiene la torre castellana—.
 Veía el horizonte cerrado por colinas
 oscuras, coronadas de robles y de encinas;
 desnudos peñascales, algún humilde prado
 donde el merino paca y el toro, arrodillado
 sobre la hierba, rumia; las márgenes del río
 lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,
 y, silenciosamente, lejanos pasajeros,
 ¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros—
 cruzar el largo puente, y bajo las arcadas
 de piedra ensombrecerse las aguas plateadas
 del Duero.

Esto es, en efecto, con pasmosa exactitud y fidelidad, lo que se ve cuando se contempla el paisaje soriano, desde el Castillo. Ahora bien, Machado funde la descripción —sobria y extremadamente precisa— de las formas y colores físicos con la realidad social e histórica del paisaje como escenario humano, presente y pretérito; pero todo ello en forma sensible, plástica y metafórica, no discursiva o conceptual, porque ello sería inerte e inoperante desde el punto de vista de la poesía. Pero hay más. El paisaje es contemplado desde una perspectiva determinada —una o múltiple—. Recuérdese, por ejemplo, el comienzo de ese mismo poema, «A orillas del Duerò», donde el poeta parte de su propia ascensión por el pedregal, en julio, y recoge el esfuerzo muscular, las sensaciones táctiles, los olores, el sol de fuego; Machado nos hace ir con él, nos permite llegar al punto de vista desde el cual se descubre eso que nos va a ir señalando con la mano, interpretándolo a la vez en función de la tierra vivida, con su secular pasado a la espalda.

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día. Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía, buscando los recodos de sombra, lentamente. A trechos me paraba para enjugar mi frente y dar algún respiro al pecho jadeante; o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante y hacia la mano diestra vencido y apoyado en un bastón, a guisa de pastoril cayado, trepaba por los cerros que habitan las rapaces aves de altura, hollando las hierbas montaraces de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—. Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

El punto de vista es así «conquistado», se llega a él, aparece como resultado de una penosa y sabrosa ascensión. No se dispara el paisaje sin más

ni más, como es usual, sino como éste se justifica y se entiende, se vive. No cabe forma más eficaz de circunstancialidad y concreción. Por eso, Machado yuxtapone constantemente la pincelada visual a la referencia histórica o, en general, humana. Los álamos de la ribera del Duero, entre San Polo y San Saturio, son vistos como escenario de los paseos de enamorados, que perpetúan su amor en sus cortezas; las funciones sociales que esos álamos asumen se incorporan a las que les pertenecen en cuanto parte de la naturaleza, y la poesía trata de aprehender su realidad entera y verdadera:

Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana lirás
del viento perfumado en primavera...!

Las llanuras son «bélicas», los páramos «de asceta». En cada verso se trasfunden líricamente las diversas dimensiones de la realidad íntegra de la tierra. De ahí la función evocadora, ya señalada, de los nombres geográficos, que a veces se ejecuta con una simplicidad extremada:

Entre Urbión el de Castilla
y Moncayo el de Aragón,

o de las alusiones literarias:

La ciudad diminuta y la campana
de las monjas, que tañe, cristalina...
¡Oh, dueña doñeguil tan de mañana
y amor de Juan Ruiz a doña Endrina!

Actitud que se resume en una definitiva personificación del paisaje, que Machado parece descubrir súbitamente, en una efusión reveladora:

¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!

No podría decirse, con pleno rigor, que la poesía de Machado es amorosa, en el sentido en que lo es, por ejemplo, la de Garcilaso, la de Bécquer o la de Salinas. Rara vez es el amor «tèma» de su lírica, y siempre oblicuamente. Pero en contados poetas late con más fuerza, sinceridad y eficacia la realidad del amor a mujer. Podríamos decir que no se trata de poesía amorosa, sino de *poesía enamorada*. Primero con cierta vaguedad distante, en irreal lejanía:

y frente a mí, la casa,
y en la casa, la reja,
ante el cristal que levemente empaña
su figurilla plácida y risueña.

O en forma de busca apasionada, inquieta y con un halo de misterio:

Detén el paso, belleza
esquiva, detén el paso.

Besar quisiera la amarga,
amarga flor de tus labios.

O, todavía de un modo más explícito e irremediable:

Arde en tus ojos un misterio, virgen
esquiva y compañera.

No sé si es odio o es amor la lumbre
inagotable de tu aljaba negra.

Conmigo irás mientras proyecte sombra
mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.

—¿Eres la sed o el agua en mi camino?
Dime, virgen esquiva y compañera.

Luego, el amor aparece como vivificador tácito, ni siquiera nombrado, de su poesía soriana, como supuesto de ella, porque ese paisaje ha sido el lugar donde plenamente ha amado. Y esto sólo se descubre en un tercer momento, desde la pérdida y la nostalgia, en el recuerdo. La transición la marcan los cuatro tremendos versos, tensos y contenidos, en que Machado traza la divisoria de aguas de su vida:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Desde entonces, Antonio Machado vive de espaldas. En su soledad, sobre todo cuando evoca el paisaje soriano, éste se le aparece como mutilado, como afectado por el hueco de la amada, y ello le revela que el anterior era el de ella, que Leonor era un ingrediente de lo que vivía y pintaba. Los dos modos de ver una misma realidad descubren la callada presencia en el primero, la violenta privación en el segundo. Toda la poesía ulterior de Machado está condicionada por esa íntima retorsión, nunca exhibida, pero que deja oír su nota entrañable en cada verso.

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.

Castilla, durante años, va a ser reconstruída imaginativamente. En abril de 1913, desde Baeza,

Machado va preguntando a su amigo Palacio por la primavera soriana, por la tímida transformación del campo que va despertando lentamente; y el fondo de toda la evocación es el Espino, el cementerio de Soria, «el alto Espino donde está su tierra». Fiel a su técnica poética, Machado hace del amor sustancia de su poesía, y asocia a él personalmente al lector, forzado a realizarlo y revivirlo.

Si quisiéramos buscar el punto crítico de la poesía de Antonio Machado, aquél donde confluyen todos los temas y motivos de su primera fase y se preludian los de la segunda, habría que recordar el «Poema de un día (meditaciones rurales)», escrito en Baeza en ese mismo año 1913, recién instalado

en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.

El paisaje, cada vez más humanizado; la nostalgia de la alta meseta; la angustia del amor truncado, desde la monotonía de la vida cotidiana y gris; la preocupación por España y la inquietud filosófica; y, finalmente, el tema religioso, que en rigor no es tema en Machado, sino una veta de agua subterránea, que impregna su poesía y brota en algún que otro momento; como cuando pide a la lluvia:

¡sé piadosa,
que mañana
serás espiga temprana,
prado verde, carne rosa,
y más: razón y locura
y amargura
de querer y no poder
creer, creer y creer!

1949.

UNA FORMA DE AMOR: LA POESÍA DE PEDRO SALINAS

Casi todas las épocas han tenido que realizar una recreación literaria del amor. El resultado ha sido un género literario nuevo, o al menos un estilo distinto en alguno de los existentes. Algunas veces ha faltado esa recreación; pero se ha tratado probablemente de épocas en que el amor no tenía estilo. Pero se pueden ver las cosas desde una perspectiva inversa: esa estilización literaria del amor, ¿no ha reobrado sobre el amor mismo? Mejor dicho, ¿no se trata de un esfuerzo del amor por constituirse y descubrir su forma auténtica, por hallar su lenguaje y su propio contenido, más que nada su acento? Si es así, la lírica amorosa representativa de cada momento revela el secreto de una parcela del alma del tiempo.

Salinas representa sin duda una de las formas principales de recreación poética del amor en la literatura española. Lo que pudieron ser Garcilaso o Bécquer en sus siglos, en el nuestro lo ha sido Salinas. Alguna generación española ha encontrado en su poesía el tono que respondía a su intimidad, y a la vez ha descubierto en ella recursos expresivos de su amor vivido. Todo esto, claro es, dentro del carácter minoritario que distingue al arte de nuestro tiempo, a diferencia, por ejemplo, del siglo XIX, y por tanto del caso de Bécquer.

El verso de Salinas es de extremada tenuidad

y ligereza. Sus metros cortos, por lo general combinados en el mismo poema, con un repertorio muy flexible de asonancias, incluyen siempre una componente rítmica; pero sus elementos sólo son secundarios, destinados a subrayar y acentuar otro ritmo, que es el decisivo: el ritmo interno de las metáforas y la ideación. En Salinas —que en esto se opone estrictamente a Guillén— es esencial la elocución, lo dicho, que sigue su curso a lo largo de los versos, levemente matizado por los elementos formales de éstos. ¿Qué es lo que se dice en ellos?

La poesía de Salinas tiene suma unidad; desde su primer libro hasta *Razón de amor* —toda la obra encerrada en *Poesía junta*— se mantiene una constancia de temas y de recursos expresivos, en línea ascendente que culmina en *La voz a ti debida*. La lírica de Salinas es amorosa; y lo que en ella excede del tema del amor no es, si se mira bien, más que sus accesorios. Ese amor se presenta en una forma muy precisa: es un amor dirigido, referido a una mujer, mejor aun, a una muchacha, vivido en plena concreción temporal y social. Por eso es una poesía en segunda persona, una lírica del vocativo: su único tema es la amada como tal y como destinataria del decir poético.

Ésta es la razón de que en la lírica de Salinas ingresen los relojes, el teléfono, el calendario, los espejos, los automóviles, la arena de las playas. Son las realidades vividas por la amada, incluidas por ello en el ámbito de la poesía, asideros en que el amor adquiere concreción. En lugar de la escenografía amorosa tradicional, Salinas se atreve a transmutar poéticamente el contorno habitual y urbano de la vida de nuestro tiempo. Así el teléfono:

Estabas muy cerca. Sólo
nos separaban diez ríos,
tres idiomas, dos fronteras:
cuatro días de ti a mí.
Pero tú te me acercabas
—circos azules del aire—
con el tonelete blanco,
en la mano el balancín,
sonriente en el alambre.

Las cosas triviales y prosaicas no son descubiertas de modo inmediato, como suele ocurrir en Guillén, en su propia perspectiva estética, sino que el procedimiento es distinto: se salvan poéticamente. «por intercesión de la amada», que hace refluir sobre ellas su mágica significación:

La materia que te gusta,
que tocas todos los días
y que ves ya sin mirar
a tu alrededor, las cosas
—collar, frasco, seda antigua—
que cuando tú echas de menos
preguntas: «¡Ay, dónde está?»

A veces, las cosas funcionan íntimamente enlazadas con la amada:

¡Qué cruce en tu muñeca
del tiempo contra el tiempo!
Reló, frío, enroscado,
acechador, espera
el paso de tu sangre
en el pulso.

Todo esto es algo tan importante como el escenario, pero nada más. Lo decisivo, aquello en que reside la máxima originalidad y la fuerza representativa de la poesía de Salinas, es el modo de

vivir a la amada y el contenido concreto del amor que le es dirigido y ofrecido.

Ante todo, proximidad. La mujer amada es vista en una perspectiva de cercanía, no como una figura lejana; de ahí su concreción y relieve, su falta de convencionalismo, también su provisional ausencia de «halo». La «idealización» o elevación de la amada acontece aquí también, pero sólo en tanto que amada, es decir, a consecuencia del amor, que parte de una previa situación de «igualdad» e intimidad: la amada es ya —y siempre— amiga; ésta es quizá la innovación capital de Salinas.

¡Ay!, cuántas cosas perdidas
que no se perdieron nunca.
Todas las guardabas tú...
Ligera, sin que pesara
sobre tu cintura fina,
sobre tus hombros desnudos,
el pasado que traías
tú, tan joven, para mí.

¡Si me llamaras, sí,
si me llamaras!...
Tú, que no eres mi amor,
¡si me llamaras!

Por eso la forma de elocución es el tú, y el decir amoroso no es tanto un decir de la amada o para ella como a ella; es, en rigor, un decirse diciéndole a la amada, en íntimo diálogo; y por esto se trata esencialmente de un amor «compartido», aparte de la circunstancia secundaria de que sea un amor «correspondido». Garcilaso habla, sin duda, a Galatea o a Elisa, le dirige sus versos, usa el vocativo también; pero los hace solo, y en un esencial después los envía o los canta; a la poesía amorosa tradicional le pertenece una dualidad in-

trínseca: un momento de creación y otro de manifestación, comunicación o proclamación, independiente del primero. En el caso de Salinas, esta dualidad desaparece: la amada «asiste», por decirlo así, a la génesis del poema, y se trata de un acto único:

¿Hablamos, desde cuándo?
¿Quién empezó? No sé...
Los años y la vida,
¡qué diálogo angustiado!
Y sin embargo,
por decir casi todo.

Antonio Machado, para buscar un ejemplo de nuestro tiempo, escribe:

Converso con el hombre
que siempre va conmigo...

El «otro yo» con quien habla Salinas en su intimidad es la amada:

¡Qué paseo de noche
con tu ausencia a mi lado!...
Aún tengo en el oído
tu voz, cuando me dijo:
«No te vayas». Y ellas,
tus tres palabras últimas,
van hablando conmigo
sin cesar, me contestan
a lo que preguntó
mi vida el primer día.

Esta cercanía y amistad de la amada la sitúa en un escorzo «personal»: la mujer es ante todo una persona, cuya convivencia es anhelada, en cuya intimidad se necesita penetrar, cuya secreta mismidad es lo decisivo. Aquí se manifiesta más que en nada la fecha de la poesía de Salinas, sólo

posible en una época como la nuestra, en que la mujer ha pasado de ser considerada como algo peculiar, que, por pertenecer a la especie humana, es «también» persona, a ser vivida como una persona, cualificada en segundo término por su condición femenil.

Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido...
Que hay otro ser por el que miro el mundo
porque me está queriendo con sus ojos.
Que hay otra voz con la que digo cosas
no sospechadas por mi gran silencio;
y es que también me quiere con su voz.

Pero esa misma cercanía da relieve corpóreo y carnal a la amada, no por alusivamente mentado menos eficaz e importante. La belleza de la mujer no es vivida como forma artística, por ejemplo pictórica, como en el soneto de Garcilaso «En tanto que de rosa y azucena»; tampoco como objeto primariamente sexual —así en Rubén: «Bajaban mil deleites de los senos»—; más bien desde el trato, desde la percepción habitual y minuciosa, no instantánea, sino en múltiples escorzos sucesivos, sobre un contorno que queda incorporado a ella: sensualidad y ternura contenidas:

Esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.

La visión de la amada no es un «apunte», una estampa o una imagen irreal, sino que supone tiempo, movimiento, relieve tridimensional, contemplación morosa, convivencia:

¡Ay, cómo quisiera ser
arena, sol, en estío!...

Que me dejaras
tu cuerpo al marcharte, huella
tierna, tibia, inolvidable.
Y que contigo se fuese
sobre ti, mi beso lento:
color,
desde la nuca al talón,
moreno.

Y el amor es, ante todo, un descubrimiento: una nueva visión de eso mismo que ya se conocía y que en un momento denuncia la presencia inminente de otra realidad más alta que puede irrumpir y dominarlo ya todo, encantando, arrebatando, transfigurando el mundo y a la propia amada, que va a ser desde entonces dual: la de todos, la de siempre, y otra ignorada, problemática, de dramática fuerza, tensa delicia que se puede perder en cada instante y que en cada uno se salva y se recrea. El amor destruye y anula el mundo habitual en que se vivía antes de su aparición.

Amor, amor, catástrofe.
¡Qué hundimiento del mundo!

Y ejecuta una repristinación de toda la realidad, una vuelta hacia atrás, en el tiempo, para devolver a todo su ser originario. Dicho con otras palabras, el mundo previo al amor es invalidado y sustituido por otro, revivido, recreado por el amor mismo, que se inventa así su prehistoria. La visión trivial y cotidiana cede el puesto a otra, que es de aquello mismo, en que todo se transmuta y adquiere mágicas calidades: la interpretación amorosa del mundo.

La amada se transforma también, por supuesto, y se desdobra; por debajo de su imagen trivial se hace visible la otra, más auténtica y profunda:

Se te está viendo la otra.
Se parece a ti:
los pasos, el mismo ceño,
los mismos tacones altos
todos manchados de estrellas.

Pero lo que añade Salinas a esta transfiguración, asimilándola al estrato más hondo de su poesía, es que no es unilateral, no es mero efecto de la contemplación del amante, sino una realidad —una vez más— convivida, compartida.

Tú te desatarás,
con los brazos en alto,
por detrás de tu pelo,
la lazada, mirándome.
Sin ruido de cristal
se caerá por el suelo,
ingrátida careta
inútil ya, la risa.

No es que la amada quede transfigurada, simplemente: se transfigura, mirando al amante, para él, vuelta a él, descubriéndose en su intimidad. Pero tampoco bastaría con una voluntad de la amada, con un mero ofrecimiento suyo, que restablecería la unilateralidad, aunque en sentido inverso; hay algo más:

Y al verte en el amor
que yo te tiendo siempre
como un espejo ardiendo,
tú reconocerás
un rostro serio, grave,
una desconocida
alta, pálida y triste,
que es mi amada. Y me quiere
por detrás de la risa.

Es el amor el artífice de la transfiguración, el amor

del amante; pero no se ejecuta pasivamente en la amada, sino que ésta adquiere su ser más profundo, y lo descubre, mirándose en ese amor, como en un «espejo ardiendo». La mujer amada surge y se hace visible emergiendo de la transparencia profunda del espejo ardiente y viviente en que consiste el amor, realidad esencialmente doble, en que el amante y la amada se manifiestan como tales. El espejo ardiendo es la metáfora adecuada del amor intrínsecamente compartido, y por ello la expresión cifrada de la lírica de Salinas y de una de las formas de amor de nuestro tiempo.

1948.

ÍNDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 1240 Primeros Volúmenes

- ABENTOFAIL**,
1195-El filósofo autodidacto.
- ABOUT, Edmond**
723-El rey de las montañas.
- ABRANTES, Duquesa de**
495-Portugal a principios del siglo XIX.
- ABREU GÓMEZ, Ermilo**
1003-Las leyendas del Poppel Yuh.
- ADLER, Alfredo**
775-Conocimiento del hombre.
- AFANASIEV, Alejandro N**
859-Cuentos populares rusos
- AGUIRRE, Juan Francisco**
709-Discursos históricos.
- AIMARD, G.**
276-Los tramperos del Arkansas.
- AKSAKOV, S. T.**
849-Recuerdos de la vida de estudiante.
- ALARCÓN, Pedro A. de**
37-El capitán Veneno.-El sombrero de tres picos.
428-El escándalo.
473-El final de Norma.
1072-Historietas nacionales.
- ALCALÁ GALIANO, A.**
1048-Recuerdos de un anciano.
- ALFONSO, Enrique**
964...Y llegó la vida.
- ALIGHIERI, Dante**
875-El convivio.
1056-La Divina Comedia.
- ALONSO, Dámaso**
595-Hijos de la ira.
- ALSINA FUERTES, F. y PRELAT, C. E.**
1037-El mundo de la mecánica.
- ALTAMIRANO, Ignacio M.**
108-El Zarco.
- ALTOLAGUIRRE, M.**
1219-Antología de la poesía romántica española.
- ÁLVAREZ, G.**
1157-Mateo Alemán.
- ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.**
124-Puebla de las mujeres. - El genio alegre.
321-Malvaloca. - Doña Clarines.
- ALLISON PEERS, E.**
671-El misticismo español.
- AMADOR DE LOS RÍOS**
693-Vida del marqués de Santillana.
- ANDREIEV, Leónidas**
996-Sachka Yegutev.
1046-Los espectros.
1159-Las tinieblas.
1226-El misterio.
- ANÓNIMO**
5-Poema del Cid.
- 59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes.
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artúlos Dalgarbe.
359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonis.
374-La historia del rey Canamor y del infante Turlián, su hijo. - La destrucción de Jerusalem.
396-La vida de Estebanillo González.
416-El conde Partinuplés. - Roberto el Diablo. Clamades y Clamonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668-Viaje a través de los mitos irlandeses.
712-Nala y Damayanti.
892-Cuentos del Cáucaso.
1197-Prema de Fernán González.
- ANZOÁTEGUI, Ignacio B.**
1124-Antología poética.
- ARAGO, F.**
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi juventud.
- ARCIPRESTE DE HITA**
98-Libro de buen amor.
- ARÉNE, Paul**
205-La Cebra de Oro.
- ARISTÓTELES**
239-La Política.
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.)
318-Moral, a Nicómaco.
399-Metafísica.
803-El arte poética.
- ARNICHES, C.**
1193-El santo de la Isidra. - Es mi hombre.
1223-El amigo Melquíades. - La sta. de Trevélez.
- ARNOLD, Matthew**
989-Poesía y poetas ingleses.
- ARNOULD, Louis**
1237-Almas prisioneras.
- ARRIETA, Rafael Alberto**
291-Antología poética.
406-Centuria poética.
- ASSOLLANT, Alfredo**
386-Aventuras del capitán Corcorán.
- AUNÓS, Eduardo**
275-Estampas de ciudades.
- AUSTEN, Jane**
823-Persuasión.
1039-La abadía de Northanger.
1066-Orgullo y prejuicio.
- AZORÍN**
36-Lecturas españolas.
47-Trasuntos de España.
67-Españoles en París.
153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.
226-Visión de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho.
420-Los dos Lulises.
461-Bianco en azul.
475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-María Fontán.
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito.
674-Rivas y Larra.
747-Com Cervantes.
801-Una hora de España.
830-El caballero inactual.
910-Pueblo.
951-La cebra de Castilla.
1180-Salvadora de Olibena.
1202-España.
- BABINI, José**
847-Arquimedes.
1007-Historia sucinta de la ciencia.
1142-Historia sucinta de la matemática.
- BAILLIE FRASER, Jaime**
1062-Viaje a Persia.
- BALMES, J.**
35-Cartas a un escéptico en materia de religión.
71-El criterio.
- BALZAC, H. de**
77-Los pequeños burqueses.
793-Eugenia Grandet.
- BALLANTYNE, Roberto M.**
259-La Isla de coral.
517-Los mercaderes de pieles.
- BALLESTEROS BERETTA A.**
677-Figuras imperiales.
- BARNOUV, A. J.**
1050-Breve historia de Holanda.
- BAROJA, Pío**
177-La leyenda de Jaun de Alzate.
206-Las inquietudes de Shanti Andía.
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo.
288-Las veleidades de la fortuna.
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es cansa.
346-Zalacain el aventurero.
365-La casa de Aizgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.

- 398-La feria de los discretos.*
 445-Los últimos románticos.
 471-Las tragedias grotescas.
 605-El laberinto de las sirenas.*
 620-Paradox, rey.*
 720-Aviraneta o La vida de un conspirador.*
 1100-Las noches del Buen Retiro.*
 1174-Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.*
 1203-La obra de Fello Yarza.
BARRIOS, Eduardo
 1120-Gran señor y rajadlablos.*
BASHKIRTSEFF, María
 165-Diario de mi vida.
BAUDELAIRE, C.
 885-Pequeños poemas en prosa.-Crítica de arte.
BAYO, Ciro
 544-Lazarillo español.*
BEAUMARCHAIS, P. A. C. de
 728-El casamiento de Figaro.
BÉCQUER, Gustavo A.
 3-Rimas y leyendas.
 788-Desde mi celda.
BENAVENTE, Jacinto
 34-Los intereses creados. Señora ama.
 84-La Malquerida. - La noche del sábado.
 94-Cartas de mujeres.
 305-La fuerza bruta. - Lo cursi.
 387-Al fin, mujer.-La honradez de la cerradura.
 450-La comida de las fieras. - Al natural.
 550-Rosas de otoño. - Pe-pa Doncel.
 701-Titania.-La Infanzona.
BENEYTO, Juan
 971-España y el problema de Europa.*
BENOIT, PIERRE
 1113-La señorita de la Ferté.*
BERCEO, Gonzalo de
 344-Vida de Sancto Domingo de Silos. - Vida de Sancta Oria, virgen.
 716-Milagros de Nuestra Señora.
BERDIAEFF, N.
 26-El cristianismo y el problema del comunismo.
 61-El cristianismo y la lucha de clases.
BERGERAC, Cyrano de
 287-Viaje a la Luna. - Historia cómica de los Estados Imperios del Sol.*
BERKELEY, G.
 1108-Tres diálogos entre Hilas y Filonús.
BERLIOZ, Héctor
 992-Beethoven.
BERNÁRDEZ, Francisco Luis
 610-Antología poética.*
- BJOERNSON, Bjoernstjerne**
 796-Synneve Solbakken.
BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
 341-Sangre y arena.*
 351-La barraca.
 361-Arroz y tartana.*
 390-Cuentos valencianos.
 410-Cañas y barro.*
 508-Entre naranjos.*
 581-La condenada.
BOECIO, Severino
 394-La consolación de la filosofía.
BORDEAUX, Henri
 809-Yamilé.
BOSSUET, J. B.
 564-Oraciones fúnebres.*
BOSWELL, James
 899-La vida del Dr. Samuel Johnson.*
BOUGAINVILLE, L. A. de
 349-Viaje alrededor del mundo.*
BRET HARTE, Francisco
 963-Cuentos del Oeste.*
 1126-Maruja.
 1156-Una noche en vagón-cama.
BREWSTER, Ralph H.
 890-Las seis mil barbas de Athos.
BRONTË, Carlota
 1182-Jane Eyre.*
BRUNETIÈRE, Fernando
 783-El carácter esencial de la literatura francesa.
BURTON, Robert
 669-Anatomía de la melancolía.
BUSCH, Francis X.
 1229-Procesos célebres.*
BÜTLER, Samuel
 285-Erewhon.*
BYRON, LORD
 111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazzeppa.
CABEZAS, Juan Antonio
 1183-Rubén Darío.*
CADALSO, José
 1078-Cartas marruecas.
CALDERÓN DE LA BARCA
 39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño.*
 289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.
 384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.
 496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.
 593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra.*
 659-A secreto agravio, secreta venganza.-La dama duende.
CALVO SOTELO, J.
 1238-La visita que no tocó el timbre. Nuestros ángeles.
- CAMBA, Julio**
 22-Londres.
 269-La ciudad automática.
 295-Aventuras de una peseta.
 343-La casa de Lúculo.
 654-Sobre casi todo.
 687-Sobre casi nada.
 714-Unaño en el otro mundo.
 740-Playas, ciudades y montañas.
 754-La rana viajera.
 791-Alemania.
CAMOENS, Luis de
 1068-Los Lusíadas.*
CAMPOAMOR, R. de
 238-Doloras - Cantares. Los pequeños poemas.
CANCELA Arturo
 423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.
CANE, Miguel
 255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
CANILLEROS, Conde de
 1168-Tres testigos de la conquista del Perú.
CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.
 988-La campana de Huesca.*
CAPDEVILA, Arturo
 97-Córdoba del recuerdo.
 222-Las invasiones inglesas.
 352-Primera antología de mis versos.*
 506-Tierra mía.
 607-Rubén Darío.
 810-El Padre Castañeda.*
 905-La dulce patria.
 970-El hombre de Guayaquil.
CAPUA, San Francisco de
 678-Vida de Santa Catalina de Siena.*
CARLYLE, Tomás
 472-Los primitivos reyes de Noruega.
 906-Recuerdos.*
 1009-Los héroes.*
 1079-Vida de Schiller.
CARRERE, Emilio
 891-Antología poética.
CASARES, Julio
 469-Crítica profana.*
CASTELAR, Emilio
 794-Frnesto.*
CASTELO BRANCO, Camilo
 582-Amor de perdición.*
CASTIGLIONE, Baltasar
 549-El cortesano.*
CASTRO, Guillén de
 583-Las mocedades del Cid.*
CASTRO, Miguel de
 924-Vida del soldado español Miguel de Castro.*
CASTRO, Rosalía
 243-Obra poética.
CATALINA, Severo
 1239-La mujer.*
CEBES
 733-La tabla de Cebes.
CELA, Camilo J.
 1141-Viaje a la Alcarria.
CERVANTES, M. de
 29-Novelas ejemplares.*

INDICE DE AUTORES

- 150-Don Quijote de la Mancha. *
- 567-Novelas ejemplares. *
- 686-Entremeses. *
- 774-El cerco de Numancia. El gallardo español.
- 1065-Los trabajos de Persiles y Sigismunda. *
- CÉSAR, Julio**
- 121-Comentarios de la Guerra de las Galias. *
- CICERÓN**
- 339-Los oficios.
- CIEZA DE LEÓN, P. de**
- 507-La crónica del Perú. *
- CLARÍN (Leopoldo Alas)**
- 444-¡Adiós, «Corderas!» y otros cuentos.
- CLERMONT, Emilio**
- 816-Laura. *
- COLOMA, P. Luis**
- 413-Pequeñeces. *
- 421-Jeromín. *
- 435-La reina mártir. *
- COLÓN, Cristóbal**
- 633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento. *
- CONCOLORCORVO**
- 609-El lazarillo de ciegos caminantes. *
- CONDAMINE, C. María de la**
- 268-Viaje a la América meridional.
- CONSTANT, Benjamín**
- 938-Adolfo.
- CORNEILLE, Pedro**
- 813-El Cid. - Nicomedes.
- CORTÉS, Hernán**
- 547-Cartas de relación de la conquista de Méjico. *
- COSSÍO, Francisco de**
- 937-Aurora y los hombres.
- COSSÍO, José María de**
- 490-Los toros en la poesía.
- 762-Romances de tradición oral.
- 1138-Poesía española (Notas de asedio).
- COSSÍO, Manuel B.**
- 500-El Greco. *
- COUSIN, Víctor**
- 696-Necesidad de la filosofía.
- CROCE, B.**
- 41-Breviario de estética.
- CROWTHER, J. G.**
- 497-Humphry Davy. - Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).
- 509-J. Prescott Joule. W. Thomson J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX). *
- 518-T. Alva Edison. J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).
- 540-Benjamín Franklin. J. Willard Gibbs (hombres de ciencia norteamericanos). *
- CRUZ, Sor Juana Inés de la**
- 12-Obras escojidas.
- CUEVA, Juan de la**
- 895-El Infamador. - Los siete Infantes de Lara.
- CUI, César**
- 758-La música en Rusia.
- CURIE, Eva**
- 451-La vida heroica de María Curie. *
- CHAMISSO, Albert de**
- 852-El hombre que vendió su sombra.
- CHATEAUBRIAND, F.**
- 50-Atala. - René. - El último Abencerraje.
- CHEJOV, Antón P.**
- 245-El jardín de los cerezos
- 279-La cerilla sueca.
- 348-Historia de mi vida.
- 418-Historia de una anguila.
- 753-Los campesinos.
- 838-La señora del perro.
- 923-La sala número seis.
- CHERBULIEZ, Víctor**
- 1042-El conde Kostia.
- CHESTERTON, Gilbert K.**
- 20-Santo Tomás de Aquino.
- 125-La Esfera y la Cruz. *
- 170-Las paradojas de Mr. Pond.
- 523-Charlas. *
- 535-El hombre que fué Jueves. *
- 546-Ortodoxia. *
- 580-El candor del padre Brown. *
- 598-Pequeña historia de Inglaterra. *
- 675-Alarmas y diquesiones.
- 637-Enormes minuclas. *
- CHMELEV, Iván**
- 95-El camarero.
- CHOCANO, José Santos**
- 751-Antología poética. *
- DANA, R. E.**
- 429-Dos años al pie del mástil.
- DARÍO, Rubén**
- 19-Azul.
- 118-Cantos de vida y esperanza.
- 282-Poema del otoño.
- 404-Prosas profanas.
- 516-El canto errante.
- 860-Poemas en prosa.
- 871-Canto a la Argentina - Canto épico a las glorias de Chile.
- 880-Cuentos.
- 1119-Los raros. *
- DAUDET, Alfonso**
- 738-Cartas desde mi molino.
- 755-Tartarín de Tarascón.
- 972-Recuerdos de un hombre de letras.
- D'AUREVILLY, J. Barbey**
- 968-El caballero Des Touches.
- DÁVALOS, Juan Carlos**
- 617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
- DELEDDA, Grazia**
- 571-Célsima.
- DELFINO, Augusto Mario**
- 463-Fin de siglo.
- DELGADO, José María**
- 563-Juan María. *
- DEMAISON, André**
- 262-El libro de los animales llamados salvajes.
- DESCARTES**
- 6-Discurso del método.
- DÍAZ CARABATE, Antonio**
- 711-Historia de una taberna.
- DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy**
- 519-La Argentina. *
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo**
- 297-Hacia un concepto de la literatura española.
- 1147-Introducción al estudio del romanticismo español. *
- 1221-Federico García Lorca. *
- DICKENS, C.**
- 13-El grillo del hogar.
- 658-El reloj del señor Humphrey.
- 717-Cuentos de Navidad. *
- 772-Cuentos de Boz.
- DICKSON, C.**
- 757-Murió como una dama. *
- DIDEROT**
- 1112-Vida de Séneca. *
- DIEGO, Gerardo**
- 219-Primera antología de sus versos.
- DINIZ, Julio**
- 732-La mayorazguita de los cañaverales. *
- DONOSO, Armando**
- 376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos).
- DONOSO CORTÉS, Juan**
- 864-Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. *
- D'ORS, Eugenio**
- 465-El valle de Josafat.
- DOSTOYEVSKI, F.**
- 167-Stepántchikova.
- 267-El jugador.
- 322-Noches blancas - El diario de Raskólnikov.
- 1059-El ladrón honrado.
- 1093-Nietotchka Nezvanova.
- DROZ, Gustavo**
- 979-Tristezas y sonrisas.
- DUHAMEL, Georges**
- 928-Confesión de media noche.
- DUMAS, Alejandro**
- 882-Tres maestros (Miguel Ángel, Ticiano, Rafael).
- DUNCAN, David**
- 887-La hora en la sombra
- EÇA DE QUEIROZ, J. M.**
- 209-La ilustre casa de Ramires. *
- 524-La ciudad y las sierras. *
- 799-La correspondencia de Fadrigue Mendes. *
- ECHAGUE, Juan Pablo**
- 453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
- 1005-La tierra del hambre.
- ECKERMANN**
- 973-Conversaciones con Goethe.

COLECCION AUSTRAL

- EHINGER, H.**
1092-Clásicos de la música.*
- EICHENDORFF, José de**
926-Episodios de una vida tunante.
- ELIOT, George**
949-Silas Marner.*
- ELVA, FIDALGO DE**
1099-Expedición de Hernando de Soto a Florida.
- EMERSON, R. W.**
1032-Ensayos escogidos.
- EPICTETO**
733-Enquiridión o máximas.
- ERASMO Desiderio**
682-Coloquios.*
1179-Elogio de la locura.
- ERCILLA, Alonso de**
722-La Araucana
- ERCKMANN-CHATRIAN**
486-Cuentos de orillas del Rh'n
912-Historia de un recluta de 1813.
945-Waterloo.*
- ESPINA, A.**
174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
290-Ganivet.
- ESPINA, Concho**
1131-La niña de Luzmea
1158-La rosa de los vientos.
1196-Altar mayor.*
1230-La esfinge maragata.*
- ESPINOSA, Aurelio M.**
585-Cuentos populares de España.*
- ESPINOSA, Aurelio M. (n.º)**
645-Cuentos populares de Castilla.
- ESPRONCEDA, José de**
917-Poesías líricas.-El diácono de Salamanca.
- ESQUILO**
224-La Orestíada.
- ESTEBANEZ CALDERÓN, S.**
188-Escenas andaluzas.
- EURÍPIDES**
432-Alceste. - Las Bacantes. - El ciclope.
623-Electra. - Ifigenia en Táuride.-Las Troianas.
653-Orestes. - Mecea. - Andrómaca.
- EYZAGUIRRE, Jaime**
641-Ventura de Pedro de Valdivia.
- FALLA, Manuel de**
950-Escritos sobre música y músicos.
- FARMER, L y HEXTER, G. J.**
1137-¿Cuál es su alergia?
- FAULKNER, W.**
493-Santuario.*
- FERNÁN CABALLERO**
56-La familia de Alvarada.
364-La Gavista.*
- FERNÁNDEZ de AVELLANEDA, Alonso**
603-El Quijote.*
- FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.**
662-Deleite de la discreción. - Fácil escuela de la agudeza.
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W.**
145-Las gafas del diablo.
225-La novela número 13.*
263-Las siete columnas.
284-El secreto de Barba Azul.
325-El hombre que compró un automóvil.
- FERNÁNDEZ MORENO B.**
204-Antología 1915-1947.*
- FIGUEROA, Fidelino de**
692-La lucha por la expresión.
741-Bajo las cenizas del tedio.
850-Historia literaria de Portugal. (Era medieval: De los orígenes a 1502.)
861-Historia literaria de Portugal (Era clásica: 1502-1825).
878-Historia literaria de Portugal. (Era romántica: 1825-Actualidad.)
- FLORO, Lucio Anneo**
1115-Gestas romanas.
- FÖRNER, Juan Pablo**
1122-Exequias de la lengua castellana.
- FÓCOLO, Hugo**
898-Últimas cartas de Jacobo Ortíz.
- FOUILLÉE, Alfredo**
846-Aristóteles y su polémica contra Platón.
- FOURNIER D'ALBE E. E.**
663-Efestos. Quo vadimus Hermes
- FRANKLIN, B.**
171-El libro del hombre de bien.
- FRAY MOCHO**
1103-Tiempo de matronas.
- FROMENTIN, Eugenio**
1234-Domingo.*
- FULÖP-MILLER, René**
548-Tres episodios de una vida.
840-Teresa de Ávila, la Santa del éxtasis.
930-Francisco, el santo del amor.
1041-¡Canta, muchacha, cantata!
- GABRIEL Y GALÁN, J. M.**
808-Castellanas. - Nuevas castellanas. - Extremeñas.*
- GÁLVEZ, Manuel**
355-El gaucho de Los Carrillos.
433-El mal metafísico.*
1010-Tiempo de odio y angustia.*
1064-Hun locoado a guñello (1840-1842).
1144-Bajo la garra angiofrancesa.*
1205-Y así cayó don Juan Manuel... (1850-1852)*
- GALLEGOS, Rómulo**
168-Doña Bárbara.*
192-Cantactario.*
- 213-Canaima.*
244-Reinaldo Solar.*
307-Pobre negro.*
338-La trepadora.*
425-Sobre la misma tierra.
851-La rebelión.
902-Cuentos venezolanos
1101-El torastero.*
- GANIVET, A.**
126-Cartas finlandesas. Hombres del Norte.
139-Idearium español. - El porvenir de España.
- GARCÍA DE LA HUERTA, V.**
684-Raquel. - Agamenón vengado.
- GARCÍA GÓMEZ, E.**
162-Poemas arábigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes.*
1220-Silla del moro y nuevas escenas andaluzas.
- GARCÍA ICÁZBALCETA, J.**
1106-Fray Juan de Zumárraga.*
- GARCÍA MERCADAL, J.**
1180-Estudiantes, sopistas y picaros.*
- GARCÍA Y BELLIDO, A.**
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabón.
744-La España del siglo de nuestra era.*
- GARIN, Nicolás**
708-La primavera de la vida.
719-Los colegiales.
749-Los estudiantes.
883-Los ingenieros.*
- GASKELL, Isabel C.**
935-Mi prima Filis.
1053-Maria Barton.*
1086-Cranford.*
- GELIO, Aulo**
1228-Noches éticas (Selec.)
- GÉRARD, Julio**
367-El matador de leones.
- GIBBON, Edward**
915-Autobiografía.
- GIL, Martín**
447-Una novena en la sierra.
- GOBINEAU, Conde de**
893-La danzarina de Shambha.
1036-El Renacimiento.*
- GOETHE, J. W.**
60-Las afinidades electivas.*
449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.
752-Egmont.
1023-Hermann y Dorothea.
1038-Memorias de mi niñez.*
1055-Memorias de la Universidad.*
1076-Memorias del joven escritor.*
1096-Campaña de Francia y Cerco de Maguncia.*
- GOGOL, N. V.**
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.

INDICE DE AUTORES

- 746-Cuentos ucranios.
907-El retrato.
GOLDONI, Carlos
1025-La pescadera.
GOLDSMITH, Oliverio
869-El vicario de Wakefield.*
GOMES DE BRITO, B.
825-Historia trágico-marítima.*
GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.
498-Antología (poesías y cartas amorosas).
GÓMEZ DE LA SERNA, R.
14-La mujer de Ámbar.
143-Gruperías 1940-52.
308-Los muertos, las muertitas.
427-Don Ramón M. del Valle-Inclán.*
920-Guya.*
1171-Quevedo.*
1212-Lope viviente.
GOMPERTZ, Maurice
529-La manera de Fgioto.
GONCOURT, Edmundo de
873-Los hermanos Zengano.
GONCOURT, E. y J. de
853-Renata Mauperin.*
916-Germinia Lacerteux.*
GONGORA, L. de
75-Antología.
GONZÁLEZ DE CLAVIJO, R.
1104-Relación de la embajada de Enrique III al Gran Turco.*
GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro
689-El concilio de Trento.
GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.
333-Antología poética.
GONZÁLEZ OBREGÓN, L.
494-México viejo y anecdótico.
GOSS, Madeleine
587-Sinfonía inconclusa.*
GOSS, M y HAVEN, R.
670-Brahms.*
GOSSE, Philip
795-Los corsarios berberiscos. - Los piratas del Norte.
814-Los piratas del Oeste. Los piratas de Oriente.*
GRACIAN, Baltasar
49-El héroe. - El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio.*
400-El crítico.*
GRANADA, Fray Luis de
642-Introducción del símbolo de la fe.*
1139-Vida del venerable maestro Juan de Ávila.
GUÉRARD, Albert
1040-Breve historia de Francia.*
GUERRA JUNQUEIRO, A.
1213-Los simples.
GUEVARA, Antonio de
242-Epístolas familiares.
759-Menosprecio de corte y alabanza de aldea.
- GUICCIARDINI, Francesco**
786-De la vida política y civil.
GUINNARD, A.
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
GUNTHER, John
1030-Muerte, no te enorgullezcas.*
HARDY, T.
25-La hija amada.
HAWTHORNE, Nathaniel
E19-Cuentos de la Nueva Holanda.
1082-La letra roja.*
HEARN, Leifadio
217 Kwaidan
1029-El romance de la Vía Láctea.
HEBBEL, C. F.
569-Los Nibelungos.
HEBREO, León
704-Diálogos de amor.*
HEGEL, G. F.
594-De lo bello y sus formas.*
726-Sistema de las artes.
773-Poética.*
HEINE, E.
184-Noches florentinas.
952-Cuadros de viaje.*
HENNINGSEN, C. F.
730-Zamaicáregui.*
HERCZEG, F.
66-La familia Gyurkovics.*
HERNÁNDEZ, J.
8-Martín Fierro.
HERNÁNDEZ, Miguel
908-El rayo que no cesa.
HESSE, Hermann
925-Gertrudis.
1151-A una hora de medianoche.
HESSEN, J.
107-Teoría del conocimiento.
HEYNE, Paul
982-El camino de la felicidad.
HOFFMANN, E. T.
863-Cuentos.*
HOMERO
1004-Odissea.*
1207-La Iliada.*
HORACIO
643-Odas.
HOWIE, Edith
1164-El regreso de Nola.
HUARTE, Juan
599-Examen de Ingenios.*
HUDSON, G. E.
182-El ombú y otros cuentos rioplatenses.
HUGO, Víctor
619-Hernani. - El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell.*
HUMBOLDT, Guillermo de
1012-Cuatro ensayos sobre España América.*
HURET, Jules
1075-La Argentina.
BARBOUROU, Juana de
265-Poemas.
- IBSEN, H.**
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
ICAZA, Cermen de
1233-Yo, la reina.*
INSÚA, A.
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca.*
328-La sombra de Peter Wald.*
IRIBARREN, Manuel
1027-El príncipe de Viana.*
IRVING, Washington
186-Cuentos de la Alhambra.
476-La vida de Mahoma.*
765-Cuentos del antiguo Nueva York.
ISAACS, Jorge
913-María.*
ISÓCRATES
412-Discursos histórico-políticos.
JACOT, Luis
1167-El Universo y la Tierra.
1189-Materia y vida.*
1216-El mundo del pensamiento.
JAMESON, Egon
93-De la nada a millenarios.
JAMMES, Francis
9-Rosario al Sol.
894-Los Robinsones vascos.
JANINA, Condessa Olga
(=Robert Franz)
782-Los recuerdos de una casaca.
JENOFONTE
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
JIJENA SÁNCHEZ, L. R. de
1114-Poesía popular y tradicional americana.*
JOKAI, Mauricio
919-La rosa amarilla.
JOLY, Henry
812-Obras clásicas de la filosofía.*
JONES, T. W.
663-Irermes.
JUAN MANUEL El infante D.
676-El Conde Lucanor
JUNCO, A.
159-Sangre de Hispania.
KANT, Emanuel
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.
KARR, Alfonso
942-La Penélope normanda.
KELLER, Gottfried
383-Los tres honrados penneros.
KEYSERLING, Conde de
92-La vida íntima.
KIERKEGAARD, Sören
158-El concepto de la angustia.
1132-Diario de un seductor.

COLECCION AUSTRAL

- KINGSTON, W. H. G.**
375-A lo largo del Amazonas. *
- 474-Salvado del mar. *
- KIPLING, Rudyard**
821-Capitanes valientes. *
- KIRKPATRICK, F. A.**
130-Los conquistadores españoles. *
- KITCHEN, Fred**
831-A la par de nuestro hermano el buey. *
- KLEIST, Heinrich Von**
865-Michael Kohlhaas.
- KOESSLER, BERTHA**
1208-Cuentos antarcuticos...
- KOROLENKO, V.**
1133-El día del juicio.
- KOTZEBUE, Augusto de**
572-De Berlín a París en 1804. *
- KSCHEMISVARA**
215-La ira de Caúscia.
- LABIN, Eduardo**
575-La liberación de la energía atómica.
- LAERCIO, Diógenes**
879-★Vidas de los filósofos más ilustres.
936-★★Vidas de los filósofos más ilustres.
978-★★★Vidas de los filósofos más ilustres.
- LA FAYETTE, Madame de**
976-La Princesa de Clèves.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro**
784-La generación del noventa y ocho. *
- 911-Dos biólogos. C. Bernard y Ramón y Cajal.
1077-Menéndez Pelayo. *
- LAMARTINE, Alfonso de**
858-Grziella.
922-Rafael.
983-Jocelyn. *
- 1073-Las confidencias. *
- LAMB, Carlos**
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare. *
- LAPLACE, P. S.**
688-Breve historia de la astronomía.
- LARBAUD, Valéry**
40-Fermina Márquez.
- LA ROCHEFOUCAULD, F. de**
929-Memorias. *
- LARRA, Mariano José de**
306-Artículos de costumbres.
- LARRETA, Enrique**
74-La gloria de don Ramiro. *
- 85-«Zogoibis».
- 247-Santa María del Buen Aire. - Tiempos Iluminados.
- 382-La calle de la vida y de la muerte.
- 411-Tenía que suceder... Las dos fundaciones de Buenos Aires.
- 43E-El linyera. - Pasión de Roma.
- 510-La que buscaba Don Juan. - Artemis.
- 560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
- 700-La naranja.
- 921-Orillas del Ebro. *
- 1210-Tres films.
- LATORRE, Mariano**
680-Chile, país de rincones. *
- LATTIMORE, Owen y Eleanor**
994-Breve historia de China. *
- LEÓN, Fray Luis de**
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo. *
- LEÓN, Ricardo**
370-Jauja.
391-Desoerta ferrol
481-Casta de hidalgos. *
- 521-El amor de los amores. *
- 561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
- 590-El hombre nuevo. *
- LEOPARDI, G.**
81-Diálogos.
- LERMONTOF, M. I.**
148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, Gastón**
293-La esposa del Sol. *
- 378-La muñeca sangrienta.
392-La máquina de asesinar.
- LEUMANN, C. A.**
72-La vida victoriosa.
- LEVENE, Ricardo**
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. *
- 702-Historia de las ideas sociales argentinas. *
- 1060-Las Indias no eran colonias.
- LEVILLIER, R.**
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
- LÉVI-PROVENCAL, É.**
1161-La civilización árabe en España.
- LI HSING-TAO**
215-El círculo de tiza.
- LINKLATER, Eric**
631-María Estuardo.
- LISZT, Franz**
576-Chopin.
763-Correspondencia.
- LCEBEL, Josef**
997-Salvadores de vidas.
- LONDON, Jock**
766-Colmillo blanco. *
- LOPE DE RUEDA**
479-Eufemia. - Armelina. - El deleitoso.
- LOPE DE VEGA, F.**
43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña. - La Estrella de Sevilla. *
- 274-Poesías líricas.
- 294-El mejor alcalde, el rey. - Fuente Ovejuna.
- 354-El perro del hortelano. - El arrenal de Sevilla.
- 422-La Dorotea. *
- 574-La dama boba. - La niña de plata. *
- 638-El amor enamorado. - El caballero de Olmedo.
- 842-Arte nuevo de hacer comedias. - La discreta enamorada.
- 1225-Los melindres de Belisa. - El villano en su rincón. *
- LÓPEZ IBOR, Juan J.**
1034-La agonía del psicoanálisis.
- LO TA KANG**
787-Antología de cuentistas chinos.
- LOTI, Picrré**
1198-Ramuncho. *
- LOWES DICKINSON, G.**
685-Un «banquet» moderno.
- LOZANO, C.**
1228-Historias y leyendas.
- LUCIANO**
1175-Diálogos de los dioses. - Diálogos de los muertos.
- LUGONES, Leopoldo**
200-Antología poética. *
- 392-Renanccero.
- LUIS XIV**
705-Memorias sobre el arte de gobernar.
- LULIO, Raimundo**
889-Libro del Orden de Caballería. - Príncipes y juglares.
- LUMMIS, C. F.**
514-Los exploradores españoles del siglo XVI. *
- LYTTON, B.**
136-Los últimos días de Pompeya. *
- MA CE HWANG**
805-Cuentos chinos de tradición antigua.
1214-Cuentos humorísticos orientales.
- MACDONALD, P. y BOYD CORRELL, A.**
1057-La rueda oscura. *
- MACHADO, Antonio**
149-Poesías completas. *
- MACHADO, Manuel**
131-Antología.
- MACHADO, M. y A.**
260-La duquesa de Benaméj. - La prima Fernanda. - Juan de Mañara. *
- 706-Las Adelfas. - El hombre que murió en la guerra.
- 1011-La Loja se va a los puertos. - Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel. *
- MACHADO Y ÁLVAREZ, A.**
745-Cantes flamencos.

INDICE DE AUTORES

- MAETERLINCK, Mauricio**
385-La vida de los termes.
557-La vida de las hormigas.
606-La vida de las abejas. *
- MAEZTU, María de**
330-Antología-Siglo XX. -
Prosistas españoles. *
- MAEZTU, Ramiro de**
31-Don Quijote, D. Juan
y La Celestina.
777-España y Europa.
- MAGDALENO, Mauricio**
844-La tierra grande. *
931-El resplandor. *
- MAISTRE, Javier de**
962-Viaje alrededor de mi
cuarto.
- MAISTRE, José de**
345-Las veladas de San
Petersburgo. *
- MALLEA, Eduardo**
102-Historia de una pasión
argentina.
202-Cuentos para una in-
glesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.
- MANACORDA, Telmo**
613-Fructuoso Rivera.
- MANRIQUE, Gómez**
665-Regimiento de prínci-
pes y otras obras.
- MANRIQUE, Jorge**
135-Obra completa.
- MANSILLA, Lucio V.**
113-Una excursión a los
indios ranqueles. *
- MANTOVANI, Juan**
967-Adolescencia. Forma-
ción y cultura.
- MANZONI, Alejandro**
943-El conde de Carmag-
nola.
- MAÑACH, Jorge**
252-Martí, el apóstol. *
- MAQUIAVELO**
69-El Príncipe (comenta-
do por Napoleón Bonaparte).
- MARAGALL, Juan**
998-Elcigios.
- MARAÑÓN, G.**
62-El Conde-Duque de Oli-
vares. *
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo
nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre
Enrique IV de Castilla
y su tiempo.
360-El «Empeinado» visto
por un inglés.
408-Amiel. *
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética
710-Españoles fuera de Es-
paña.
1111.-Raíz y decoro de Es-
paña.
1201-La medicina y nuestro
tiempo.
- MARCO AURELIO**
756-Soliloquios o Reflexio-
nes morales. *
- MARCOY, Paul**
163-Viaje por los valles de
la quina. *
- MARCU, Valeriu**
530-Maquiavelo. *
- MARECHAL, Leopoldo**
941-Antología poética.
- MARIAS, Julián**
804-La filosofía española
actual.
991-Miguel de Unamuno. *
1071-El tema del hombre. *
1206-Aquí y ahora.
- MARICHALAR, A.**
78-Riesgo y ventura del
Duque de Osuna.
- MARÍN, Juan**
1090-Lao Tszé o El univer-
sismo mágico.
1165-Confucio o El huma-
nismo didactizante.
1188-Buda o La negación
del mundo. *
- MARMIER, Javier**
592-A través de los tró-
picos. *
- MÁRMOL, José**
1018-Amalia. *
- MARQUINA, Eduardo**
1140-En Flandes se ha pue-
sto el sol. - Las hijas
del Cid. *
- MARTÍ, José**
1163-Páginas escogidas. *
- MARTÍNEZ SIERRA, G.**
1190-Canción de cuna.
1231-Tú eres la paz. *
- MARRYAT, Federico**
956-Los cautivos del bos-
que. *
- MASINGHAM, H. J.**
529-La Edad de Oro.
- MAURA, Antonio**
231-Discursos conmemora-
tivos.
- MAURA GAMAZO, Gabriel**
240-Rincones de la historia.
- MAUROIS, André**
2-Disraeli. *
660-Lord Byron. *
731-Turquieniv.
750-Diario. (Estados Uni-
dos, 1946.)
1021-Cinco rostros del amor.
1204-Siempre ocurre lo in-
esperado.
- MAYORAL, Francisco**
897-Historia del sargento
Mayor.
- MEDRANO, Samuel W.**
960-El Libertador José de
San Martín. *
- MELVILLE, Herman**
953-Taipi. *
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**
166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PELAYO, M.**
251-San Isidoro, Cervantes
y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de
Don Juan II. *
597-El abate Marchena.
- 691-La Celestina. *
715-Historia de la poesía
argentina.
820-Las cien mejores poe-
sías líricas de la len-
gua castellana. *
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**
28-Estudios literarios. *
55-Los romances de Amé-
rica y otros estudios.
100-Flor nueva de roman-
ces viejos. *
110-Antología de prosistas
españoles. *
120-De Cervantes y Lope
de Vega.
172-Idea imperial de Car-
los V.
190-Poesía árabe y poesía
europea.
250-El idioma español en
sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristó-
bal Colón.
300-Poesía juglaresca y ju-
glares. *
501-Castilla, la tradición,
el idioma. *
800-Tres poetas primitivos.
1000-El Cid Campeador. *
1051-De primitiva lírica es-
pañola y antigua épica.
1110-Miscelánea histórico-
literaria.
- MERA, Juan León**
1035-Camandá. *
- MEREJKOVSKY, D.**
30-Vida de Napoleón. *
737-El misterio de Alejan-
dro I. *
764-El fin de Alejandro I. *
884-Compañeros eternos. *
- MERIMÉE, Próspero**
152-Mateo Falcone.
986-La Venus de Ille.
1063-Crónica del reinado
de Carlos IX. *
1143-Carmen. - Doble error.
- MESA, E. de**
223-Poesías completas.
- MESONERO ROMANOS, R. de**
783-Fronteras matritenses.
- MEUMANN, E.**
578-Introducción a la es-
tética actual.
778-Sistema de estética.
- MIELI, Aldo**
431-Lavoisier y la forma-
ción de la teoría quí-
mica moderna.
485-Volta y el desarrollo
de la electricidad
1017-Breve historia de la
biología.
- MILTON, John**
1013-El paraíso perdido. *
- MILL, Stuart**
83-Autobiografía.
- MILLAU, Francisco**
707-Descripción de la pro-
vincia del Río de la
Plata (1772).
- MIQUELARENA, Jacinto**
854-Don Adolfo, el liber-
tino.

- MIRLAS, LEÓN**
1227-Helen Keller.
- MIRÓ GABRIEL**
1102-Glosas de Sigüenza.
- MISTRAL, Federico**
806-Mireya.
- MISTRAL, Gabriela**
503-Ternura.
1002-Desolación. *
- MOLIÈRE**
106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.
948-Tartufo. - Don Juan.
- MOLINA, Tirso de**
73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla. *
369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.
442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermesura.
- MONCADA, Francisco de**
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
- MONTAIGNE, Miguel de**
903-Ensayos escogidos.
- MONTERDE, Francisco**
870-Moctezuma II.
- MONTESQUIEU, Barón de**
253-Grandeza y decadencia de los romanos.
862-Ensayo sobre el gusto.
- MOORE, Tomás**
1015-El epicúreo.
- MORAND, Paul**
16-Nueva York.
- MORATÍN, L. Fernández de**
335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.
- MORETO, Agustín**
119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.
- MUÑOZ, Rafael F.**
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
896-¡Vámonos con Pancho Villa! *
- MURRAY, Gilbert**
1185-Esquilo. *
- MUSSET, Alfredo de**
492-Cuentos.
- NAPOLEÓN III**
798-Ideas napoleónicas.
- NAVARRO Y LEDESMA, F**
401-El Ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *
- NERUDA, Jon**
397-Cuentos de la Malá Strana.
- NEVAL, Gerardo de**
927-Silvia. - La mano encantada. - Noches de Octubre.
- NERVO, Amado**
32-La amada inmóvil.
175-Plenitud.
211-Serenidad.
311-Elevación.
- 373-Poemas.
434-El arquero divino.
458-Perlas negras. - Místicas.
- NEWTON, Isaac**
334-Selección.
- NIETZSCHE, Federico**
356-El origen de la tragedia.
- NODIER, Carlos**
933-Recuerdos de juventud.
- NOVALIS**
1008-Enrioue de Otterdingen.
- NOVAS CALVO, L.**
194-El Negro. *
573-Cayo Canas.
- NOVO, Salvador**
797-Nueva grandeza mexicana.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar**
304-Naufragios y Comentarios. *
- OBLIGADO, Carlos**
257-Los poemas de Edgar Poe.
848-Patria. - Ausencia.
- OBLIGADO, Pedro Miguel**
1176-Antología poética.
- OBLIGADO, Rafael**
197-Poesías. *
- OBREGON, A.**
1194-Villon, poeta del viejo París.
- O'HENRY**
1184-Cuentos de Nueva York.
- OPPENHEIMER y otros.**
987-Hombre y ciencia. *
- ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, P.**
695-Viaje del mundo. *
- ORTEGA Y GASSET, J.**
1-La rebelión de las masas. *
11-El tema de nuestro tiempo.
45-Notas.
101-El libro de las misiones.
151-Ideas y creencias.
181-Tríptico: Mirabeau y el político. - Kant. - Goethe.
201-Mocedades.
- OSORIO LIZARAZO, J. A.**
947-El hombre bajo la tierra. *
- OVIDIO, Publio**
995-Las Heroidas. *
- OZANAM, Antonio F.**
888-Poetas franciscanos de Italia en el siglo XIII.
939-Una peregrinación al país del Cid.
- PALACIO VALDÉS, A.**
76-La Hermana San Sulpicio. *
133-Marta y María. *
155-Los majos de Cádiz.
189-Riverita. *
218-Maximina. *
266-La novela de un novelista. *
277-José.
- 298-La alegría del capitán Ribot.
368-La aldea perdida. *
588-Años de juventud del doctor Angélico. *
- PALMA, Ricardo**
52-Tradiciones peruanas, (1ª selec.).
132-Tradiciones peruanas, (2ª selec.).
309-Tradiciones peruanas, (3ª selec.).
- PAPP, Desiderio**
443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
980-El problema del origen de los mundos.
- PARDO BAZÁN, Condesa de**
760-La sirena negra.
- PARRY, W. E.**
537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
- PASCAL, Blas**
96-Pensamientos.
- PELLICO, Silvio**
144-Mis prisiones.
- PEMAN, José María**
234-Noche de levante en calma. - Julieta y Romeo.
1240-Antología de poesía lírica.
- PEREDA, J. M. de**
58-Dor. Gonzalo González de la Gonzalera. *
414-Peñas arriba. *
436-Sotileza. *
454-El sabor de la tierra. *
487-De tal palo, tal astilla. *
528-Pedro Sánchez. *
558-El buey suelto. *
- PEREYRA, Carlos**
236-Hernán Cortés. *
- PEREZ DE AYALA, Martín**
689-El concilio de Trento.
- PEREZ DE AYALA, R.**
147-Las máscaras. *
183-La pata de la raposa.
198-Tigre Juan.
210-El curandero de su honra.
249-Poesías comoetas. *
- PÉREZ DE GUZMÁN, F.**
725-Generaciones y semblanzas
- PÉREZ FERRERO, M.**
1135-Vida de Antonio Machado y Manuel *
- PÉREZ GALDÓS, B.**
15-Marielana.
1001-Fortunata y Jacinta. *
1014-La fontana de oro. *
1024-Miau. *
1031-Ángel Guerra. *
1044-Lo prohibido. *
1070-Trafalgar.
1074-La corte de Carlos IV. *
1081-El 19 de Marzo y el 2 de Mayo. *
1087-Bailén. *
1094-Napoleón en Chamartín.

INDICE DE AUTORES

- 1105-Zaragoza. *
- 1121-Gerona.
- 1127-Cádiz. *
- 1134-Juan Martín el Empecinado.
- 1150-La batalla de los Arapiles. *
- 1170-El abuelo. *
- 1191-La de Bringas. *
- 1215-El amigo Manso. *
- PÉREZ LUGÍN, Alejandro**
357-La casa de la Troya. *
- PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor**
531-Juárez, el imposable.
807-Cuauhtémoc. *
- PFANDL, Ludwig**
17-Juana la Loca.
- PIGAFETTA, Antonio**
207-Primer viaje en torno del Globo.
- PLA, Cortés**
315-Galileo Galilei.
533-Isaac Newton. *
- PLATÓN**
44-Diálogos. *
- 220-La República o el Estado. *
- 639-Apoloía de Sócrates. - Critón o El deber del ciudadano.
- PLOTINO**
985-El alma, la belleza y la contemplación.
- PLUTARCO**
228-Vidas paralelas: Alejandro-Julio César.
459-Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio.
818-Vidas paralelas: Teseo - Rómulo. Licurgo-Numa.
843-Vidas paralelas: Solón-Publícola. Temístocles-Camilo.
868-Vidas paralelas: Pericles-Fabio Máximo. Alcibíades-Coriolano.
918-Vidas paralelas: Aristides-Marco Catón. Filopemen-Tito Quincio Flaminio
946-Vidas paralelas: Pirro-Cayo Mario. Lisandro-Sila.
969-Vidas paralelas: Cimon-Lúculo. Nicias-Marco Craso.
993-Vidas paralelas: Sertorio-Eumenes. Foción-Catón el Menor.
1019-Vidas paralelas: Aqicles-Cleómenes. Iberio-Cayo Graco.
1043-Vidas paralelas: Dion-Bruto.
1095-Vidas paralelas: Timoleón-Paulo Emilio-Pelópidas - Marcelo.
1123-Vidas paralelas: Agesilao-Pompeyo.
1148-Vidas paralelas: Artojerjes - Arato. Galba - Otón.
- POL, E. Allan**
735-Aventuras de Arturo Gordon Pym. *
- POINCARÉ, Henri**
379-La ciencia y la hipótesis. *
- 409-Ciencia y método. *
- 579-Últimos pensamientos.
628-El valor de la ciencia.
- POLO, Marco**
1052-Viajes. *
- PORNIER KOEHLER, R.**
734-Cadáver en el viento. *
- PRAVIEL, A.**
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
- PRÉVOST, ABATE**
89-Manon Lescaut.
- PRÉVOST, Marcel**
761-El arte de aprender.
- PRIETO, Jenaro**
137-El sorio.
- PUIG, Ignacio**
456-¿Qué es la física cósmica? *
- 990-La edad de la Tierra.
- PUGAR, Fernando del**
832-Clares varones de Castilla.
- PUSHKIN, A. S.**
123-La hija del capitán. - La nevasca.
1125-La dama de los tres naipes.
1136-Dubrovskiy. - La campesina señorita.
- QUEVEDO, Francisco de**
24-Historia de la vida del Buscón.
362-Antología poética.
536-Los sueños. *
- 626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
- 957-Vida de Marco Bruto
- QUÍLES, Ismael**
467-Aristóteles.
527-San Isidoro de Sevilla.
874-Filosofía de la religión.
1107-Sartre y su existencialismo.
- QUINCEY, Tomás de**
1169-Confesiones de un comedor de opio inglés. *
- QUINTANA, M. J.**
388-Vida de Francisco Pizarro.
826-Vida de los españoles célebres: El Cid. Guzmán el Bueno. Roger de Lauria.
- RACINE, Juan**
839-Athalía. - Andrómaca.
- RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la**
281-Mujeres célebres de España y Portugal (1ª selec.).
292-Mujeres célebres de España y Portugal (2ª selec.).
- RAINIER, P. W.**
724-África del recuerdo. *
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.**
358-Antología de cuentos mexicanos.
- RAMÓN Y CAJAL, S.**
90-Mi infancia y juventud. *
- 187-Charlas de café. *
- 214-El mundo visto a los ochenta años. *
- 227-Los tónicos de la voluntad. *
- 241-Cuentos de vacaciones. *
- 1200-La psicología de los artistas.
- RAMOS, Samuel**
974-Filosofía de la vida artística.
1080-El perfil del hombre y la cultura en México.
- RANDOLPH, Marion**
817-La mujer que amaba las lilas.
837-El buscador de su muerte. *
- RAVAGE, M. E.**
489-Cinco nombres de Francia. *
- REGA MOLINA, Horacio**
1106-Antología poética.
- REID, Mayne**
317-Los tiradores de rifle. *
- REISNER, Mary**
864-La casa de telarañas. *
- REHARD, Jules**
1083-Diario.
- RENOUVIER, Charles**
932-Descartes.
- REY PASTOR, Julio**
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
- REYES, Alfonso**
901-Tertulia de Maadrid.
954-Cuatro ingenios.
1029-Trazos de historia literaria.
1054-Medallones.
- REYLES, Carlos**
88-El gaucho Florido.
208 El embrujo de Sevilla.
- REYNOLDS LONG, A.**
718-La sinfonía del crimen.
977-Crimen en tres tiempos.
1187-El manuscrito de Poe.
- RICKERT, H.**
347-Ciencia cultural y ciencia natural. *
- RIVADENEIRA, Pedro de**
634-Vida de Ignacio de Loyola. *
- RIVAS, Duque de**
46-Romances. *
- 656-Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello. *
- 1016-Don Álvaro o la fuerza del sino.
- RODENBACH, Jorge**
829-Brujas. la muerta.
- RODEZNO, Conde de**
841-Carlos VII, Duque de Madrid.
- RODÓ, José Enrique**
846-El mundo...

COLECCIÓN AUSTRAL

- ROJAS, Fernando de**
195-La Celestina.
- ROJAS, Francisco de**
104-Del rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
- ROMANONES, Conde de**
770-Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena.
- ROMERO, Francisco**
940-El hombre y la cultura.
- ROMERO, José Luis**
1117-De Heródoto a Polibio.
- ROSENKRANTZ, Palle**
534-Los gentileshombres de Lindenberg.
- ROSTAND, Edmundo**
1116-Cyrano de Bergerac.
- ROUSSELET, Luis**
327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- ROUSSELOT, Xavier**
965-San Alberto, Santo Tomás y San Buenaventura.
- RUIZ DE ALARCÓN, Juan**
68-La verdad sospechosa. - Los pechos privilegiados.
- RUIZ GUIRAZÚ, Enrique**
1155-La tradición de América.
- RUSKIN, John**
958-Sésamo y lirios.
- RUSSELL, B.**
23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. de**
313-Viaje al archipiélago malayo.
- SAENZ HAYES, R.**
329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAID ARMESTO, Víctor**
562-La leyenda de Don Juan.
- SAINTE-PIERRE, B.**
393-Pablo y Virginia.
- SAINTE-BEUVE, C. de**
1045-Retratos contemporáneos.
1069-Voluntuosidad.
1109-Retratos de mujeres.
- SAINZ DE ROBLES, F.**
114-El «otro» Lope de Vega.
- SALINAS, Pedro**
1154-Poemas escogidos.
- SALOMÓN**
464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León.)
- SALTEN, Félix**
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi.
395-Renni «El salvador».
- SALUSTIO, Cayo**
366-La conjuración de Catilina. - La guerra de Jugurta.
- SAMANIEGO, Félix María**
632-Fábulas.
- SAN AGUSTÍN**
559-Ideario.
799-Confesiones.
- SÁNCHEZ-SÁEZ, Broulio**
596-Primera antología de cuentos brasileños.
- SAND, George**
959-Juan de la Roca.
- SANDERS, George**
657-Crimen en mis manos.
- SAN FRANCISCO DE ASÍS**
468-Las florecillas. - El cántico del Sol.
- SAN JUAN DE LA CRUZ**
326-Obras escogidas.
- SANTA CRUZ DE DUENAS, Melchor de**
672-Florista española.
- SANTAMARINA, L.**
157-Cisneros.
- SANTA TERESA DE JESÚS**
86-Las Moradas.
372-Su vida.
636-Camino de perfección.
999-Libro de las fundaciones.
- SANTILLANA, Marqués de**
552-Obras.
- SANTO TOMÁS**
310-Suma Teológica. (Sel.)
- SANTO TOMÁS MORO**
1153-Utopía.
- SARMIENTO, Domingo F.**
1058-Facundo.
- SCOTT, Walter**
466-El pirata.
877-El anticuario.
1232-Diario.
- SCHIAPARELLI, Juan V.**
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
- SCHILLER, J. C. F.**
237-La educación estética del hombre.
- SCHLESINGER, Erna C.**
955-La zarza ardiente.
- SCHMIDL, Ulrico**
424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
- SÉNECA**
389-Tratados morales.
- SHAKESPEARE, W.**
27-Hamlet.
54-El rey Lear.
87-Otelo - Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. - Macbeth.
116-La tempestad. - La doma de la brava.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor. - La comedia de las equivocaciones.
488-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.
635-A buen fin no hay mal principio. - Trabajos de amor perdidos.
736-Coriolano.
769-El cuento de invierno.
792-Cimbelino.
828-Julio César.
872-A vuestro gusto.
- SHELLEY, Percy B**
1224-Adonais y otros poemas breves.
- SHAW, Bernard**
625-El carro de las manzanas.
630-Héroes. - Cándida.
640-Matrimonio desigual.
- SIBIRIAK, MAMIN**
739-Los millones.
- SIENKIEWICZ, Enrique**
767-Narraciones.
845-En vano.
886-Hania. - Orso. - El manantial.
- SIGUENZA Y GÓNGORA, Carlos de**
1033-Infortunios de Alonso Ramírez.
- SILIO, César**
64-Don Álvaro de Luna.
- SILVA, José Asunción**
827-Poesías.
- SILVA VALDÉS, Fernón**
538-Cuentos del Uruguay.
- SIMMEL, Georg**
38-Cultura femenina y otros ensayos.
- SLOCUM, Joshua**
532-A bordo del «Spray».
- SÓFOCLES**
835-Ayante. - Electra. - Las Traquinianas.
- SOFOVICH, Luisa**
1162-Biografía de la Gloriosa.
- SOLALINDE, A. G.**
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio.
- SOLIS, Antonio**
699-Historia de la comunista de Méjico.
- SOPENA, Federico**
1217-Vida y obra de Franz Liszt.
- SOREL, CÉCILE**
1192-Las bellas horas de mi vida.
- SOUBRIER, Jacques**
847-Manies y bandidos.
- SOUVIRON, José M^a**
1178-La luz no está lejos.
- SPENGLER, O.**
721-El hombre y la técnica y Otros ensayos.
- SPINELLI, Marcos**
834-Misión sin gloria.
- SPRANGER, Eduardo**
824-Cultura y educación. (Parte histórica.)
876-Cultura y educación. (Parte temática.)
- STAEL, Madame de**
616-Reflexiones sobre la paz.
655-Alemania.
742-Diez años de destierro.
- STARK, L. M.**
944-Ciencia y civilización.
- STENDHAL**
10-Armanca.
789-Victoria Accoramboni.
815-Historia de la pintura en Italia. (Escuela Florentina - Renaci-

INDICE DE AUTORES

- miento - De Giotto a Leonardo - Vida de Leonardo de Vinci.)
- 855-★ Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
- 909-Vida de Rossini.
- 1152-Vida de Napoleón (Fragmentos). *
- STERNE, Laurence**
332-Viaje sentimental.
- STEVENSON, R. L.**
7-La isla del Tesoro.
342-Aventuras de David Balfour.
566-La flecha negra. *
627-Cuentos de los mares del Sur.
666-A través de las praderas.
776-El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde. - Olalla.
1118-El príncipe Otón. *
1146-El muerto vivo. *
1222-El tesoro de Franchard. - Las desventuras de John Nicholson.
- STOKOWSKI, Leopoldo**
591-Música para todos nosotros. *
- STONE, I. P. J. de**
1235-Burbank el mago de las plantas.
- STORM, Theodor**
856-El lago del Immen.
- STORNI, Alfonsino**
142-Antología poética.
- STRINDBERG, A.**
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
- SUÁREZ, Francisco**
381-Introducción a la metafísica. *
1209-Investigaciones metafísicas. *
- SWIFT, Jonathan**
235-Viajes de Gulliver. *
- SYLVESTER, E.**
483-Sobre la índole del hombre.
934-Yo, tú y el mundo.
- TACITO**
446-Los Anales: Augusto-Tiberio. *
462-Historias. *
1085-Los Anales: Claudio-Nerón. *
- TAINÉ, Hipólito A.**
115-★ Filosofía del arte.
448-Viaje a los Pirineos. *
505-★ Filosofía del arte. *
1177-Notas sobre París. *
- TALBOT, Hake**
690-Al borde del abismo. *
- TAMAYO Y BAUS, Manuel**
545-La locura de amor. - Un drama nuevo. *
- TASSO, Torcuato**
966-Noches.
- TEJA ZABRE, A.**
553-Morelos. *
- TELEKI, José**
1026-La corte de Luis XV.
- TEOFRASTO**
733-Caracteres morales.
- TERENCIO, Publio**
729-La Andriana. - La suegra. - El atormentador de sí mismo.
743-Los hermanos. - El eunuco. - Formión.
- TERTULIANO, Q. S.**
768-Apología contra los gentiles.
- THACKERAY, W. M.**
542-Catalina.
1098-El viudo Lovel.
1218-Compañeras del hombre. *
- THIERRY, Agustín**
589-Relatos de los tiempos merovingios. *
- THOREAU, Henry D.**
904-Walden o Mi vida entre bosques y lagunas. *
- TICKNOR, Jorge**
1089-Diario.
- TIEGHEM, Paul Van**
1047-Compendio de historia literaria de Europa. *
- TIMONEDA, Juan**
1129-El satrañuelo.
- TOEPFFER, R.**
779-La biblioteca de mi tío.
- TOLSTOI, León**
554-Los cosacos.
586-Sebastoocl.
- TORRES BODET, J.**
1236-Preñias escogidas.
- TORRES VILLARROEL, D. de**
822-Vida. *
- TURGUENEFF, I.**
117-Relatos de un cazador.
134-Anuchka. - Fausto.
482-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. *
- TWAIN, Mark**
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
649-El hombre que corrompió a una ciudad.
679-Fragmento del diario de Adán y Diario de Eva.
698-Un reportaje sensacional.
713-Nuevos cuentos.
1049-Tom Sawyer detective. - Tom Sawyer en el extranjero.
- UNAMUNO, M. de**
4-Del sentimiento trágico de la vida. *
33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
99-Niebla.
112-Abel Sánchez.
122-La tía Tula.
141-Amor y pedagogía.
160-Andanzas y visiones españolas.
179-Paz en la guerra. *
199-El espejo de la muerte
221-Por tierras de Portugal y de España.
- 233-Contra esto y aquello.
254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
286-Soliloquios y conversaciones.
299-Mi religión y otros ensayos breves.
312-La agonía del cristianismo.
323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
336-De mi país.
403-En torno al casticismo.
417-El Caballero de la Triste Figura.
440-La dignidad humana.
478-Viejos y jóvenes.
499-Almas de jóvenes.
570-Soledad.
601-Antología poética.
647-El otro. - El hermano Juan.
703-Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
781-El Cristo de Velázquez.
900-Visicnes y comentarios.
- UP DE GRAFF, F. W.**
146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *
- URIBE PIEDRAHITA, César**
314-Toá.
- VALDES, Juan de**
216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, Juan**
48-Juanita la Larga.
- VALLE, R. H.**
477-Imaginación de México.
VALLE-ARIZPE, Artemio de
53-Cuentos del México antiguo.
340-Leyendas mexicanas.
881-En México y en otros siglos.
1067-Fray Servando Teresa de Mier. *
- VALLE-INCLÁN, R. del**
105-Tirano Banderas.
271-Corte de amor.
302-Flor de santidad. - Coloquios románticos.
415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.
430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.
441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.
460-Los Cruzados de la Causa.
480-El resplandor de la hoguera.
520-Gerifaltes de antaño.
555-Jardín umbrío.
621-Ciaves líricas.
651-Cara de Plata.
667-Aguila de blasón.
681-Romance de lobos.
811-La lámpara maravillosa.
- VALLÉRY-RADOT, René**
470-Madame Pasteur.

- VAN DINE, S. S.**
176-La serie sangrienta.
- VARIOS**
319-Frases.
1166-Relatos diversos de cartas de jesuitas.
- VASCONCELOS, J.**
802-La raza cósmica.*
961-La sonata mágica.
1091-Filosofía estética.
- VAZQUEZ, Francisco**
512-Jornada de Omagua y Dorado. (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
- VEGA, El inca Garcilaso de la**
324-Comentarios reales. (Selección.)
- VEGA, Garcilaso de la**
63-Obras.
- VEGA, Ventura de la**
484-El hombre de mundo. - La muerte de César.*
- VELA, Fernando**
984-El grano de pimienta
- VÉLEZ DE GUEVARA, Luis**
975-El Diablo Cojuelo.
- VERLAINE, Paul**
1088-Fiestas Galantes. - Romanzas sin palabras. - Senzatez.
- VICO, Giambattista**
836-Autobiografía.
- VIGNY, Alfredo de**
278-Servidumbre y grandeza militar.
748-Cinq-Mars.*
1173-Stello.*
- VILLA-URRUTIA, Marqués de**
57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN, Cristóbal de**
246-Viajes de Turquía.
264-El Crótono.*
- VILLIERS DE L'ISLE-ADAM,**
833-Cuentos crucigrama.
- VINCI, Leonardo de**
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura.*
- VIRGILIO**
203-Eglogas. - Geórgicas.
1022-La Eneida.*
- VITORIA, Francisco de**
618-Relecciones sobre los Indios.
- VIVES, Juan Luis**
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
- 272-Tratado del alma.***
- VOSSLER, Carlos**
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románicos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
624-Estampas del mundo románico.
644-Jean Racine.
694-La Fontaine y sus fábulas.
771-Escritores y poetas de España.
- WAGNER, Ricardo**
785-Epítolario a Matilde Wesendonk.
1145-La poesía y la música en el drama del futuro.
- WAGNER-LISZT**
763-Correspondencia.
- WAKATSUKI, Fukuyiro**
103-Tradiciones japonesas.
- WALSH, W. T.**
504-Isabel la Cruzada.*
- WALLON, H.**
539-Juana de Arco.*
- WASSILIEW, A. T.**
229-Ochra.
- WAST, Hugo**
80-El camino de las llamas.
WATSON WATT, R. A.
857-A través de la casa del tiempo o El viento, la lluvia y seiscientos millas más arriba.
- WECHBERG, Joseph**
697-Buscando un pájaro azul.*
- WELLS, H. G.**
407-La lucha por la vida.*
- WHITNEY PHYLLIS, A.**
584-El rojo es para el asesinato.*
- WILDE, José Antonio**
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
- WILDE, Oscar**
18-El ruiseñor y la rosa
65-El abanico de Lady Windermere - La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin importancia. - Un marido ideal.*
- 629-El crítico como artista. - Ensayos.*
646-Balada de la cárcel de Reading. - Poemas.
683-El fantasma de Canterville. - El crimen de Lord Arturo Savile.
- WILSON, Monó**
790-La reina Isabel.
- WILSON, Sloan**
780-Viaje a alguna parte.*
- WISEMAN, Cardenal**
1028-Fabiola.*
- WYNDHAM LEWIS, D. B.**
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente.*
- WYSS, Juan Rodolfo**
437-El Robinson suizo.*
- YÁÑEZ, Agustín**
577-Melibeia, Isolda y Alida en tierras cálidas.
- YEBES, Condesa de**
727-Spinola, el de las Lanzas y Otros retratos.
- ZAMORA VICENTE, Alfonso**
1061-Presencia de los clásicos.
- ZORRILLA, José**
180-Don Juan Tenorio. - El puñal del gozo.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas.*
- ZUNZUNEGUI, Juan A. de**
914-El barco de la muerte.*
981-La úlcera.*
1084-Las novelas de la quiebra: *Ramón o La vida baldía.*
1097-Las novelas de la quiebra: **Beatriz o La vida apasionada.*
- ZWEIG, Stefan**
273-Brasil.*
541-Una partida de ajedrez. - Una carta.
1006-La Viena de ayer.
1130-El arcano de la creación artística.
1149-La curación por el espíritu. Introducción Mesmer.
1172-Nuevos momentos estelares.
1181-La curación por el espíritu: Mary Baker Eddy. S. Freud.*
1211-Jeremías.*

* Volumen extra

Facilidades de pago para la adquisición de esta colección completa, o los volúmenes que le interesen. Solicite condiciones y folletos en colores.

EXPLICACION DE LOS COLORES DE LA "COLECCION AUSTRAL"

Serie AZUL:

Novelas y cuentos en general

Serie VERDE:

Ensayos y Filosofía

Serie ANARANJADA:

Biografías y vidas novelescas

Serie NEGRA:

Viajes y reportajes.

Serie AMARILLA:

Libros políticos y documentos del tiempo

Serie VIOLETA:

Teatro y Poesía

Serie GRIS:

Clásicos

Serie ROJA:

Novelas policíacas, de aventuras y femeninas

Serie MARRON:

Ciencia y técnica. Clásicos de la ciencia

Volumen corriente (de 160 a 222 páginas).

Volumen extra (de 224 páginas en adelante).

●

ULTIMOS VOLUMENES EN VENTA:

- 1191. B. PÉREZ GALDÓS: *La de Bringas.* *
- 1192. CÉCIL SOREL: *Las bellas horas de mi vida.* *
- 1193. C. ARNICHEs: *El santo de la Isidra - Es mi hombre.*
- 1194. A. OBREGON: *Villon, poeta del viejo París.*
- 1195. ABENTOFÁIL: *El filósofo autodidacto.*
- 1196. CONCHA ESPINA: *Altar mayor.* *
- 1197. ANÓNIMO: *Poema de Fernán González.*
- 1198. PIERRE LOTI: *Ramuncho.* *
- 1199. SAN AGUSTÍN: *Confesiones.* *
- 1200. S. RAMÓN Y CAJAL: *La psicología de los artistas.*
- 1201. GREGORIO MARAÑÓN: *La medicina y nuestro tiempo.*
- 1202. AZORÍN: *España.*
- 1203. PÍO BAROJA: *La obra de Pello Yarza.*
- 1204. A. MAUROIS: *Siempre ocurre lo inesperado.*
- 1205. MANUEL GÁLVEZ: *Y así cayó don Juan Manuel... (1850-1852)* *

* Volumen extra.

Véase la lista completa, por orden de autores, en las últimas páginas del texto.

●

PIDANSE LOS FOLLETOS ESPECIALES DE LA COLECCION AUSTRAL, QUE SE ENVIAN GRATIS

E S P A S A - C A L P E, S. A.
Ríos Rosas 26 - Madrid

© Herederos de Julián Marías



COLECCION AUSTRAL